concurso nacional de escritura | Historias de Paz



Historias de Paz 2026

Educación

Con Dignidad, ¡CUMPLIMOS!

Universidad Industrial de Santander

UIS

LEO LA VIDA

Concurso Nacional de Escritura

2026







Historias de paz
Concurso Nacional de Escritura

Primera edición, Bogotá D.C., agosto de 2026

© Ministerio de Educación Nacional, 2026

© Universidad Industrial de Santander , 2026

© Miguel Ángel Restrepo Serna, Mari Julieta Calvo Ramírez, Youdi Julieta Hernández Rocha, Sara Sofía García Vega, Aranis Yazaira Arrieta Pérez, Gabriela Beltrán Cabarcas, Sara Sofía Macías Cotacio, Jimena Valentina Tibaná Carrillo, Yineth Liliana Muñoz Muñoz, Emma Sofía Vergel Muñoz, María José Bustos Meneses, Nicolás Zapata Suárez, Andrés David Morales Castro, Lauren Sofía Borja Polo, Cristian Fernando Orjuela Blanco, Sara Lucía Rojas Duque, Manuela Alejandra Rincón Suárez, Michelle Estupiñán Patiño, Fernanda Castro Carrillo, Hansel de Jesús Contreras Padilla, Luis Daniel Cabrera Martínez, Mileidys Judith de la Rosa Herrera, Antonio José Hernández Montoya, Carlos Giovanny Campiño Rojas, Marta Lucía Puente Rodríguez, Catalina Ortega Zambrano, Alfonso Valdivieso de Filippis, Bayron Danilo López Ruano, Evelyn Tatiana Fernández Morales, Valentina Barrera Marín, Melanie Valentina Miranda Cristancho, Jenny Katerine Leal Pardo, Karen Sofía Piscal Viteri, Karol Daniela Pichica Motta, William Fernando González Sánchez, María Alejandra Camelo Betancourt, Juan Diego López Fernández, Braulio Estiven Oñate Yanascual, Tiberio de Jesús Acevedo, Sheryl Daian Guevara Rey

ISBN:

Gobierno Nacional de Colombia

Gustavo Francisco Petro Urrego
Presidente de la República de Colombia

Ministerio de Educación Nacional

Daniel Rojas Medellín
Ministro de Educación Nacional

Lucy Maritza Molina Acosta
Viceministra de Educación Preescolar, Básica y Media

Solman Yamile Díaz Ossa
Directora de Calidad Viceministerio de Educación Preescolar, Básica y Media

Sandra Viviana Olaya Nieto
Subdirectora de Fomento de Competencias

Alfredo Olaya Toro
Coordinador Equipo de Fomento de Capacidades y Competencias
Subdirección de Fomento de Competencias

Sandra Patricia Bustos
Profesional Plan Nacional de Lectura, Escritura, Oralidad y Bibliotecas. PNLEOB

Amalia Galeano Cabarca
Profesional Equipo de Fomento de Capacidades y Competencias
Subdirección de Fomento de Competencias

Enith Mireya Coca Peña
Profesional Equipo de Fomento de Capacidades y Competencias
Subdirección de Fomento de Competencias

Diego Andrés Ávila Jacobo
Profesional Equipo de Fomento de Capacidades y Competencias
Subdirección de Fomento de Competencias

Jennifer Soto Villota
Profesional Equipo de Fomento de Capacidades y Competencias
Subdirección de Fomento de Competencias

Este documento se elaboró en el marco del Contrato CO1.PCCNTR.9170790 DE 2026 suscrito entre el Ministerio de Educación Nacional (MEN) y la Universidad Industrial de Santander (UIS)

Universidad Industrial de Santander

Hernán Porras Díaz
Rector

Olga Mercedes Álvarez Ojeda
Vicerrectora Académica

Luis Eugenio Prada Niño
Supervisor del Contrato

Mayerly Ruiz Murayas
Coordinadora Administrativa y Financiera

Gabriela Tique Márquez
Coordinadora técnica

Camilo Jaimes Ocaziónez
Coordinador Pedagógico del Concurso Nacional de Escritura, Historias de Paz

Andrea Del Pilar Linares Romero
Profesional de Apoyo Pedagógico
Concurso Nacional de Escritura, Historias de Paz

David Porras
Profesional apoyo tecnológico
Concurso Nacional de Escritura, Historias de Paz

Diego Castellanos
Diseñador Gráfico

División de Publicaciones UIS
Producción editorial
Diseño y Dirección de arte
Corrección de estilo

Los derechos patrimoniales de los cuentos y ensayos ganadores del Concurso Nacional de Escritura “Historias de Paz” (2026) no podrán ser reproducidos parcial o totalmente, ni registrados por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito del Ministerio de Educación Nacional.

JURADOS Y EVALUADORES



Agradecimiento

El Concurso Nacional de Escritura: Historias de paz expresa su más sincero agradecimiento a las y los jurados y evaluadores que, con rigor, sensibilidad y compromiso, hicieron posible la revisión de las 6.533 obras presentadas en esta edición. Su lectura atenta, el diálogo respetuoso entre distintas miradas y la dedicación invertida en cada etapa del proceso permitieron seleccionar a las y los ganadores de manera transparente, cuidadosa y basada en la calidad literaria de los textos.

Jurados

Mónica Higuera
Fredy Chikangana
Federico Baraya
Juan Manuel Reyes Trujillo
Heidi Johanna Hernández Martínez
Alejandra Salazar Castaño
Daniela Jiménez González
Diana Consuelo Bernal
José Francisco Álvarez Morales
Josué David Cabrera Serrano
Juan Camilo Tobón Cossio
Karen Daniela Blanco Ayala
Sandra Mireya Meléndez Labrador
Saray Sofía Ceballos Galvis
Valentina Mora Cruz

Evaluadores

Juan Manuel Reyes Trujillo
Heidi Johanna Hernández Martínez
César Augusto Molinares Dueñas
Natalia Gómez Gómez
Fabián Mauricio Martínez González
Sindy Catherine Rendón Galvis
Adriana Carreño Castillo
Mónica Milena Lázaro De La Hoz
Leonel Facundo Mercadante
Jenny Paola Bernal Figueroa
Lina María Rojas Narváez
María Carolina Herrera Irurita
Juan Camilo Tobón Cossio
Adriana Patricia Vera Aguilera
Mónica Lucía Vivas Albán
Nicolás Ardila Beltrán
Juan Sebastián Rueda Peñaloza
Alejandra Salazar Castaño
Sandra Mireya Meléndez Labrador
Karen Daniela Blanco Ayala
Juan Antonio de Jesús Restrepo González
Catalina Serrano Vásquez
Sergio Augusto Sánchez Murillo
Adriana González Navarro
Daniela Jiménez González
Ana Lucía del Rosario Chaves Barrera

Ana María Sotelo Rodríguez
Yeni Camila Torres Mateus
Ethel Ballesteros Reyes
Adriana Marcela Laiton Cortés
Alejandro Morales Sánchez
Andrea Lucía Ortiz Criollo
Camila Andrea Rincón Mora
Diana Carolina Gómez Meneses
Diana Consuelo Bernal
José Francisco Álvarez Morales
Josué David Cabrera Serrano
Juliana Lised Bastidas Sacanambuy
Laura Prieto Cortés
Laura Vivian Martínez Benítez
Lida Ángela Burbano Coral
María Fernanda Ortegón Vanegas
Saray Sofía Ceballos Galvis
Valentina Mora Cruz

A todas y todos, gracias por aportar su conocimiento, criterio y experiencia para garantizar un proceso de evaluación transparente, riguroso y comprometido con el reconocimiento de las mejores historias de paz escritas en esta edición del concurso.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

CONTENIDO



Prólogo 12

Cuento

Categoría Infantil 16

El susurro de los pajaritos 19
La puerta 23
El llanero que no pudo ser 31
Memorias de una bala 37
Nelson y el camino que no eligió 43
Caminos de paz 49
La creación del arcoíris 53
La paz de la luna 59
El árbol seguía allí 65
Las nubes peleonas 71

Categoría Juvenil 74

Donde nacían los abrazos 77
Carta a la ciudad 81
Cultivos de ausencia 85
La guerra de las voces 91
Últimas reflexiones 99
Lo que no dijimos esa noche 105
¿Quién quería ser? 111
La lengua de los ausentes 117
Cuando el cielo dejó de ser azul 123

Categoría Adultos 124

La voz interior 127
Pájaros exiliados 129
No todo es dulce, no todo es amargo 135
Eloísa sueña bolas de fuego 139
Cuando la montaña reveló sus muertos 145
La casa de la puerta roja 151
Guayos amarillos 155
Sabores, olores y sonidos 161
Los ojos que se prestan en Sanquianga 167

Ensayo

Categoría Juvenil 170

Antes de tener razón 173
Otras memorias: las víctimas del conflicto armado son más que números 183
Un camino tejido con esperanza y memoria 187
Sin memoria no hay paz. Sin paz no hay futuro 191
Vestigios de una ausencia 197

Categoría Adultos 200

Pensando en paz 203
La paz inicia en un corazón 209
Aprender a reconocer la paz 215
La paz que heredamos 221
La sociedad connatural 225
La memoria como fundamento jurídico de la paz: entre el deber de recordar y la tentación del olvido 229



PRÓLOGO

¡Hay historias que merecen ser escuchadas!

(Prólogo a manera de cuento en menos de mil palabras)

El grito salía rabioso de la radio. Retumbaba en el patio, en la cocina, en el taller de calzado. Colombia atacaba por la banda derecha. La pelota quemaba el césped del Mundial. Y entre el estallido del gol y la respiración cortada del país, irrumpía la voz, firme, clara. Era la cuña del Concurso Nacional de Escritura: Historias de paz entretejida con las transmisiones de los partidos de fútbol por las 82 emisoras filiales de la RTVC: "¡Hay historias que merecen ser escuchadas!", cantaba potente la voz a capella.

El balón rodaba en las pantallas. Y sin embargo, en los cuadernos, hojas de notas, salas de informática y cafés de internet, en pueblos, municipios y ciudades del país, se jugaba otro partido. Un partido contra la desmemoria. Una final contra la hoja en blanco.

Entonces ocurrió. Seis mil quinientas treinta y tres almas recibieron el pase. Le hicieron un túnel al olvido. Gambetearon las vacaciones, dejaron atrás las transmisiones por radio, televisión e internet del Mundial de Fútbol, entraron al área y quedaron de cara al gol.

Desde la selva del Amazonas hasta las olas de San Andrés, niñas, niños, jóvenes y adultos aceptaron jugar este partido. Las niñas y los niños tomaron la delantera. Ocuparon cuatro de cada diez lugares en la cancha. Los jóvenes sostuvieron el medio campo. Los adultos defendieron la portería. Y, entre todos, nos dejaron un mensaje imposible de ignorar: no aceptan heredar el miedo. Y aunque temen su proximidad, no se acobardan... ¡Escriben!

Así, cada palabra escrita se convirtió en un doble privilegio para todos. El primero, porque el concurso permitía un máximo de mil palabras por obra. Desarrollar una buena idea en mil palabras es un gran reto. El segundo, porque esas palabras dieron lugar a seis mil quinientos treinta y tres actos de creación y coraje. Una jugada magistral para esquivar el olvido. Un llamado que tuvo respuesta y del que todos podremos aprender.

Después, de la evaluación de unos y otros, quedaron cuarenta testimonios: diez cuentos de niños, diez de jóvenes, ocho de adultos, seis ensayos de jóvenes y seis ensayos de adultos. ¡Aquí quedó esculpida con palabras la audacia de la comunidad educativa del país!

Porque la paz de este libro no huele a perfume o ambientador de oficina. Tampoco tiene la forma de las firmas de protocolo. Y, aunque parezca contradictorio, tampoco baja del cielo por milagro, más bien es todo lo contrario: la paz de este libro se genera portentosa desde cada uno de los corazones de sus autores para después elevarse a través de nuestras miradas y alcanzar así el lugar que le corresponde.

La paz de estos relatos parece cansada, pero nunca deja de levantarse. Viene con barro en las botas, con maleza en el dobladillo del pantalón. Crece en los territorios, allí donde los árboles frutales nacen para inclinarse por el peso dulce de las más bellas frutas. Y nunca se rinde. La paz de estas páginas tiene, al parecer, la terca costumbre de ponerse de pie cada mañana y buscar sus mejores galas para continuar, como ocurre en cada uno de los cuentos y ensayos que aquí nos convoca: bregando por perpetuarse.

Leyendo este libro seguro llorarás. Pero no lo harás en soledad. Lo harás en compañía de esas madres que no lloran solas; de seres que te prestan sus ojos y comparten contigo la sal de sus lágrimas, para que el dolor no logre ahogar la dignidad de sus hogares. Para que entiendas que recordar —o imaginar— no es abrir heridas: es impedir que el silencio o la mentira triunfen.

Esta obra, además de ser un mensaje inspirador de paz, es también un homenaje a los seis mil quinientos treinta y tres participantes en el concurso. Sin su determinación, creatividad y esfuerzo, el camino que nos condujo hasta estas páginas no habría sido posible. Sin ellos, simplemente, este libro no existiría.

El tiempo es feroz. Casi siempre vuela. Y, de pronto, terminaron las vacaciones, estudiantes y profes regresaron a las aulas y los partidos de fútbol llegaron a su final. Entonces, el Concurso Nacional de Escritura: Historias de paz llenó sus tribunas para despertar la imaginación de aquellos que creen que Colombia no puede seguir condenada a vivir otros 100 años de soledad, así a ratos lo parezca, perdamos la esperanza o nos dejemos doblegar por el marasmo.

Aquí están las 40 obras del concurso, abiertas para todos. Leámoslas y dejemos que sus historias nos inspiren.

Mónica Higuera Rueda (La Profe Mónica)
Presidenta del jurado del CNEHP

Camilo Jaimes Ocaziónez
Coordinador pedagógico del CNEHP



CUENTO

Categoría Infantil

Concurso Nacional
Historias de Paz
2026
de Escritura



NOMBRE

Miguel Ángel Restrepo Serna

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa El Rosario

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Itagüí, Antioquia

Desde Itagüí, Antioquia, Miguel Ángel Restrepo Serna, a sus once años, nos entrega «El susurro de los pajaritos», un entrañable cuento infantil sobre el pueblo de Corinto. Miguel Ángel construye con maestría una narrativa donde la tristeza acumulada se disipa mediante la ternura y la sabiduría de la naturaleza. Destaca la impecable gestión del ritmo y el uso lírico del espacio: la plaza, los colores y las aves se convierten en símbolos de reconciliación social. Con gran sensibilidad, el autor muestra cómo la empatía infantil trasciende las barreras del enojo adulto. Es una propuesta conmovedora, de notable delicadeza poética, que aporta una luz esperanzadora a esta edición.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

EL SUSURRO DE LOS PAJARITOS

En el pueblo de Corinto la plaza siempre estaba vacía. Desde que la tristeza llegó con forma de gritos y portazos los niños ya no salían a jugar. Las cuerdas de saltar colgaban de los árboles como lágrimas secas y las canicas se oxidaban en los rincones.

Una mañana de bruma, la abuela Nena abrió su ventana y no escuchó risas. Escuchó algo distinto: un trino, suave, tímido, como si pidiera permiso al paso.

En la fuente de la plaza tres pajaritos de pecho amarillo picoteaban el agua. No eran como los demás. Llevaban ramitas en el pico, pero no para hacer nidos. Empezaron a acomodarlas en el suelo, formando un círculo. Dentro del círculo pusieron pétalos de cayena roja.

—Parecen estar jugando —susurró la abuela Nena.

Al día siguiente, llegaron más. Unos traían hojitas; otros, pedacitos de lana que el viento había arrancado de las cercas. En una semana la plaza se llenó de pequeños dibujos en el suelo: soles, flores, corazones hechos con semillas. Los

pajaritos saltaban de un dibujo a otro, piaban y, cuando un dibujo se borraba con la brisa, entre todos lo volvían a armar.

Don Eugenio, el panadero que no hablaba con su vecino desde hacía dos inviernos, se detuvo a mirar. Uno de los pajaritos, el más pequeño, tomó una miga de pan que cayó de su bolsa y la puso justo en el centro de un corazón de alpiste. Luego miró a Don Eugenio y ladeó la cabeza como esperando. Don Eugenio tragó saliva. Al día siguiente, dejó una bolsita de semillas junto a la fuente.

Pronto la gente empezó a entender el juego. Si encontrabas una pluma azul en tu puerta, era un pajarito invitándote a dejar tu enojo en la plaza. La maestra Paola, que había cerrado la escuela por miedo, salió con tizas de colores. No escribió letras. Dibujó un árbol enorme en el cemento. Los pajaritos llegaron con flores del monte y las pusieron en las ramas dibujadas.

Los niños que espiaban desde las ventanas empezaron a hacer lo mismo. Mateo, que no veía a su amiga Sofía porque sus papás habían peleado, dibujó una rayuela. Al otro día encontró la rayuela llena de granitos de maíz en cada casilla y una pluma amarilla al final.

Una tarde llegó el viento fuerte. El viento que antes traía palabras duras. Borró todos los dibujos. La plaza quedó desnuda otra vez. La gente se asomó y sintió que el pecho se les apretaba.

Pero entonces, desde los tejados, bajaron cientos de pajaritos. No piaron con tristeza. Piaban con ritmo, como si cantaran una canción sin letra. Y todos al mismo tiempo empezaron de nuevo. Unos traían pétalos, otros barro fresco, otros hilos. Trabajaban juntos. Si a uno se le caía una semilla, otro la recogía y la ponía en su lugar.

La abuela Nena salió con una olla de agua de panela. Don Eugenio trajo pan. La maestra Paola trajo a los niños. Y, por primera vez en años, los grandes y los chicos se agacharon en la plaza. No para pelear, sino para ayudar a los pajaritos.

Hicieron un mural tan grande que se veía desde la loma. Eran un niño y una niña de manos unidas hechos con miles de hojitas, flores y piedritas de colores. Alrededor, los pajaritos volaban en círculo, como cuidándolo.

Esa noche Mateo le dejó una nota a Sofía debajo de su puerta: «¿Mañana te espero en la plaza? Y Sofía le dejó una pluma.

Desde entonces, en Corinto dicen que la paz llegó cuando aprendieron a jugar como los pajaritos: sin gritar cuando algo se rompe, ayudándose a volver a empezar y poniendo algo bonito en el centro para que todos lo cuiden.

A veces todavía hay silencio. Pero ya no es un silencio vacío. Es el silencio que queda después de un trino, esperando a que otro responda.

Y los niños volvieron a la plaza. Porque entendieron que, si los pajaritos podían suplantarlos y enseñarles a estar juntos, ellos también podían suplantar a los pajaritos y enseñarle al mundo a cantar.



NOMBRE

Mari Julieta Calvo Ramírez

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa La Libertad

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Valle del Guamuez, Putumayo

Mari Julieta Calvo Ramírez, de doce años, residente en Valle del Guamez (Putumayo) e integrante de la I. E. La Libertad, presenta «La puerta», un emotivo cuento sobre el desplazamiento, la violencia intrafamiliar y la inquebrantable fuerza del amor filial. La autora logra sostener un ritmo fluido mediante oraciones cortas que intensifican la carga dramática de la huida por el río Caquetá y la posterior espera en la finca. Sobresale la efectiva construcción de la atmósfera selvática y bucólica, así como la potencia simbólica de la puerta de madera como punto de convergencia para el dolor y la esperanza. Con una voz entrañable, sensibilidad poética e intuición narrativa, la obra ofrece un testimonio reflexivo de resiliencia que conmueve y enriquece esta edición.

La puerta

Hay recuerdos que son míos y hay recuerdos que me los contaron.

No recuerdo exactamente la noche en que mi mamá me envolvió en una cobija y me llevó en sus brazos por el río Caquetá. Yo tenía apenas dos años. Tal vez por eso mis recuerdos parecen pedacitos de un sueño.

Recuerdo mi tetero.

Recuerdo el sonido del agua.

Y recuerdo sentirme segura cuando ella me abrazaba.

Lo demás lo fui aprendiendo después.

Mi mamá me contó que aquella noche no llevaba maletas.

No llevaba ropa.

No llevaba fotografías.

Solo me llevaba a mí.

Y a mi tetero.

Nada más.

A veces pienso en eso.

En cómo toda una vida puede caber dentro de una cobija.

Mi mamá dice que el río estaba oscuro y que la corriente golpeaba con fuerza la embarcación. Que los monos aulladores cantaban desde la selva y que cada sonido parecía más grande que de costumbre.

También me contó que una persona valiente decidió ayudarnos y arriesgó su propia vida para sacarnos de allí.

Yo no entendía el peligro.

Ella sí.

Aquella noche dejamos atrás muchas cosas.

Mis juguetes.

Mis mascotas.

La casa donde vivíamos.

Los caminos conocidos.

Todo quedó al otro lado del río.

Mi mamá solo sabía una cosa: debía protegerme.

Cuando crecí, entendí algo que de niña no sabía.

Aquella noche no escapábamos de una tormenta.

Ni de la selva.

Ni del río.

Mi mamá intentaba alejarnos de una persona que debía cuidarnos y no lo hizo.

Esa persona era mi padre.

Después llegué a una finca rodeada de montañas verdes.

Había caballos.

Mariposas.

Quebradas de agua transparente.

Árboles tan altos que parecían tocar las nubes.

Mi familia me recibió con mucho amor.

Mi abuela me abrazaba cada noche.

Mi tío me enseñaba a montar a caballo.

Y mi prima jugaba conmigo durante las tardes.

Yo sonreía.

Corría.

Jugaba.

Pero me faltaba alguien.

Por eso cada mañana caminaba hasta una puerta de madera que daba al camino principal.

Me sentaba allí.

Miraba las montañas.

Miraba el cielo.

Miraba el camino.

Y preguntaba:

«¿Será que mi mamá vuelve hoy?».

Mi tío siempre respondía:

«¿Claro que sí».

Entonces yo seguía esperando.

Los días pasaban.

La lluvia llegaba y se iba.

Los pájaros cambiaban de rama.

Las nubes cruzaban lentamente el cielo.

Y yo seguía allí.

Sentada en la puerta.

Esperando.

Muchos años después entendí algo que entonces no sabía.

Mientras yo observaba el camino, mi mamá intentaba construir uno.

Iba de un lugar a otro buscando ayuda.

Buscando protección.

Buscando una forma de que pudiéramos vivir sin miedo.

Mientras yo esperaba su regreso, ella luchaba por nuestro futuro.

Pero en ese momento yo solo era una niña.

Una niña que extrañaba a su mamá.

Una niña que había cumplido años sin ella.

Recuerdo que todos intentaron hacerme sentir feliz.

Hubo torta.

Hubo canciones.

Hubo abrazos.

Pero yo seguía mirando el camino.

Porque el regalo que más quería todavía no llegaba.

Hasta que un día ocurrió.

El día que todavía vive dentro de mí.

El sol comenzaba a esconderse detrás de las montañas.

El cielo estaba pintado de naranja y dorado.

Yo estaba sentada en mi lugar de siempre cuando vi una figura caminando a lo lejos.

Era apenas una sombra.

Pero algo dentro de mí la reconoció antes que mis ojos.

Me puse de pie.

Mi corazón empezó a correr antes que mis piernas.

La figura se acercó un poco más.

Y entonces escuché su voz.

Corrí.

Corrí tan rápido como pude.

Mi mamá también corrió.

Y cuando nos abrazamos sentí que el mundo entero volvía a estar en su lugar.

Ella lloraba.

Yo también.

No entendía todo lo que había pasado.

Pero entendía lo más importante.

Había vuelto.

Hoy tengo doce años.

Ahora conozco partes de la historia que antes no conocía.

Sé que aquella noche del río fue una noche de valentía.

Sé que mi mamá tuvo que tomar decisiones muy difíciles para protegerme.

Sé que hubo personas que nos ayudaron cuando más lo necesitábamos.

Y sé que el amor puede ser más fuerte que el miedo.

Por eso, cuando me preguntan qué significa la paz, no pienso en algo lejano.

Pienso en una madre cruzando un río oscuro para salvar a su hija.

Pienso en una niña que nunca dejó de esperar.

Pienso en un camino atravesando las montañas del Caquetá.

Y pienso en una puerta sencilla de madera.

Porque algunas puertas sirven para salir.

Pero aquella puerta tuvo una misión más importante.

Fue el lugar donde regresó mi mamá.

Y donde, después de tanto tiempo, regresó la paz.





NOMBRE

Youdi Julieta Hernández Rocha

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Alfredo Molano Bravo

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Villavicencio, Meta

Youdi Julieta Hernández Rocha, de trece años, residente en Villavicencio e integrante de la I. E. Alfredo Molano Bravo, aborda la huella del conflicto en la identidad orinoquense. Su relato expone la pérdida del territorio y la ausencia paterna a través del dolor y la memoria evocativa. La autora construye una atmósfera profunda donde el paisaje cultural dialoga con el vacío de la orfandad. Destacan la emotividad del tono y el hábil manejo del lenguaje criollo, enriquecido con referencias al folclor regional. Con gran sensibilidad narrativa, el cuento transforma el duelo individual en una voz colectiva sobre la preservación de las tradiciones. Es una obra conmovedora y contundente que logra rescatar la dignidad del llanero ausente mediante la palabra.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

El llanero que no pudo ser

Pienso en cómo sería mi padre y en cómo la guerra también se consume el llano. En cómo solo aporta recuerdos nostálgicos de un llano que se quedó sin su llanero.

Escucho la maraca chipiando cuando lo pienso, como si ese fuera su sonido singular y representativo. Las garzas veraneras también lo extrañan porque las solía observar tomándose un tinto cerrero. Le gustaba el llano a mi pa. Lo recuerdo como ayer cuando hacía sus versos rimaos y hacia reír a los tíos.

En mi memoria mi padre sabía bregar ganao matrero, cruzaba el río crecío y silbaba un pasaje todas las tardes en la esquina de la cuadra cuando observaba su pueblo. Ese que jamás pensó en abandonar.

«Indio», me dice la gente, y para mí es un honor. Tenía una linda voz mi padre, y siento que debió ser a quien le heredé mi talento y lo aguerrida que soy.

No creo que se quisiera ir. En la finca, que también se llevaron de por medio los innombrables, pasaba sentao en

una butaca al final de la tarde. Quisiera haber estao más grande para recordar más. Pero son solo recuerdos de amor. Uno que otro, los recuerdos que me vienen.

Dicen que el llano no olvida a los suyos. Y yo tampoco. Mi papá era un criollito de esos que amaba el patio lleno'e luna y añoraba cuando llovía el sol de los venaos.

En el tranquero había sembrao un palo de guanábana, porque Lejanías, donde vivíamos, más arriba de Piedra Gorda, da de todo en su tierra, esa tierra de la que él se sentía orgulloso. Ensillaba su caballo, se llevaba su soga y a seguir al caballo corcoveando que una vez se encontró y que resultó ser del vecino. Recuerdo que dijo que, al paso que iba el llano, ya ningún pelao iba saber nada del llano.

Lo pienso así en su esencia y me recuerdo al Cholo cuando dice: «Paraulata sabanera, tú sabes de mi quebranto. Así me haya visto muy lejos, mi viejo, de mi pecho no te arranco. Ya volveré, llano mío, a mi mundo y a mi rancho, pero sin ese llanero, un hombre recio paisano». De esos que ya no se oyen ni se ven. Parece que el llano no se acaba en ojos, pero sí en gente llanera nata.

Y es que a veces me pregunto cuántos como él se quedaron en el silencio del monte, cuántas voces se apagaron entre esteros y chaparrales, cuántos cantos de ordeñador se quedaron sin madrugada. Porque el llano sigue oliendo a pasto recién mojado, el río sigue creciendo cuando le da la gana y las garzas siguen cruzando el cielo como si nada hubiera pasado, pero en las casas, en los patios, en las hamacas, hace falta gente.

Hace falta el que enseñe a enlazar, el que diga cómo se brega el ganao sin maltratarlo, el que silbe un pasaje al caer la tarde, el que cuente historias bajo una luna llena de esas que alumbran hasta el alma. Hace falta el papá.

Yo crecí lejos de todo eso. Entre calles donde no hay barro ni esteros ni venados pegando el brinco monte adentro. Donde el canto no es de paraulata, sino de carros, y donde nadie sabe a qué huele el mastranto cuando el viento lo levanta. Y entonces uno entiende que no solo se llevan a una persona, también se llevan un mundo entero.

Por eso escribo. Para que no se pierda. Para que algún pelao que nunca ha visto el llano pueda imaginarlo. Para que sepan que hay una tierra donde el sol cae distinto, donde el caballo no es adorno sino compañero, donde la palabra tiene peso y el canto cura.

Para que sepan que hubo, y ojalá siga habiendo, hombres como mi papá: criollos, recios, de mirada firme y corazón noble. Llaneros de verdad.

Y también para que ojalá algún día ningún niño tenga que inventarse a su padre entre recuerdos prestados ni crecer preguntándose cómo hubiera sido escucharlo cantar.

Porque el llano merece sus historias completas. Y los hijos merecen crecer con quien se las cuente.

Y es que yo sí sufro pensando en que ya nadie seguirá esas tradiciones. Entonces quiero montar un pocotón de proyectos

donde podamos salvaguardar eso que tanto le gustaba a mi viejo. Pero no, no es tan fácil como decirlo.

Yo solo lo anhelo a él, en esa esquina de la cuadra, cantando con esa voz que parecía conocer cada rincón del llano:

«Sinceramente, en mi pueblo yo no tuve educación. Porque desde muy pequeño fui tan solo un pescador. Siempre mi mayor anhelo fue poder ser cantador. Hacer mis composiciones con cariño y con amor».Le gustaban las canciones viejitas, esas que todavía huelen a sabana, a madrugadas de faena y a café recién colado; esas que hacen soñar con un llano donde las tradiciones todavía son lo primero. Tal vez él sintió que no pudo ser el llanero que soñó. Tal vez la vida le cambió el rumbo antes de tiempo. Pero mientras alguien recuerde su voz, repita sus canciones y se empeñe en contar las historias que él amaba, seguirá cabalgando en la memoria de quienes lo conocimos.

Al final entendí que algunos llaneros no alcanzan a cumplir todos sus sueños. Sin embargo, dejan sembrado en otros el deber de mantener vivo aquello que nunca quisieron perder. Y quizá ese sea ahora el mío: contar su historia para que, cuando alguien vuelva a cantar esos versos, también recuerde al llanero que no pudo ser.







NOMBRE

Sara Sofía García Vega

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Francisco San Juan

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Suratá, Santander

Sara Sofía García Vega, de trece años, residente en Suratá y estudiante del Colegio Francisco San Juan, nos entrega en «Memorias de una bala» una conmovedora pieza narrativa de gran calado simbólico y sensibilidad poética. A través de una acertada personificación de la bala, la autora traza un relato circular sobre la memoria, la violencia y la reconciliación. Destaca de forma sobresaliente el manejo del ritmo, la creación de atmósferas envolventes y una potente tensión lírica que contrasta el destino bélico del objeto con la naturaleza y el anhelo de paz. La riqueza del lenguaje literario y la hondura conceptual de la obra revelan una voz narrativa promesa de las letras regionales. Sin duda, representa una valiosa y esperanzadora contribución a esta edición del certamen.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

Memorias de una bala

Dormía bajo una montaña de Santander, donde el amanecer no irrumpe, sino que desciende lentamente sobre las lomas como una manta de neblina. Desde las entrañas de la tierra escuchaba un murmullo profundo que durante siglos creí el sonido del universo. Después comprendí que era el corazón de la montaña. Porque sí, las montañas tienen corazón. Late despacio, con la paciencia de quien ha visto pasar generaciones enteras.

Yo era apenas un pequeño fragmento de hierro oculto entre las rocas. Sobre mí crecían robles, cafetales y maizales. El río golpeaba las piedras con infinita calma y, cada mañana, el aroma del café recién colado subía desde las cocinas de leña mientras los niños corrían descalzos persiguiendo mariposas. Sin saberlo, desde la oscuridad aprendía el idioma de la vida.

Hasta que una explosión desgarró la montaña.

La roca que me había protegido durante siglos se abrió como una herida. Vi el cielo por primera vez y también a los hombres que me arrancaban de la tierra. No traían semillas ni herramientas de labranza; llevaban dinamita y azadones. Entonces comprendí que los seres humanos eran capaces de herir aquello mismo que amaban.

Después llegó el fuego.

Dejé de ser roca para convertirme en metal líquido. Me moldearon con precisión hasta transformarme en una bala. Mientras cientos de piezas idénticas avanzábamos por una banda metálica, un viejo obrero tomó una entre sus dedos. Sus manos estaban llenas de cicatrices. La observó en silencio y murmuró:

—¿Ojalá ninguna tenga que cumplir el destino para el que fue creada.

No entendí sus palabras.

Tiempo después, un muchacho abrió la caja donde nos guardaban. Sus manos temblaban. No eran manos de asesino; eran manos demasiado jóvenes para conocer tanto miedo. En el bolsillo izquierdo llevaba una moneda vieja, una navaja gastada y una medalla de la Virgen del Carmen. Allí me guardó.

Durante el viaje reconocí nuevamente el olor del eucalipto, del café y de la tierra mojada. Regresaba a las montañas, pero ya no como parte de ellas, sino convertida en aquello que podía destruirlas.

Mientras caminábamos por una vereda, una anciana lo saludó:

—¿Va muy lejos, mijo?

—Sí, señora.

—Que Dios lo acompañe.

Él bajó la mirada.

—Ojalá.

Seguimos ascendiendo. El muchacho casi no hablaba, pero su corazón sí. Latía con una mezcla de cansancio y temor. En una pausa sacó una fotografía doblada de sus padres. La sostuvo contra el pecho mientras una lágrima silenciosa caía sobre el papel.

—Cómo extraño mi casa... —susurró.

Y sentí cómo una lagrima se reprimía dentro de él.

Todo parecía empeñado en recordarme que la vida seguía floreciendo, aunque yo hubiera sido creada para interrumpirla. Al día siguiente apareció un campesino frente a una casa de tapia. Miró el arma que colgaba del hombro del muchacho. Yo pensé que cerraría la puerta. En cambio, preguntó:

—¿Ya tomó tinto?

El joven negó con la cabeza.

El hombre regresó con una taza de café humeante.

—Cuídese, mijo.

No preguntó nombres ni bandos. Solo vio a un muchacho. Esa noche el bosque se sintió diferente.Los helicópteros rompieron el cielo. Los perros comenzaron a ladrar. Las órdenes y los disparos rebotaban entre las montañas. El muchacho abrazó la fotografía de sus padres con una mano y el arma con la otra.

Quise volver a ser piedra. Quise no existir.

Pero las balas no elegimos nuestro destino. Los hombres sí.

Todo ocurrió en un instante.

Un dedo presionó el gatillo y el fuego me lanzó al vacío. Mientras atravesaba el aire vi el rostro del muchacho iluminado por un relámpago. No había odio en sus ojos. Solo una tristeza inmensa.

Esperaba encontrar un corazón. Encontré un cedro.

Me hundí profundamente en su tronco.

Al mismo tiempo, otra bala encontró el pecho del muchacho. Murió sosteniendo la fotografía.

Yo permanecí atrapada dentro del árbol. Pasaron los años.

Escuché crecer los hijos del campesino. Después a sus nietos. Escuché abrir una escuela. Escuché niños cruzando la quebrada para aprender. Escuché el sonido de las azadas sembrando nuevamente maíz donde antes solo había miedo.

Poco a poco, el olor de la pólvora desapareció. El café volvió a quedarse con las mañanas.

La paz regresó igual que crecen los árboles: tan despacio que uno solo descubre cuánto ha cambiado el paisaje cuando mira hacia atrás.

Una tarde el viejo cedro cayó.

Entre las ramas apareció una niña.

—¡Abuelo! ¡Mira lo que encontré!

Me sostuvo entre sus dedos como si hubiera descubierto un tesoro. El anciano me tomó y permaneció largo rato observándome.

—Hace muchos años... —susurró.

No terminó la frase.

Aquella noche, en su pequeño taller, limpió el óxido de mi cuerpo. Después hizo un pequeño orificio y pasó un cordón negro por él.

Sin decir palabra, colocó el collar alrededor del cuello de su nieta. Entonces comprendí el verdadero sentido de mi existencia.

Después de haber nacido para atravesar un corazón... Terminé descansando sobre uno.

Escuchaba cada latido mientras la muchacha caminaba libre por los mismos senderos donde antes reinaba el miedo.

A veces alguien le pregunta:

—¿Esa bala sí disparó?

Ella sonríe. Nunca responde.

Porque la verdadera historia no está en saber de dónde vine, sino en comprender dónde terminé. Nací creyendo que mi única misión era abrir heridas.

Pero el tiempo, la memoria y las manos de quienes eligieron reconstruir en lugar de destruir me enseñaron otra.

Entonces recordé al viejo obrero que me sostuvo el día de mi nacimiento. Ahora entendía, por fin, sus palabras:

—Ojalá ninguna tenga que cumplir el destino para el que fue creada.

Tenía razón.

Porque el mejor destino que puede tener una bala es olvidar que alguna vez fue creada para matar.



NOMBRE

Aranis Yazaira Arrieta Pérez

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Instituto Técnico Rafael García Herreros

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

San José de Cúcuta, Norte de Santander

Aranis Yazaira Arrieta Pérez, de once años, residente en San José de Cúcuta y estudiante de la I. E. Técnico Rafael García Herreros, presenta en Nelson y el camino que no eligió un relato conmovedor de resiliencia y redención. La autora construye una narrativa fluida que aborda con sensibilidad la violencia intrafamiliar, el reclutamiento forzado y el dolor del abandono. A través de un ritmo pausado y revelador, la obra explora el conflicto emocional de Nelson y su proceso de reconciliación, destacando el valor de las segundas oportunidades. Con una voz madura y clara, el cuento trasciende la tragedia para convertirse en un mensaje esperanzador sobre el perdón y la paz, posicionándose como una valiosa contribución reflexiva en esta edición.

NELSON Y EL CAMINO QUE NO ELIGIÓ

Nelson nació en una pequeña vereda donde el río dividía dos fincas y donde las oportunidades parecían llegar demasiado tarde. Vivía con su madre, Julia; su hermano menor, Juan, y su padrastro, Éver. Desde muy pequeño comprendió que su lugar dentro de la familia era diferente. Mientras Juan recibía cariño, ropa nueva, cuadernos y permiso para jugar, Nelson soportaba el rechazo de Éver, quien constantemente repetía que no era su hijo y que no llevaba su sangre. Por eso le asignaba los trabajos más pesados de la finca, obligándolo a levantarse antes del amanecer para cargar agua, limpiar el corral y reparar los daños de la casa. Aunque Julia intentaba protegerlo, el miedo que sentía hacia Éver le impedía enfrentarlo. Nelson creció sintiéndose solo y convencido de que no merecía el mismo amor que su hermano.

A pesar de las dificultades, Nelson disfrutaba estudiar. Sin embargo, cuando cursaba tercero de primaria, Éver decidió sacarlo de la escuela porque aseguraba que estudiar no servía para conseguir comida. Desde entonces, toda su vida giró alrededor del trabajo y las órdenes. La casa dejó de ser un lugar seguro y se convirtió en un espacio lleno de discusiones, gritos y silencios. Nelson aprendió a soportar el

maltrato sin responder, acumulando una profunda tristeza que con el tiempo se transformó en rabia.

La situación en la vereda tampoco ofrecía tranquilidad. La región estaba marcada por la presencia de grupos armados que luchaban por controlar el territorio. Los habitantes vivían con miedo y evitaban salir después del anochecer. Los hombres armados aparecían con frecuencia buscando jóvenes para reclutarlos. Nelson creció viendo cómo la violencia hacía parte de la vida cotidiana.

Cuando cumplió dieciséis años ocurrió el hecho que cambió su destino. Una fuerte discusión entre Julia y Éver terminó cuando él intentó golpearla. Nelson intervino y empujó a su padrastro para defender a su madre. Éver cayó al suelo y Julia, dominada por el miedo, le pidió a Nelson que abandonara la casa. Él sintió que había perdido el único lugar donde aún conservaba algún vínculo familiar.

Sin dinero, sin estudios y sin un sitio donde dormir, caminó durante horas bajo la lluvia hasta refugiarse frente a una tienda. Al día siguiente fue encontrado por dos jóvenes que le ofrecieron unirse al grupo armado que operaba en la zona. Le prometieron comida, respeto y protección. Cansado del abandono y creyendo que no tenía otra alternativa, Nelson aceptó.

En el campamento recibió un uniforme, botas y un nuevo nombre: Estiven. Durante los primeros días sintió que por fin alguien lo valoraba. Sin embargo, pronto descubrió que la vida dentro del grupo estaba llena de reglas estrictas, castigos, largas jornadas de vigilancia, hambre y miedo constante. Comprendió que aquella supuesta familia también estaba construida sobre la violencia.

Durante las noches recordaba a su madre preparando café, a Juan caminando hacia la escuela y la vida que había dejado atrás. Esos recuerdos despertaban una mezcla de nostalgia y culpa. Mientras tanto, Julia supo por una vecina que Nelson había sido visto con un grupo armado. Esa noticia la llenó de remordimiento al comprender que el miedo y el silencio habían contribuido a empujarlo hacia ese camino.

Tres años después, Nelson ya no era el muchacho que había abandonado la casa. Había aprendido a obedecer órdenes y sobrevivir en el monte. Durante una misión cerca del río vio a su madre y a Juan. Ambos habían cambiado. Julia lucía más envejecida y Juan ya no era el niño consentido que recordaba. Nelson quiso acercarse, pero un superior le ordenó permanecer en su puesto. Aquella noche comprendió cuánto había perdido y, por primera vez, la culpa fue más fuerte que la rabia.

Poco tiempo después, un operativo militar provocó la desintegración del grupo armado. A Nelson le ofrecieron ingresar a un programa de reintegración para abandonar las armas y comenzar una nueva vida. Aunque tenía miedo de ser rechazado, aceptó la oportunidad. Participó en terapias, talleres y actividades comunitarias, donde entendió el verdadero significado de la responsabilidad, el perdón y la reconciliación.

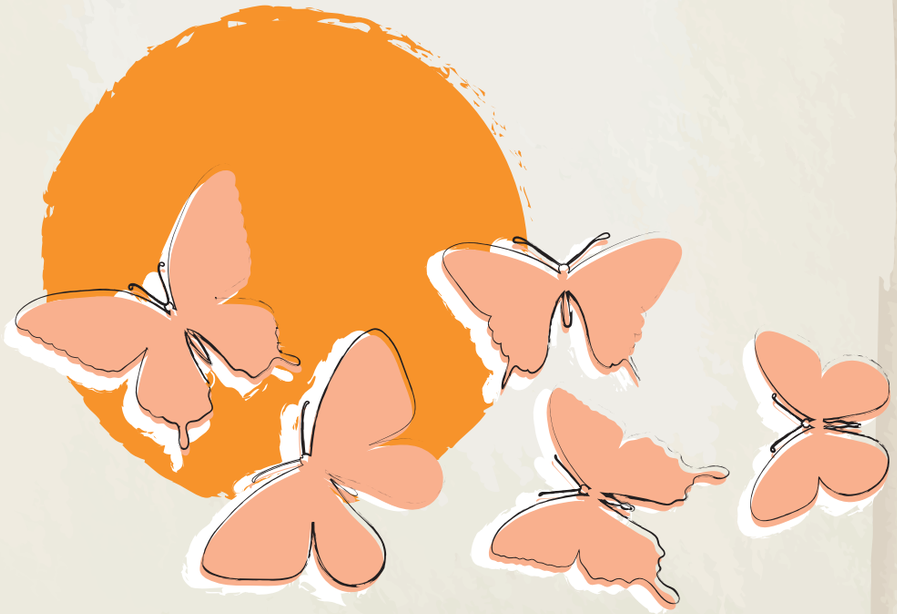
Como parte del proceso regresó a su vereda para compartir su historia con otros jóvenes. Antes de la charla decidió visitar a Julia. Cuando ella abrió la puerta, ambos permanecieron en silencio hasta fundirse en un abrazo. Los dos pidieron perdón. Julia reconoció que el miedo la llevó a actuar de manera equivocada y Nelson aceptó que dejó que el odio

decidiera por él. Aunque sabían que recuperar el tiempo perdido no sería fácil, acordaron empezar de nuevo.

Nelson retomó sus estudios, ayudó en la finca y reconstruyó poco a poco la relación con su hermano. Más adelante habló ante estudiantes de la escuela de la vereda y les contó cómo el abandono, la violencia familiar y la falta de oportunidades casi destruyeron su vida. Les explicó que ingresar a un grupo armado nunca es una solución y que siempre existe otra opción cuando se busca ayuda.

Con el tiempo comenzó a trabajar en una fundación dedicada a orientar jóvenes en riesgo. Desde allí compartió su experiencia para evitar que otros repitieran sus errores. Comprendió que la paz no significa únicamente el silencio de las armas, sino la capacidad de elegir el perdón, asumir la responsabilidad por los propios actos y construir un futuro diferente.

Finalmente, Nelson entendió que ninguna historia está escrita para terminar en la violencia. Descubrió que el odio puede romper familias y comunidades, pero también que el amor, el arrepentimiento y la reconciliación tienen la fuerza para reconstruirlas. Su vida se convirtió en un ejemplo de que siempre es posible cambiar de camino cuando existe la voluntad de hacerlo. La paz, comprendió, no es la ausencia de guerra, sino la decisión diaria de actuar con respeto, esperanza y humanidad frente a las dificultades. Esa elección transformó su destino y le permitió convertirse en un ejemplo para las nuevas generaciones.







NOMBRE

Gabriela Beltrán Cabarcas

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa San José C.I.P.

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Sincelejo, Sucre

Gabriela Beltrán Cabarcas, de once años, residente en Sincelejo y estudiante de la I. E. San José C. I. P., presenta el cuento «Caminos de paz». La narración logra construir una atmósfera bucólica entrañable que contrasta vívidamente con la irrupción del conflicto armado y el flagelo del desplazamiento forzado. Con un ritmo fluido y una voz infantil auténtica, la autora aborda temas complejos mediante detalles cotidianos —como las mariposas amarillas o las luces de gas— que otorgan profunda sensibilidad y tensión dramática al relato. Su lenguaje cercano facilita la conexión empática, mientras que el manejo del tiempo permite cerrar la obra con un mensaje esperanzador y reflexivo. Es una propuesta narrativa conmovedora que destaca por su madurez temática y valioso aporte a la memoria social de esta edición.

Caminos de paz

Vivía con mis papás y abuelos en el campo, rodeada de árboles frutales, como mangos, guayabos y naranjos. Nos levantábamos muy de madrugada para ver cómo ordeñaban a las vacas. Mientras mi primo José le daba de comer a las gallinas, patos y pavos, que también comían lombricitas, jugaba yo con las mariposas amarillas que menciona Gabriel García Márquez en su libro.

Después de que mi abuelo tomaba su café en totuma, salía en su burrito a traer agua en barriles para bañarnos, lavar la ropa, dar de beber a los animales y cocinar. Nosotros tomábamos agua de tinaja limpia y fresca.

Los trabajadores llegaban temprano con sus abarcas viejas y sombreros de concha y ayudaban a sembrar yuca, ñame, cuatro filos y maíz. Cuando llegaba la noche, veía las luciérnagas como pequeñas lámparas alumbrándonos con sus luces; no teníamos luz eléctrica y mi abuela preparaba los mechones con gas para alumbrarnos. A mí me daba mucho miedo la oscuridad, porque oía hablar de los fantasmas que asustan por las noches. A veces oíamos ruidos en el patio, pero mi abuelo decía que eran los conejos y zorrillos que salían a buscar comida.

Mi abuelo fumaba tabaco habano, que le traía el compadre cuando venía de viaje. Mi abuela fumaba calilla, y decía que era para espantar a los mosquitos. La escuela quedaba en el pueblo y, como vivíamos muy lejos, yo no podía ir, pero mi primo me enseñó a leer y a escribir.

Una noche oí unas voces en el corral de las vacas, y le gritaban a mi abuelo que abriera las puertas si no quería que la tumbaran a patadas. Yo me asusté mucho y me escondí con mi mamá y mi abuela debajo de la cama. Mi papá y José abrieron la puerta y hablaron con ellos, pero no supe de qué. Otra noche vi a mi abuelo salir con un foco de mano y escuché que se habían robado varias gallinas. Los perros ladraban, por eso nos acostábamos temprano. Dos semanas después, mi papá encontró los restos de una vaca descuartizada. El vecino le dijo a mi papá que ellos también habían encontrado unas vacas como esta; decían que eran los muchachos.

Recuerdo que habían repartido unos papeles que mi abuela escondió. Dos meses después salimos a media noche del rancho, con poca ropa, unas yucas, un queso, un suero y unos bollos dulces. Mi abuelo no quiso venir con nosotros y le dijo a mi mamá que lo sacarían con los pies por delante, pero que de su rancho no salía. Más adelante nos esperaba un camión, y al día siguiente estábamos en casa de mis padrinos.

Ellos vivían en una casa grande y muy bonita, nos acomodamos todos en un solo cuarto y desde ese día mi mamá y mi abuela ayudaban en la casa. Yo iba a la escuela y era muy feliz, porque quería aprender. Pero extrañaba a mi abuelo y al rancho.

«Es una desplazada», oí decir a la maestra, pero no entendía de qué hablaba. Mis papás se secreteaban y hablaban muy bajito. Los niños me miraban raro al principio, pero después nos hicimos amigos; mi maestra era muy buena y me explicaba muchas cosas. Notaba a mis papás muy callados y con los ojos llorosos; nunca me decían nada, hasta que una tarde oí que mi padrino le decía a mi papá que los muchachos habían quemado los ranchos. Lloré mucho porque quería regresar en vacaciones.

Pasaron diez largos años. Oía que hablaban de rumores de compromisos, de gestores de paz. Empapelamos la escuela con mensajes de paz y perdón. Un día mi padrino dijo que ya podíamos regresar al campo, que todo había pasado.

—Quiero ser maestra —le dije a mi papá.

Y mi padrino aplaudió feliz.

—Entonces serás maestra porque yo voy a construir una escuela de primaria en el campo.

En realidad, vivía en un caserío donde había muchos niños. Iba muy ilusionada pensando en abrazar a mi abuelo y a José, mi primo, pero ellos no estaban. Mi abuelo me escribió una carta donde me decía que debíamos seguir adelante y estudiar mucho. Lo que pasó era cosa de grandes, en aquel entonces no entendí, pero ahora que he crecido pude entender que los violentos nos arrebataron nuestros sueños y familiares, pero es hora de reconciliarnos y construir un país donde reine la paz. Miro al cielo y veo a mi abuelo y a José sonriéndome, cada vez que llego a la escuelita que me construyó mi padrino con ayuda del Gobierno. La llamamos «Escuela Caminos de Paz».



NOMBRE

Sara Sofía Macías Cotacio

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Técnico Industrial
José Elías Puyana

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Floridablanca, Santander

Sara Sofía Macías Cotacio, de doce años, residente de Floridablanca e integrante del Colegio Técnico Industrial José Elías Puyana, nos presenta en «La creación del arcoíris» una emotiva narrativa de corte legendario. La autora logra tejer una conmovedora historia sobre la empatía, el valor de la libertad y la lucha por la justicia social a través del incipiente vínculo entre una princesa y un campesino. Con un ritmo fluido y una atmósfera cargada de sensibilidad, el relato aprovecha el simbolismo de la naturaleza para dar un origen mítico a la esperanza. El texto destaca por la madurez conceptual en el desarrollo de sus personajes y por un mensaje inspirador sobre el impacto de la transformación social. Una valiosa muestra de sensibilidad y talento en esta edición.

La creación del arcoíris

Hace muchos años, en el inicio de los tiempos, cuando la colonización estaba en su punto más alto, existieron dos personas. Tan diferentes frente a la sociedad, pero tan complementarias en cuanto a su alma se trataba.

Una era una princesa que anhelaba su libertad, la primogénita del rey que gobernaba el pueblo de Malcon. La otra era un campesino que trabajaba en la plaza de mercado. Un día, el rey le compró este campesino a su jefe por un par de monedas de oro, al ver lo bien que trabajaba. Cuando el chico llegó al castillo, lo pusieron a cuidar el jardín y él estuvo encantado, ya que el trato era mucho mejor que el que tenía antes.

Dentro del palacio, el rey no dejaba salir mucho a la princesa para que no viera la verdadera pobreza del pueblo. Pero ella era una chica empática y amable; todos los empleados la conocían por su buen trato y la protegían para que su padre no la reprendiera.

Un día, al salir al jardín, vio al chico trabajando con una sonrisa y sin quejarse de nada. Ella sintió curiosidad y se acercó. Él quedó pasmado ante su belleza y detuvo sus deberes.

—Eres la primera persona que veo trabajando con una sonrisa en este gran castillo —sonrió ella.

—Soy agradecido con quienes me dan de comer. —Hizo una leve reverencia—. Aunque tengo mucho que ofrecer, esta es la única forma real que tengo para pagarle.

En eso, el rey envió a una de las damas de compañía a alejarla. Ella se despidió con amabilidad y entró a encerrarse en sus aposentos.

Esa misma noche, ella salió de nuevo al jardín y encontró al muchacho sentado entre los arbustos, mirando hacia las estrellas. Ella se sentó a su lado, mirando hacia el mismo lugar.

—¿Qué es lo que encuentras interesante entre aquellas luces brillantes?

—La paz que el cielo refleja cada noche con el brillo que estos luceros le brindan a su oscuridad. —

suspiró él—. Es como una pequeña esperanza en que algún día la supervivencia de los de una clase inferior no dependerá de la obediencia que tengamos hacia nuestros amos.

—Parece que todos tenemos una cárcel, sin importar si dormimos en las habitaciones reales o en las de servicio — susurró ella.

—A la paz la perseguimos todos sin importar si somos pobres o ricos, pero la de nosotros busca una vida digna, y la de ustedes...

—Libertad —completó ella.

Así empezó el vaivén de cada noche. Noche tras noche se encontraban bajo las estrellas para hablar sobre los problemas que enfrentaba el pueblo y que el rey ocultaba. Con los días, los sentimientos de la princesa se fueron aclarando y decidió enfrentarse a su padre para mejorar las cosas.

—¿Paz para los aldeanos? —El rey soltó una risotada—. Son para el trabajo nada más, no tienen la misma importancia que la monarquía como para vivir con nuestra tranquilidad.

—¿Tranquilidad? ¿Vives tranquilo aun sabiendo que afuera hay gente muriendo de hambre mientras tú comes las mejores frutas?

Una bofetada resonó por la habitación, dejando a medias el reclamo de la princesa.

—Eso va a interesarte cuando seas reina y hagas las mismas atrocidades que yo hago para que seas feliz —sentenció su padre.

Aquella noche, la princesa volvió al jardín con el rostro cubierto por una pañoleta. Al verla con el golpe, el campesino le propuso algo al instante:

—Escapemos de aquí. Vámonos a otro pueblo, busquemos algo mejor que el encierro y la esclavización.

Los ojos de la princesa se iluminaron, y aceptó al instante. Alistó con cautela varias cosas de valor que les sirvieran para el viaje. Al día siguiente, el chico hizo su trabajo como si nada, para no levantar sospechas. Sin embargo, el rey ya sospechaba y ordenó a sus soldados que los trajeran a ambos de vuelta.

Cuando la noche cayó, la pareja salió hacia el bosque tomada de las manos. Pero a mitad del camino escucharon a los guardias correr tras ellos. Quedaron rodeados por completo.

La princesa tomó la mano de su amado para evitar que se enfrentara a ellos, sabiendo que lo matarían si intervenía.

—Perdóname por llevarte a todo esto —le dijo llorando.

—Perdóname tú a mí, por no poder mostrarte una vida más allá del castillo. —Él la abrazó con fuerza—. Jamás olvides por lo que estamos luchando, pase lo que pase.

Los guardias los llevaron de vuelta, y el rey condenó al campesino a ser decapitado frente a todos los empleados, para que sirviera como ejemplo.

Años después, la princesa tuvo que casarse para tomar su puesto como reina. Antes de la ceremonia, corrió hacia el jardín donde se encontraba cada noche con el campesino y, bajo las pequeñas gotas de lluvia, y susurró al cielo:

—Nuestra promesa está a punto de cumplirse.

Al mirar hacia arriba, vio cómo el reflejo de la luz con las gotas de lluvia formaba un hermoso arco de brillantes colores. Su corazón latió con fuerza, sabiendo que era su amado dándole tranquilidad para seguir adelante.

La princesa se convirtió en la gran reina que necesitaba su pueblo. Liberó a los pobres, repartió los lujos innecesarios del castillo y ofreció una vida digna a los que luchaban día a día por tener una, cumpliendo así con lo que había planeado con el hombre que más había amado.





NOMBRE

Jimena Valentina Tibaná Carrillo

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Las Mercedes

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Chiscas, Boyacá

Jimena Valentina Tibaná Carrillo, de diez años, residente en Chiscas, Boyacá, y perteneciente a la I. E. Las Mercedes, nos presenta el cuento «La paz de la luna». La autora construye una entrañable alegoría donde la luna, encarnada en una niña luminosa, desciende para pacificar un bosque en conflicto mediante el diálogo, la empatía y la reconciliación. Con un ritmo narrativo fluido y bien estructurado por jornadas, la obra destaca por su sensibilidad, la clara caracterización de los animales y la atmósfera mística que recrea. El manejo del lenguaje literario resalta por su calidez y su acertada dimensión pedagógica. En conclusión, es una propuesta entrañable y valiosa que destaca en esta edición por su mensaje sobre el respeto y la convivencia pacífica.

La paz de la luna

Érase una vez un bosque mágico donde los animales no se llevaban muy bien: los osos peleaban, los lobos aullaban con rabia, los conejos se lastimaban, los patos tiraban agua, los pájaros discutían, las abejas se picaban, las ardillas peleaban por las nueces y los ciervos se pisaban.

El bosque era gris, ruidoso y sin vida. Todos los días estaba lleno de peleas y mucho ruido. Este bosque no tenía nada de paz ni tranquilidad para nadie. Cuando llegaban nuevos animales, no se quedaban a vivir ahí porque no podían jugar, caminar ni dormir tranquilos; por eso mejor preferían ir a otro lugar donde hubiera momentos tranquilos, para así poder vivir felices.

La luna, que todos los días veía lo que pasaba en este bosque, un día se puso muy triste de ver cómo los animales peleaban y se lastimaban entre ellos. Entonces le pidió un deseo a Dios: que la dejara bajar a la tierra para ayudar a estos animales. Dios le concedió el deseo y le dio cinco días para que lograra hacer que el bosque fuera un lugar hermoso donde lo más importante fuera que los animales estuvieran felices y hubiera mucha paz.

La luna se puso a pensar qué podría hacer durante estos cinco días, así que lo primero que se le ocurrió fue convertirse

en una pequeña niña la cual brillara de hermosa para que todos los animales la pudieran ver. Entonces bajó convertida en una pequeña princesa, con su piel clara como el agua pura, su cabello dorado como el sol y sus ojos verdes como piedras preciosas.

El primer día fue a visitar a los osos, y estaban peleando por los peces del río, así que les habló con vos tierna y les dijo:

—No peleen, miren su reflejo en el agua.

Y ellos se asustaron, pues eran feroces por tener tanta rabia.

Después les dijo:

—Miren cuántos peces hay en el río; no es necesario pelear, estos alcanzan para todos.

La niña entró al río en silencio, sacó muchos peces y les dijo:

—¿Sí ven? Si no hacen tanto ruido y no pelean, los peces no se asustan y es más fácil pescarlos.

Los osos se miraron y entendieron que estaban haciendo las cosas mal.

El segundo día fue a buscar a los lobos. Ellos estaban aullando y asustaban a todo el que pasaba por ahí. Entonces la niña se sentó en una piedra alta donde ellos la pudieran ver y empezó a cantar una canción, con una voz tan dulce que los lobos se callaron y se pusieron a escucharla. El canto de la niña los tranquilizó, y ella les dijo:

—¿Les gusta mi voz cuando canto?

Ellos le contestaron que nunca habían escuchado una melodía tan hermosa. Entonces les dijo:

—Vengan, les enseñaré cómo pueden hacer que su voz suene hermosa. Les enseñó a respirar y sentir paz en su interior, y así, de esta manera, ellos ya no asustaban con sus aullidos a todos los que los escuchaban, sino que era bonito escucharlos aullar.

El tercer día buscó a los conejos. Ellos estaban en una guerra de carreras y, por estar peleando, se caían, se lastimaban las patas y no podían llegar a la meta final. La niña llegó, buscó flores del bosque para hacer una crema curativa y empezó a curarles sus heridas. Los conejos empezaron a saltar de la felicidad cuando sintieron que se habían curado y no les dolían sus patas. Entonces la niña los invitó a correr sin lastimarse, y así lograron llegar todos a la meta.

En el cuarto día buscó a los patos. Ellos tenían los ojos rojos y no los podían abrir por tanta agua que les había caído. Entonces la niña pensó que lo primero que debía hacer era curar sus ojos. Buscó entre sus cosas unas gotas mágicas, y ellos quedaron sorprendidos al ver la belleza de la niña y del agua, pues no se habían fijado que tenían un lago tan hermoso, así que la niña empezó a bailar en el agua para que los patos aprendieran a disfrutar del agua y así se sintieran felices.

En el quinto día se fue a buscar los pájaros del bosque para mirar por qué ellos peleaban tanto, entonces la niña se acostó en el suelo y se puso a mirarlos. La niña se dio cuenta que ellos peleaban porque todos querían ser los más bonitos, entonces la niña buscó un rayo de sol y extendió su cabello. Cuando el sol iluminó su cabello, salió una luz brillante y hermosa, y todos los pájaros se posaron en los árboles a mirar el hermoso cabello de la niña. Ella les dijo:

—Mi cabello es dorado como el sol, pero, aunque se ve hermoso, no tengo esos colores que ustedes tienen en sus plumas.

Y empezó a nombrar a cada uno con sus colores: azul, amarillo, rojo, verde, negro, naranja, morado y marrón. Todos hicieron silencio, se pusieron a ver los colores de cada uno y se dieron cuenta que todos eran hermosos, aunque no tuvieran los mismos colores. La niña los invitó a cantar y a bailar para celebrar su descubrimiento.

Al atardecer, reunió a todos los animales y les preguntó si eran felices y sentían paz en sus corazones, y ellos le contestaron que eran muy felices, entonces la niña les contó que ella los veía todos los días y los iba a seguir viendo desde el cielo, porque ella en realidad era la luna, la que alumbraba todas sus noches y cuidaba de sus sueños, y les pidió el favor de buscar a las abejas, ardillas y ciervos y contarles lo felices que se sentían al tener paz en sus corazones, para que ellos no pelearan, y así, poco a poco, el bosque se fuera llenando de muchas risas, juegos y canciones. Los animales se comprometieron a trasmitir la paz de sus corazones, respetando y ayudando a los demás a ser felices.







NOMBRE

Yineth Liliana Muñoz Muñoz

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa La Herradura

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Almaguer, Cauca

Yineth Liliana Muñoz Muñoz, de doce años, de Almaguer (Cauca) e integrante de la I. E. La Herradura, nos presenta «El árbol seguía allí», un cuento desgarrador y esperanzador sobre el conflicto armado y la resiliencia comunitaria. A través de un lenguaje sencillo y profundamente emotivo, la autora construye una atmósfera donde el miedo inicial trasciende hacia la solidaridad. El uso del árbol como símbolo central sostiene el ritmo narrativo, conectando la pérdida con la capacidad de florecer en colectivo. Destaca la madurez de su voz infantil para articular el dolor, la empatía docente y la reconstrucción del tejido social sin perder la inocencia. Es una propuesta entrañable cuya fuerza poética y valor testimonial iluminan la memoria colectiva con gran sensibilidad e impacto.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

El árbol seguía allí

Era una niña de diez años, su cabellera larga como la de Rapunzel en su torre, sus ojos como el chocolate, de ese color, y muchos decían que su mirada era tan dulce como su sabor. Esa niña nunca pensó que un día tendría miedo de ir al colegio.

Esa niña soy yo.

Ojalá no te sientas identificado con mi cuento, y, si así es, siento mucho lo que viviste. Pero ahora quiero contarte lo que aprendí.

Antes me levantaba feliz porque en el colegio estaban mis amigos, mi profesora favorita y el árbol grande del patio donde jugábamos en los descansos. Yo creía que siempre sería así.

Soy Liliana y vivo en La Herradura, un pueblo del Cauca con forma del zapato de un caballo, como esos que ayudan a campesinos a transportar su carga los viernes, días de mercado. Aquí casi todos nos conocemos. Después de clases montaba bicicleta, jugaba con mis amigos y ayudaba a mi mamá. Cuando terminaba las tareas, me sentaba un rato a mirar las montañas y el cielo. Me parecían tan bonitos como el paisaje que Rapunzel soñó conocer.

Aquella mañana me levanté como siempre. Mi mamá me peinó como princesa antes de salir, y mi papá me dijo sonriendo:

—Pórtate bien y ponle cuidado a la profesora.

Cogí la maleta y salí caminando hacia el colegio. El recorrido duraba casi una hora. En el camino me encontré con varios compañeros. Íbamos riéndonos porque algunos no habían terminado la tarea. Ninguno imaginaba lo que iba a pasar.

Cuando llegamos, la profesora ya nos estaba esperando en la puerta. Nos sonrió, pero esa sonrisa era distinta. Era la sonrisa de un adulto que también tenía miedo.

—Entren rápido.

Apenas había abierto el cuaderno cuando escuché un estruendo tan fuerte que las ventanas comenzaron a temblar.

Después vino otro, y otro más.

Los aviones pasaban sobre el pueblo. Las explosiones se acercaban, y mi corazón latía tan rápido que casi podía oírlo.

La profesora nos pidió que nos alejáramos de las ventanas. Escuché a un compañero llorar. Otra niña quería llamar a su mamá. Yo quería hacer lo mismo, pero la voz no me salía.

La profesora empezó a abrazar a los que tenía más cerca. Cuando llegó hasta mí, sentí que le temblaban un poquito las manos. Creo que ella también tenía miedo, pero hizo todo lo posible para que nosotros no nos sintiéramos solos. Eso nunca se me olvidó.

Después de un rato, que para mí pareció eterno, todo quedó en silencio, así que salimos del salón despacio, y lo primero que hice fue mirar el árbol del patio.

Seguía allí. Las hojas se movían con el viento mientras las montañas desaparecían entre el humo. Tal vez lo miré porque necesitaba encontrar algo que siguiera igual.

Cuando llegué a la casa, mi mamá me abrazó tan fuerte que por un momento pensé que no me iba a soltar. Esa noche, aunque también abracé mi oso de peluche, casi no pude dormir.

Creímos que todo había terminado, pero una noche los disparos regresaron y, esta vez, eran más fuertes, más cercanos, más escalofriantes.

Al otro día llegaron muchos soldados. No eran como los que veía en la televisión. Caminaban con armas largas y me recordaban a la bruja que encerró a Rapunzel. Las personas los observaban desde las puertas de sus casas, hasta que comenzaron a llevarse a los papás de algunos niños.

Sentí un frío recorrer mi cuerpo. Busqué a mi papá con la mirada. Él me sonrió, como si quisiera decirme que todo iba a estar bien. Intenté sonreír también, pero no pude.

Mi familia decidió salir de La Herradura por un tiempo. Nos dolía dejar la casa, los vecinos y todo lo que conocíamos. Justo cuando ya nos íbamos, los soldados aparecieron otra vez. Recuerdo que mi papá me miró y después levantó la mano para despedirse. Yo hice lo mismo. Más tarde se lo llevaron.

Durante mucho tiempo esa fue la última imagen que tuve de él. Mi mamá y yo seguimos nuestro camino, lloramos mucho. Yo extrañaba el colegio, el árbol del patio y a mis amigos.

Soñaba con volver.

Cuando por fin regresamos a La Herradura, muchas cosas habían cambiado. Algunas casas estaban dañadas y había lugares que ya no se veían como antes. Por un momento pensé que mi pueblo había perdido su alegría. Sin embargo, los vecinos salieron a ayudarse. Compartían mercado, reparaban techos, cosechaban café, y los niños volvimos poco a poco al colegio. Aunque todos llevábamos recuerdos difíciles, nadie quería rendirse.

Un día, la profesora nos invitó a sembrar un árbol en el parque. Mientras hacíamos el hueco, un compañero trajo una pala, otro agua y entre todos sembramos el árbol. Cuando terminamos, el árbol era pequeño, pero estaba firme. Ese día entendí que algunas cosas solo pueden crecer cuando muchas manos trabajan juntas.

Han pasado varios años desde entonces. El árbol ya es grande y, cada vez que paso por el parque, me gusta detenerme a mirarlo. Muchas veces veo a otros niños jugando bajo su sombra, riéndose como nosotros lo hacíamos antes. Entonces siento que, igual que ese árbol, La Herradura también ha vuelto a crecer poquito a poco.

Ahora sé que hay recuerdos que nunca se olvidan. Algunos todavía duelen. Pero, cada vez que paso por el parque y veo ese árbol, también recuerdo a mi profesora, a mi papá y a todas las personas que decidieron quedarse para ayudar. Entonces entiendo que el árbol no fue lo único que creció. También crecimos nosotros. Y mientras existan personas dispuestas a tender la mano a los demás, siempre habrá razones para seguir adelante.





NOMBRE

Emma Sofía Vergel Muñoz

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Santo Ángel de la Guarda

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

San José de Cúcuta, Norte de Santander

Emma Sofía Vergel Muñoz, de siete años, residente de San José de Cúcuta y estudiante del Colegio Santo Ángel de la Guarda, nos presenta «Las nubes peleonas», un emotivo relato que aborda las consecuencias del conflicto y el valor de la reconciliación. A través de una personificación muy acertada con las nubes Algodón y Pompón, la autora construye una narrativa fluida que maneja con destreza la tensión dramática del paisaje árido frente a la transformación pacífica. La atmósfera cambia con eficacia del tono gris hacia un estallido de frescura y color, manteniendo un ritmo ágil y un lenguaje poético de gran sensibilidad infantil. Su propuesta destaca por la claridad en la estructura y el impacto alegórico del abrazo curativo, consolidándose como un valioso aporte literario en esta edición.

Las nubes peleonas

Había una vez dos nubes, Algodón y Pompón, que siempre peleaban por quién tapaba más el sol. Un día, los ríos se secaron porque peleaban tan fuerte que se olvidaron de llover. Los animales tenían sed, los bosques se marchitaron, las plantas dejaron de florecer y las personas se quedaron sin agua. Todo fue un caos.

Entonces Algodón y Pompón miraron hacia abajo y vieron la tierra triste, gris y silenciosa. En ese momento, sintieron un frío enorme en sus corazones y se dieron cuenta de que, por estar compitiendo y discutiendo todo el tiempo, se habían olvidado de lo más importante: dar vida y frescura al mundo.

—¡Mira lo que hemos causado! —dijo Algodón, con una lágrima de lluvia a punto de caer— Los animales ya no cantan.

—Es verdad... —respondió Pompón, bajando la mirada— Tuve tanta rabia que olvidé lo hermoso que es ver el bosque verde. Lo siento mucho.

—Yo también lo siento —contestó Algodón.

En ese momento comprendieron lo que habían hecho y se dieron un abrazo enorme, tan fuerte y cariñoso que se

convirtieron en un gran nubarrón. Al reconciliarse, la paz volvió a ellas y empezaron a soltar una lluvia suave y fresca.

El río volvió a correr con alegría, las plantas abrieron sus pétalos de colores y los animales salieron a saltar bajo las gotitas de agua.

Desde ese día, las nubes comprendieron que unidas son más fuertes y que compartir el cielo en paz es mucho más divertido que pelear por él. Y como premio a su amistad, cada vez que se abrazan para llover, el sol les regala un hermoso arcoíris para recordarles su promesa.









CUENTO

Categoría Juvenil

Concurso Nacional
Historias de Paz
2026
de Escritura



NOMBRE

María José Bustos Meneses

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Santo Ángel de la Guarda

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

San José de Cúcuta, Norte de Santander

María José Bustos Meneses, de catorce años, habitante de San José de Cúcuta y estudiante del Colegio Santo Ángel de la Guarda, nos entrega en «Donde nacían los abrazos» un entrañable relato de resonancia alegórica. A través de un lenguaje poético, limpio y evocador, la autora construye una atmósfera mágica para explorar la resolución de conflictos y el valor de la empatía. El manejo del ritmo narrativo guía con destreza la transformación emocional de la protagonista, articulando una tensión sutil que desemboca en una honda reflexión sobre la paz y el perdón. Con gran madurez lírica, la obra resalta como un luminoso aporte a esta edición, recordando que los grandes cambios nacen en los gestos más simples.

Donde nacían los abrazos

Mi abuela decía que existía un lugar donde nacían los abrazos antes de llegar a las personas. Cuando era pequeña pensaba que era una de esas historias que los adultos inventaban para hacer dormir a los niños. Pero, con el tiempo, empecé a creer que también tenía razón.

Todo comenzó el verano en el que mi pueblo dejó de sonreír. Nadie estaba peleando realmente, pero todos parecían vivir con rabia. En el mercado discutían por cualquier cosa, en el colegio los compañeros se ofendían por asuntos sin importancia y en las casas era mucho más fácil escuchar un portazo que una palabra linda.

Un día decidí subir a un cerro donde mi abuela solía llevarme. Allí encontré una pequeña casita que nunca antes había visto. La puerta estaba abierta y, cuando entré, descubrí cientos de frascos de vidrio. Dentro de cada uno había una luz de color que brillaban como estrellas.

En una mesa había una carta que decía:

«Cada vez que alguien decide perdonar, aquí nace una nueva luz».

Me quedé observando en silencio hasta que una de esas luces salió del frasco y comenzó a volar alrededor de mí.

No hablaba, pero de alguna manera entendí lo que quería decirme: la paz no aparece cuando todo es perfecto, sino cuando alguien decide romper el círculo. Antes de irme, la luz entró en mi bolsillo.

Al día siguiente, en el colegio, dos compañeros empezaron a discutir. Normalmente todos se habrían puesto de un lado o del otro, pero recordé la luz que llevaba conmigo. Me acerqué y les propuse que hablaran las cosas antes de seguir gritando.

Al principio me ignoraron. Luego uno de ellos bajó la voz. Después el otro hizo lo mismo. No se hicieron amigos de inmediato, pero dejaron de pelear.

Cuando llegué a mi casa, la luz brillaba mucho más fuerte.

Durante las semanas siguientes intenté hacer lo mismo cada que veía una discusión. A veces funcionaba y otras no, pero entendí que la paz no consiste en ganar todas las batallas. Consiste en no dejar que el odio sea quien tome las decisiones.

Un día regresé a la casita. Los frascos estaban casi llenos de luces nuevas.

Sonreí al pensar que quizá no era la única persona que estaba intentando cambiar las cosas.

Antes de salir encontré otra carta que decía:

«La paz viaja de corazón en corazón. Nunca llega sola; siempre necesita que alguien la comparta».

Desde ese día dejé de buscar grandes formas de cambiar el mundo. Descubrí que un saludo, una disculpa sincera, una conversación tranquila o un abrazo pueden hacer más de lo que imaginamos. Tal vez mi abuela tenía razón. Tal vez los abrazos sí nacen en algún lugar secreto. O tal vez nacen justo en el momento en que una persona decide tratar a otra con respeto. Y si eso es verdad, entonces todos llevamos dentro un pequeño lugar donde la paz puede comenzar.





NOMBRE

Nicolás Zapata Suárez

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bogotá D.C., Bogotá D.C.

Nicolás Zapata Suárez, de Bogotá D. C., vinculado al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, presenta en «Carta a la ciudad» una potente alegoría sobre la indiferencia social y el dolor colectivo. La narrativa aborda el viaje de una carta que transporta las desgarradoras vivencias de la guerra desde la periferia hasta una metrópolis que reacciona con pánico, aislamiento e indiferencia. Con un acertado uso de elementos fantásticos, el autor construye una atmósfera envolvente donde la naturaleza interviene para confrontar la insensibilidad humana. Destacan el excelente manejo del ritmo narrativo, la profundidad temática y el poder transformador de la empatía a través del llanto y la lectura. Este relato logra una conmovedora propuesta que invita a la reflexión crítica sobre la paz y la responsabilidad social.

Carta a la ciudad

Como último acto de auxilio Rocío escribió en una hoja todos los sentires, dolores y horrores que la guerra había causado en su pueblo. Una ráfaga de viento se encargó de sacar esta carta que tenía como destinatario a la ciudad. Las fuerzas de la naturaleza, quienes también habían sido amenazadas, hicieron todo lo posible para hacer llegar el mensaje; la ligereza del papel permitió un viaje rápido por las subidas montañas donde, a lo lejos en lo alto, se veía la gigantesca metrópolis.

La carta se estrelló contra la llanta delantera de una bicicleta de un joven llamado Esteban, quien iba tarde a clase en su universidad. Lejos de incomodarle, su llanta mediotrabada decidió llegar primero. Una vez estacionado, haló con fuerza el papel atorado con la intención de tirarlo, pero un inocente vistazo despertó toda su curiosidad. Poco a poco iba perdiendo su prisa mientras leía y desarrugaba la hoja al caminar por los pasillos; a la mitad de su lectura todo el afán se había ido y un sinnúmero de emociones lo invadieron: ¿era angustia?, ¿era tristeza?, ¿o impresión? Difícil decir.

Esteban la terminó de leer justo antes de entrar al salón. Al abrir la puerta, una inesperada convicción se apoderó de él gritando:

—¡Profesor, debe leer esto!El docente, molesto con la estrepitosa interrupción del impuntual alumno, ya lo iba a regañar cuando la preocupante mirada de Esteban le dio un mal presentimiento. Un extraño sentimiento de zozobra se apoderó del salón tras conocer el contenido de la carta. Lejos de quedarse con los brazos cruzados, los estudiantes se encargaron de reproducirla y hacerla llegar hasta los callejones más escondidos de la ciudad. Nadie realmente sabía qué hacer o cómo ayudar y rápidamente la ciudad se fue consumiendo por la incertidumbre. Todos estaban perplejos. Todos la habían leído. Y a todos les produjo un indescriptible sentimiento. A pesar de la buena intención del colectivo estudiantil, cual bola de nieve, la situación escaló y la ciudad entró en pánico. «No podemos dejar que la violencia llegue a nuestras calles», «Ojalá eso se contenga allá», decían muchos. Si bien nadie pudo negar las vivencias de Rocío por las honestas evocaciones de su prosa, la carta pareció despertar un trauma escondido en los cimientos de la ciudad: la de construirse con la necesidad de alejarse de los de afuera. Esto provocó una histeria colectiva que terminó, con la molestia de unos pocos, en la construcción de una enorme barrera que rodeaba por completo la ciudad.

Una falsa sensación de protección dio pasó a una inquietante tranquilidad a la espera de que algo horrible llegara. Pero no fue así. Y la ciudad se puso aún más cómoda en sus pilares de indiferencia, y decidieron que lo mejor era no dejarse afectar por males ajenos. Sin embargo, esta actitud indiferente decepcionó enormemente a las fuerzas de la naturaleza, quienes, en medio de su frustración, transformaron el cielo citadino en una gran bóveda celeste que encerró a la ciudad en una inmensa cápsula de cristal.

Al principio poco pareció importar, pero el feroz aislamiento trajo consecuencias gravísimas. Todo se empezó a secar a pesar de que llovía muchísimo a través del cristal, pero ni una gota de agua pudo penetrar la ciudad. El día a día empezó a detenerse y nadie parecía sentir nada. Todos estaban petrificados por la sequía. O más bien, por la indiferencia.

Los estudiantes, tratando de entender cómo habían llegado hasta ese punto, descubrieron que volver a leer la carta les permitía volver a sentir, pero era doloroso. Las palabras se sentían como punzadas que se externalizaban en llanto, lágrimas que brindaron una pequeña fuerza de vitalidad que esta vez no desaprovecharían. Volviendo a divulgar la inescapable carta, la ciudadanía unió sus fuerzas para tumbar los muros que habían puesto. De manera exitosa se derribó la muralla que fracturó consigo el cristal, haciendo caer sobre la ciudad una escarcha celeste que la cubrió toda. En instantes, una tristeza profunda revivió a los habitantes de la metrópolis, el rocío de sus lágrimas llamó a una llovizna que se derramaba cuesta abajo por la montaña llegando a esas zonas que la ciudad consideró alguna vez aisladas o periféricas. Desde la ciudad se crearon nuevos ríos que conectaron pueblos alejados y olvidados entre sí.

Al final, los aislados eran otros que no se dieron cuenta que la guerra ya había llegado a su altura, pues la indiferencia es una señal de los estragos de la violencia. Igualmente, las cosas apenas estaban empezando, ya que debían articular en conjunto formas de cómo darle fin a la guerra mediante la paz. Sin olvidar que, para construirla, quizá los sentires son tan importantes como los sentires que dieron fin a la indiferencia.



NOMBRE

Andrés David Morales Castro

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad del Sinú Elías Bechara Zainúm (UNISINÚ)

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Cartagena de Indias, Bolívar

Andrés David Morales Castro, Cartagena de Indias, estudiante de la Universidad del Sinú - Elías Bechara Zainúm (Unisinú), presenta «Cultivos de ausencia», un cuento de profunda carga dramática. La narración destaca por una hábil construcción atmosférica que contrapone el peso del trabajo rural con el devastador dolor de la violencia armada. El ritmo pausa con precisión la memoria traumática del protagonista, manejando la tensión emocional a través de la culpa y el duelo inconcluso. A través de una voz reflexiva y sobria, la obra explora con acierto la persistencia de la esperanza frente a la incertidumbre. Es un relato conmovedor que deja una marca perdurable dentro de esta edición.

Cultivos de ausencia

Antes de que el sol tocara las aguas de aquel caudaloso río, los campesinos ya caminaban hacia los cultivos.

No había canto de gallos que rompiera el silencio de la madrugada, solo el sonido de pasos cansados sobre la tierra húmeda. Sus ropas desgastadas y sus manos callosas hablaban de una vida entera trabajando el mismo suelo que los sostenía y los consumía al mismo tiempo.

Entre aquel pequeño grupo de campesinos iba don José. Caminaba en silencio, con la mirada perdida y una tristeza tan profunda como la maleza que rodeaba el campo.

Mientras avanzaba entre los cultivos, don José apenas escuchaba el mundo a su alrededor. El sonido de los machetes, el canto lejano de las cotorras y el murmullo del viento entre el maíz se mezclaban en un lugar distante.

Sus pensamientos siempre volvían al mismo lugar.

A una casa pequeña de bareque y palma, rodeada de flores hermosas y matas de plátano. Recordaba a una mujer que lo esperaba con las manos llenas de harina y cansancio.

Y a Tomás, su hijo, corriendo descalzo entre los cultivos.

Pero ese recuerdo nunca llegaba completo. Siempre se rompía en el mismo punto:

en la noche, cuando el canto de los grillos fue reemplazado por el estruendo de las metralletas. Don José no estaba en la casa cuando ocurrió. Seguía en el campo, como tantas otras veces, cuando escuchó los disparos romper la calma. Al principio fueron lejanos, como truenos de los huracanes de invierno; después, el sonido se acercó demasiado rápido, demasiado tarde. El miedo le cerró el pecho.

Corrió por aquellos cultivos sin pensar, guiado solo por la desesperación de volver a su hogar. Pero el camino parecía alargarse con cada paso.

Cuando por fin llegó y abrió aquella puerta de roble, carcomida por el comején, vio la escena que lo dejaría muerto en vida.

Su esposa estaba en el suelo. Había intentado detenerlos, había intentado proteger a Tomás. Su cuerpo aún guardaba la tensión de la resistencia, como si incluso en la muerte se negara a rendirse.

Su vida quedó marcada por la tristeza, la soledad y la rabia, por no haber estado ahí.

Trabajaba sin descanso. Era la única forma que tenía de silenciar los recuerdos y castigarse por la culpa que lo perseguía día y noche. Aquella pequeña parcela de maíz no solo le daba alimento; también le permitía escapar, aunque fuera por unas horas, de una casa vacía y de una mente llena de preguntas.

Pero siempre tenía que volver. Por más que trabajara, el día terminaba. Y para don José, la noche era aún más larga.

Cuando el sol caía por completo, regresaba a casa. Se sentaba en un viejo taburete de cuero frente a la desgastada mecedora de mimbre de su difunta esposa, que permanecía vacía desde aquella noche. Entre sus manos sostenía el pequeño peluche remendado de Tomás. Al fondo sonaban las noticias de un viejo radio colgado en la pared que escuchaba cada noche con la esperanza de saber algo de su hijo.

Y entonces regresaban las preguntas: ¿por qué no llegué a tiempo? ¿por qué no fui yo?, ¿dónde está mi hijo?

No saber qué había sido de Tomás lo consumía lentamente. Tal vez estaba vivo. Tal vez no. Tal vez había sufrido. Nadie pudo darle una respuesta.

Y así, entre recuerdos y silencios, el sueño terminaba venciendo sus pensamientos.

A la mañana siguiente, como de costumbre, tomó su machete, se puso las viejas botas y partió hacia su parcela. Trabajó durante horas bajo el sol inclemente. Trabajó tanto que no sintió el dolor. Solo se detuvo cuando vio unas gotas de sangre resbalar por el mango del machete. Miró sus manos.

Aquellas manos callosas que el tiempo había endurecido. A las que Tomás admiraba. Y entonces escuchó su voz, tan clara como si estuviera a su lado:

—Papá, tienes manos de supergigante —eran las palabras que le decía su hijo.

Don José observó la sangre que corría entre sus dedos. Apretó los puños.

Y por primera vez en mucho tiempo, lloró.

Lloró por su esposa, por los años de soledad y por aquel niño que un día creyó que su padre podía protegerlo de todo.

Las lágrimas cayeron sobre la tierra, mientras el recuerdo de Tomás se hacía más fuerte. Ya no era la imagen de aquella noche ni el eco de los disparos. Era su risa corriendo entre los cultivos. Era su voz llamándolo desde la distancia. Era aquel niño que no lo veía como un simple campesino, sino como un héroe.

Durante años se había castigado por no haber llegado a tiempo, había repetido la misma pregunta hasta desgastarla.

¿Qué habría pasado si hubiera estado allí? Pero esa pregunta nunca le devolvió a nadie.

Nunca encontró a Tomás, nunca cambió esa trágica noche.

Y mientras la sangre seguía resbalando por sus manos, comprendió que había pasado años creyendo que el dolor era una deuda que debía pagar.

Ese día, entre llantos y sangre, decidió perdonarse. No fue un perdón completo ni perfecto. Fue apenas una pequeña rendija de luz entre tantos años de oscuridad.

Eso no significaba que decidió olvidar, mucho menos dejar de sufrir. Significaba dejar de convertir cada día de su vida en una condena.

El dolor, la ausencia y la incertidumbre permanecieron, porque había heridas que no cerraban, había preguntas que tal vez nunca tendrían respuesta y había noches en las que todavía despertaría imaginando que escuchaba la voz de Tomás detrás de la puerta.

Sin embargo, por primera vez en años, decidió que seguiría viviendo. No por él.

Sino por la posibilidad, por pequeña que fuera, de volver a encontrar a su hijo. Porque, mientras no existiera una respuesta, también existía una esperanza. Y la esperanza, aunque débil, se negó a morir antes que él.





NOMBRE

Lauren Sofía Borja Polo

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Departamental Sagrado Corazón de Jesús

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Pivijay, Magdalena

Lauren Sofía Borja Polo, de quince años, de Pivijay, estudiante de la Institución Educativa Departamental Sagrado Corazón de Jesús, entrega en «La guerra de las voces» un cuento de notable introspección psicológica. La narración maneja un ritmo vertiginoso que evoluciona con destreza hacia el sosiego, reflejando de forma precisa el conflicto interno de la protagonista. A través de una metáfora potente donde los disparos representan las voces de la autoexigencia, la autora construye una atmósfera asfixiante que se disipa con madurez narrativa tras el revelador encuentro en el parque. La voz de la joven escritora destaca por su claridad conceptual y sensibilidad estética. Este relato sobresale como una propuesta conmovedora y profundamente reflexiva en esta edición, consolidando un valioso aporte sobre la salud mental juvenil.

La guerra de las voces

Corría.

Mis piernas apenas respondían, pero seguía avanzando. A mi alrededor todos corrían. Huían entre gritos desesperados, buscando un lugar donde el caos no pudiera alcanzarlos. Nadie parecía saber exactamente hacia dónde iba; aun así, ninguno se detenía. Todos querían salvarse.

Y yo también.

Al verlos correr, sentí miedo de quedarme atrás. Si ellos huían, debía haber una razón. Así que corrí. Corrí intentando alcanzarlos, convencida de que, si lograba seguirles el paso, también podría salvarme.

No recuerdo en qué momento inició esta guerra. No sé si fue hace días, semanas, meses o incluso años. Lo único que sé es que todos aquí nos hemos acostumbrado a huir, buscando desesperadamente algo que pueda salvarnos.

Todos corrían deprisa. Sus vidas parecían depender de qué tan rápido sus piernas les permitieran avanzar. Intenté seguirles el paso, pero poco a poco fui quedándome atrás. Mis ojos ardían por las lágrimas que me negaba a derramar.

No sabía si era el miedo, el cansancio o la impotencia de sentir que, por más que corría, jamás lograba alcanzarlos.

Entonces comenzaron los disparos.

Uno.

Luego otro.

Y otro más.

Lo extraño era que nadie parecía escucharlos. Todos seguían corriendo, concentrados únicamente en escapar. Tal vez el ruido no existía para ellos. O tal vez las balas nunca atravesaron el aire. Me atravesaron a mí.

—Corre más rápido.

—No eres suficiente.

—No te quedes atrás.

—Todos avanzan menos tú.

Cada palabra impactaba con la precisión de una bala. El aire abandonó mis pulmones y, por un instante, incluso respirar dolía.

Me detuve. Intenté recuperar el aliento mientras observaba cómo los demás se alejaban cada vez más. Con las pocas fuerzas que me quedaban, volví a correr. Corrí casi sin respirar, hasta que terminé en un parque. No porque ese fuera mi destino, sino porque mis piernas ya no podían responder a las exigencias de mi cabeza.

Intenté recuperar el aire, llenando mis pulmones una y otra vez, aunque sentía que ninguno de esos intentos era suficiente. Poco a poco logré incorporarme. Frente a mí, un anciano alimentaba a unas palomas. El parque estaba en silencio. Solo el murmullo del viento entre los árboles y el aleteo de las aves rompían la calma.

El anciano levantó la vista al notar mi presencia y sonrió con tranquilidad.

—¿Por qué luces tan agitada, niña? ¿De qué huyes?

Bajé la mirada, intentando controlar mi respiración.

—De la guerra...

Mi voz apenas era un susurro.

El anciano frunció ligeramente el ceño.

—¿Cuál guerra?

Lo miré confundida.

—¿No escuchó los gritos?

—Solo escuché a unos niños jugando.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Y las personas? ¿No las vio correr? Iban delante de mí. Todos huían... todos intentaban salvarse.

El anciano recorrió el parque con la mirada. Tardó unos segundos en responder.

—Vi personas caminando. Algunas iban deprisa. Otras reían. Otras simplemente seguían con su día. Pero no vi a nadie huyendo.

Mi respiración volvió a acelerarse.

—No..., eso no es posible.

Él volvió a mirarme con la misma serenidad con la que alimentaba a las palomas.

—¿Te has dado cuenta de que no hay nadie persiguiéndote?

Miré detrás de mí.

No había nadie.

No había personas corriendo. No había gritos.

No había rastro de la guerra de la que llevaba tanto tiempo huyendo. Volví la mirada hacia el anciano.

—Eso..., eso no es posible. A mí me dispa...

Las palabras murieron en mi garganta.

Bajé la mirada hacia mi cuerpo esperando encontrar la herida que tanto había sentido. No había sangre.

No había ninguna marca.

Mis manos recorrieron mis brazos con desesperación, como si al tocarlos pudiera demostrarme que todo aquello había sido real.

Lo miré confundida.

—Le juro que me dispararon. Había personas huyendo... Gritaban, corrían desesperadas... Yo las vi.

El anciano me observó con calma.

—No dudo que las hayas visto.

Fruncí el ceño.

—Entonces... ¿por qué ya no están?

Él sonrió apenas.

—Porque nunca estuvieron donde tú creías.

Guardé silencio.

—No entiendo...

El anciano señaló suavemente mi pecho.

—Las balas no llegaron hasta aquí...

Luego llevó un dedo a mi cabeza.

—Llegaron hasta aquí.

Me quedé inmóvil.

Por primera vez, todo parecía tener sentido. Era como si hubiera estado atrapada dentro de una inmensa esfera de pensamientos que no tenía principio ni final. Las voces, las personas corriendo, los disparos..., la guerra.

Nunca hubo una guerra afuera. La guerra siempre estuvo dentro de mí.

Aquellas personas nunca habían estado huyendo. Eran mis propios pensamientos, desesperados por ser escuchados, por encontrar un poco de paz. Había convertido cada exigencia, cada comparación y cada miedo en un enemigo del que intentaba escapar.

Mis ojos comenzaron a humedecerse.

Busqué al anciano para decirle algo, cualquier cosa.

Pero el lugar que unos segundos antes ocupaba frente a mí estaba vacío. No había nadie.

Recorrí el parque con la mirada una y otra vez.

Ningún rastro de él.

Ninguna miga de pan.

Ninguna paloma rodeándolo.

Era como si jamás hubiera estado allí.

Aún no comprendía del todo lo que acababa de suceder. Las voces seguían allí.

—No eres suficiente.

—Todos avanzan menos tú.

Pero ya no gritaban. Eran apenas un murmullo.

Por primera vez en un tiempo que parecía eterno, el caos cesó.

Respiré hondo.

El aire ya no dolía. Miré a mi alrededor.

Las personas seguían caminando. Algunas reían. Otras iban deprisa. Nadie estaba huyendo. Nunca lo habían estado.

Sonreí.

Di un paso. Luego otro.

Comprendí que la paz nunca estuvo al final del camino. Siempre estuvo en el instante en que decidí dejar de correr. Caminé.





NOMBRE

Cristian Fernando Orjuela Blanco

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Integrado Eduardo Camacho Gamba

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Curití, Santander

Cristian Fernando Orjuela Blanco, de dieciséis años, residente de Curití y estudiante del Colegio Integrado Eduardo Camacho Gamba, presenta en «Últimas reflexiones» una propuesta narrativa de notable madurez. El relato destaca por su manejo sobresaliente de la tensión dramática y una atmósfera asfixiante que contrapone la violencia con la fragilidad humana. A través de un acertado uso de presagios, estructura circular y diálogos cortantes, el autor construye un ritmo ágil que sostiene el suspenso de principio a fin. El manejo del espacio —entre el trauma militar, la traición y el desolador retorno al hogar— refuerza la voz angustiada del protagonista. Es una obra conmovedora e impactante que deja una profunda huella en la narrativa juvenil de esta edición.

Últimas reflexiones

Hace frío... Estoy lejos de casa, la oscuridad nos quiere consumir y nosotros nos mantenemos firmes. ¡Qué estupidez! Juré proteger a una patria que ya tenía la soga al cuello; quién diría que hubiese tanta maldad bajo la húmeda sombra de la selva tropical. Ahora solo estoy cuidando de mi propio pellejo. Casi no se oye nada, además de las balas que no impactan en nuestra carne; aun así logro oír gritar:

—¡Hay un campamento más adelante!

Solo me pregunto: ¿y la vida? A unos metros más allá. ¿Y la muerte? Susurrando al oído. ¿Y la esperanza? Extraviada.

—¡Despierte, soldado!

Abrí los ojos de golpe y me tardé algunos segundos en entender que seguía acostado en mi litera. Soy un idiota, todo eso era una pesadilla. Frente a mí estaba el comandante.

—Un mal sueño de nuevo, ¿eh?

—Sí, mi comandante.

—Vaya a lavarse la cara. Hoy es un buen día. «Un buen día»..., qué gracioso resulta escuchar esas palabras en el cuartel.

Salí del dormitorio y el primer sol de la mañana ya me empezaba a abrigar; algunos conversaban, otros leían. Nos dejaron vivir un momento fuera de la rutina; no era lo normal, definitivamente era el último día. Aun así, la formación y el saludo a la bandera no hicieron falta... Siempre hay que honrar a la patria, ¿no?

—¿Listo para volver a casa? —preguntó Gómez, ajustándose el chaleco.

—Más que listo.

—¿Quién lo espera?

Miré al suelo y respondí:

—Mi madre.

Nunca añadí nada más. Fui a desayunar y vi al cabo Ríos hablando en voz baja con dos soldados que no conocía muy bien.

—¿Pasa algo?

—No..., nada... Cosas del servicio.

Me senté a la mesa y vi a un soldado guardando un mapa en el bolsillo rápidamente; seguí en lo mío y lo ignoré. El tiempo pasaba muy lento. Entrenamos, limpiamos el armamento, revisamos el equipo, tomamos unas cervezas, y así pasamos el día. Cayeron las 4:30 de la tarde y empezaron a llamarnos:

—El camión sale en una hora.

Solo quedaba una hora, una hora más para dejar atrás varios años de guerra. Esa hora se pasó muy rápido. Entonces avisaron que ya era hora de partir, así que nos despedimos:

—Cuando llegue a su pueblo, no se olvide de nosotros.

—Jamás.

Luego nos subimos al camión.

—¿Qué va a hacer cuando llegue?

Miré por la parte trasera del vehículo mientras empezaba a avanzar.

—Entrar a mi casa solamente.

Después de una media hora, y ya caída la oscuridad noctívaga, un soldado irrumpió en el silencio.

—¿Adónde vamos? No recuerdo que fuera por aquí.

El conductor ni se inmutó. El vehículo divagaba por un camino que no figuraba en la ruta convencional. De repente, tres soldados se pusieron en pie, tres pistolas fueron levantadas, tres traidores fueron revelados.

—¡Que nadie se mueva!

—¿Qué demonios hacen? —gritó Ramírez.

—¿Acaso creen que van a salir ilesos de esta? Ellos se darán cuenta de que el camión tomó una ruta equivocada; no tendrán piedad con ustedes —añadió Torres.

—Es una pena, pero..., el dinero compra muchas cosas —respondió uno de ellos con algo de frialdad de malhechores. El furgón se detuvo, nos hicieron bajar, y emergieron hombres armados del boscaje, decenas de ellos: eran miembros de una agrupación guerrillera. Los traidores dieron un paso al frente, levantaron las manos, y uno de ellos dijo:

—Ya cumplimos con nuestra parte. Ahora solo quedan ustedes.

El hombre que parecía dirigir a los guerrilleros se acercó y observó por unos segundos al soldado, dejó escapar una risa arrogante, levantó rápidamente su arma, y los cuerpos de los tres traidores se desplomaron estrepitosamente en el barro.

—Los traidores no sirven para nadie —proclamó el hombre.

Pensamos por unos segundos; algunos de los nuestros levantaron sus armas, los demás salimos a correr desesperados. Las detonaciones nos estremecían; yo únicamente seguí corriendo con todas mis fuerzas. A mi lado iban Gómez y Ramírez, nadie más.

—¡Hay un campamento más adelante! —gritó Gómez.

Seguimos corriendo hasta que, por gracia de un ser maravilloso, las luces del puesto militar aparecieron en el camino. Habíamos sobrevivido.

Varias semanas después me dieron la baja definitiva. Tomé un bus que me llevaría de nuevo a mi hogar. Tenía claro lo que iba a hacer: abrir la puerta, entrar, verla y nada más. Cuando llegué, apenas reconocí el lugar: todo había cambiado, todo se veía más triste que antes. Solo había perversión, drogas y basura.

—¿Usted no es hijo de doña Clemencia?

—Sí..., soy yo.

—Qué bueno que volvió.

—Sí..., qué bueno volverle a ver —respondí.

Al fin llegué. La casa seguía ahí, abandonada; entonces empujé la puerta. Todo seguía allí, pero cubierto de polvo, incluso la fotografía. Suavemente le pasé la mano por el marco y dije:

—Volví, mamá.

Algo se escuchó detrás de mí.

—No debiste regresar.

Giré lentamente y dos hombres armados me apuntaban directamente.

—Mira que no te hemos olvidado.

—Yo ya no pertenezco a esta guerra.

Uno soltó una carcajada.

—Pues esta guerra le pertenece a usted. Usted nunca será bienvenido en este mundo; la paz no existe.

Corrí, pero algunos disparos me alcanzaron; aun así, atravesé la selva y logré escuchar el agua del río. Caí entonces de rodillas en la orilla. Fue justo allí donde la encontraron a mi madre, muchos años atrás. Yo no venía a recuperar una vida que había perdido, sino a terminar la que ya llevaba. Qué gran sueño..., ¿no? Ser asesinado en el mismo lugar en que mi madre fue asesinada. Me recosté junto al río, el agua rozó los dedos de mis pies y vi el cielo por última vez. Ya no escuchaba los disparos, solo el río... Entonces sonreí.

—Madre..., por fin estoy aquí contigo.

Mi vida se desangra siguiendo el caudal. Ojalá ninguna guerra pueda volver a encontrarme; menos mal vine a morir aquí..., a la orilla del río.



NOMBRE

Sara Lucía Rojas Duque

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Integrado Nuestra Señora del Divino Amor

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bucaramanga, Santander

Sara Lucía Rojas Duque, de dieciséis años, residente de Bucaramanga y estudiante del Colegio Integrado Nuestra Señora del Divino Amor, presenta en «Lo que no dijimos esa noche» un cuento de profunda madurez narrativa. La propuesta aborda las secuelas intergeneracionales del conflicto y la memoria a través de una atmósfera onírica contundente. Con un ritmo pausado y tenso, la autora construye una escena suspendida en el tiempo donde el diálogo entre los jóvenes protagonistas logra desarmar las culpas heredadas y el silencio histórico. El manejo del lenguaje es exquisito, destacando por su sensibilidad poética, el uso de metáforas reveladoras y una sólida caracterización emocional de los personajes. Es una obra de notable calidad que aporta una mirada empática, sanadora y de alto valor literario a la presente edición.

Lo que no dijimos esa noche

Hay una plaza que no existe en ningún mapa, aunque yo podría dibujarla con los ojos cerrados: una fuente que lleva veintitrés años seca en la vida real y que en el sueño no ha dejado de sonar, como si el agua, terca, se negara a enterarse que ya no tiene derecho a caer. Ahí, contra el mismo almendro de siempre, con las manos en los bolsillos y los ojos en un punto del suelo que solo él conoce, me espera Mateo, cada noche, desde hace tanto que ya ni la luna se sorprende de vernos.

—Otra vez aquí —dice, sin levantar la cara—. ¿Cuántas van?, ¿quince?

No le contesto, porque contar las noches se volvió, hace rato, tan inútil como contar los granos de un arroz que se ha regado entero por el piso: se puede intentar, pero uno termina agachado, con las rodillas sucias, sin haber cambiado nada.

La historia que nos trajo aquí cabe en pocas palabras, aunque a las dos familias nos ha tomado toda una vida no decirla completa. Una noche, hace veintitrés años, bajaron de la montaña unos hombres con fusiles y con hambre de llevarse a cualquiera, como quien va al monte a cortar leña sin mirar de qué árbol la saca. Alguien, en la oscuridad, le sopló al oído a mi abuela que esa noche no había que dormir. Ella corrió

de puerta en puerta con el corazón hecho un puño, sacó a los suyos entre el monte y el miedo, y alcanzó, Dios sabe cómo, a golpear las puertas que el instinto le dictó primero. A la casa de Mateo no llegó a tiempo, y esa madrugada se llevaron a los dos hermanos de su mamá, dos muchachos que dormían con la luz prendida porque le temían a la oscuridad, sin saber que esa noche tenía otros planes más grandes que ellos.

—Tu abuela sabía dónde vivíamos —dice Mateo, y por primera vez lo dice entero, sin que le tiemble la voz—. Mi mamá todavía cree que, si hubiera tocado esa puerta, mis tíos seguirían aquí, viejos y amargados, pero aquí, quejándose del clima como se quejan los que sí llegaron a viejos.

—No lo sé —le digo, porque en mi casa la verdad se ha guardado siempre con el mismo cuidado con que se guarda una herencia envenenada, algo que nadie quiere pero que tampoco nadie se atreve a botar—. Nunca me lo contaron completo.

—Yo tampoco —dice él—. Solo sé que a los míos nadie les avisó, y a los tuyos sí.

La plaza, cada noche, se niega a dejarnos pasar de esa hora, como si el reloj de la iglesia, detenido un minuto antes de la medianoche, hubiera decidido que hay culpas tan grandes que ni el tiempo sabe qué hacer con ellas.

Las primeras noches yo defendí a mi abuela con furia ciega: que era una sola mujer contra una montaña de hombres armados, que el miedo no deja pensar bien. Mateo nunca me gritó de vuelta. Se quedaba callado, y ese silencio suyo pesaba más que cualquier reclamo.

Esta vez no la defendí. Me senté en el borde de la fuente, donde el agua fría del sueño me mojó la falda como si de verdad estuviera cayendo desde antes de que yo naciera.

—A mí tampoco me lo contaron completo —le dije—. Crecí sabiendo que había un antes y un después, y que en el medio faltaban aquellos desaparecidos que en mi casa nadie nombraba, como si nombrarlos pudiera despertar a los hombres de la montaña.

Mateo se sentó del otro lado de la fuente, con las rodillas contra el pecho, pequeño como se hacen pequeños los que cargan un dolor demasiado grande para su tamaño.

—Mi mamá todavía les pone dos puestos en la mesa cada Nochebuena —dijo, muy bajo—. Sabe que no van a llegar. Dice que es lo único que le queda por hacerles.

Nos quedamos callados un rato largo, mirando esa agua que no debería sonar. Y entonces, con la claridad que solo llega en sueños, entendí que llevábamos quince o veinte noches peleando una guerra que nadie empezó a propósito. Mi abuela no decidió que los tíos de Mateo no merecieran vivir; el miedo y una montaña de hombres con hambre de inocentes no le dieron tiempo de tocar todas las puertas en una sola noche que se le escapaba entre los dedos como agua.

—No fue culpa de nadie —le dije, y me sorprendió lo cierto que sonaba—. Ni de mi abuela, ni tuya, ni de nadie despierto esa noche. Lo único que nos queda es recordarlos, y rezar por ellos, aunque sea eso lo único que alcancemos a hacer.

Mateo cerró los ojos y, en voz muy baja, casi como quien reza sin querer que Dios lo note, dijo el nombre de sus dos tíos,

uno primero y el otro después. Con cada nombre, el agua sonó un poco más clara, como si el pueblo entero, dormido desde hacía veintitrés años, hubiera decidido dejar de cargar solo lo que siempre debió cargarse entre todos.

No se arregló nada esa noche. Los muchachos siguieron sin volver, y ninguna oración iba a devolverles lo que la montaña se llevó para siempre. Pero cuando el cielo empezó a aclarar sobre la plaza, ya no sentí el peso de una culpa que nunca me perteneció, sino algo más parecido a la paz: la certeza de que a los muertos solo se les puede ofrecer no olvidarlos, y a los vivos, dejar de repartirse una culpa que sembró la guerra, y no ellos.

Desperté sin saber si volvería a soñar con Mateo esa noche. Esa tarde le pregunté a mi mamá, por primera vez, los nombres de los desaparecidos. Me los dijo despacio, con la voz de quien lleva veintitrés años esperando que alguien se los pidiera. Esa noche recé por ellos como nunca había rezado por nadie que no llegué a conocer.





NOMBRE

Manuela Alejandra Rincón Suárez

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Santo Ángel de la Guarda

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

San José de Cúcuta, Norte de Santander

Manuela Alejandra Rincón Suárez, de diecisiete años, residente de San José de Cúcuta e integrante del Colegio Santo Ángel de la Guarda, presenta en su relato «¿Quién quería ser?» una conmovedora exploración sobre la búsqueda de la identidad, la autonomía y el peso de las expectativas ajenas. La narración destaca por un ritmo íntimo y un hábil manejo de la tensión emocional que captura con autenticidad el tránsito de la adolescencia a la juventud. A través de una atmósfera nostálgica y cotidiana, la autora construye una voz narrativa honesta que reflexiona sobre el estancamiento y la reconciliación con las propias raíces. La imagen del retorno y las fotografías del pasado obran como un símbolo eficaz de autorreconocimiento. Es un cuento sensible y maduro que logra conmover mediante la maduración de su protagonista.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

¿Quién quería ser?

Creo que he pasado la mayor parte de mi vida haciendo lo que los demás me dicen que haga. Desde el momento en el que tuve que empezar a pensar en mi futuro, mis padres ya estaban un paso delante mío: una carrera «con futuro», un trabajo estable y una vida de la que no tuvieran que avergonzarse. Sabía que lo que ellos querían no era lo que yo quería, pero aun así no quería matarme la cabeza discutiendo con ellos sobre algo que probablemente ni si quiera tenía idea que quería hacer.

Eso sí, a la primera oportunidad que tuve de estudiar en otra ciudad la tomé. Muchas personas pensaron que probablemente era porque era una gran oportunidad para mi vida, pero en realidad era mi excusa perfecta para alejarme de todo lo que conocía, de esa presión inexplicable que sentía en el pecho por no querer decepcionar a los demás, aunque la mayor parte del tiempo nadie esperara nada de mí. Creo que al final fue una fantasía que solo funcionaba en mis sueños, ya que la maquillaba comparándola con cómo me sentía en el momento en mi ciudad (o como yo le decía, «mi pueblo»). Al paso del tiempo me di cuenta de algo.

No era lo que quería.

Quería convencerme a la fuerza de que no había escogido una carrera que no me gustaba. Me esforzaba todo lo que podía, pero solo lograba sacar notas «mediocres» o que no estaban a la altura de lo que, sentía, tenía que estar sacando. Me envolví en un bucle interminable, siendo afectada todas las noches con la duda de qué pude haber sido.

Después de una semana lo bastante dura en la universidad, vinieron mis deseadas vacaciones. Decidí empacar todo lo que tenía, que no era mucho, y volver a mi pueblo. Tal vez fue con el deseo de enfrentar aquello de lo que estuve huyendo todo este tiempo, preguntarme qué era lo que yo quería sin pensar en lo que los demás podrían querer.

Cuando llegué todo era extrañamente igual. Por más que los años habían pasado, todo seguía igual, que no necesariamente significa que todos estaban congelados en el tiempo; en verdad me sorprendió cómo todos habían seguido con sus vidas, seguían avanzando y buscando cosas por las que vivir. Me di cuenta que vivía y cargaba con un sentimiento de estancamiento del que no salía voluntariamente. Me estresaba pensar en la respuesta, pero era obvia, yo era la que me tenía que sacar de ahí.

Cuando llegué a mi casa esta parecía completamente diferente, nuevos muebles, nueva pintura, hasta un nuevo televisor. Pero ahí estaba la puerta de mi cuarto, igual que siempre, con los mismos *stickers* que le pegaba de pequeña y adolescente. Abrir esa puerta fue como viajar en el tiempo, mi cuarto estaba intacto. Creo que hasta parecía tener la misma capa de polvo que siempre había tenido. Después de descargar mis maletas me senté en mi cama y, mirando hacia el frente, me di cuenta del montón de fotos que tenía pegadas. Fotos mías jugando, con mis amigos, en el colegio, en el parque y en cualquier parte de la calle en la que pudiéramos estar. Algo que me tomó desprevenida fue el hecho de que estaba sonriendo en todas las fotos. Probablemente recordaba de manera amarga esos tiempos porque no lograba estar feliz con lo que era, y no me fijaba en todos los momentos que pasaba divirtiéndome sin preocuparme por nada.

Después de un tiempo me dormí con las fotos en mi mano y, cuando me desperté, vi a mi hermana sentada al pie de mi cama. Cuando se dio cuenta que me había despertado, sonrió.

—Al final volviste —me dijo sonriendo, para luego proceder a mirar las fotos que estaba sosteniendo—.

Atrapada en el pasado como siempre.

Suspiré.

—Es solamente que siento que soy una persona totalmente diferente.

—Pues obvio que lo eres, todos cambiamos. Y en verdad creo que sigues siendo la misma persona, solo con más cosas en la cabeza. El día que empieces otra vez a disfrutar de las cosas que a ti te gustan probablemente te vuelvas a ver como la niña de esas fotos.

No le dije nada y simplemente la abracé.

Esa noche entendí que había pasado tanto tiempo intentando escapar de donde venía que olvidé todo lo bueno que también había recibido de allí. No todo era malo. Allí estaban mi familia, mis profesores, mis amigos de infancia y todas las

personas que, de una u otra forma, habían dejado una parte de sí en mí.

Al día siguiente salí a caminar por el parque que quedaba cerca de mi casa y entendí que la paz no consistía en huir ni en cumplir todas las expectativas que creía que los demás tenían de mí. La paz era tener el valor de aceptar lo que realmente sentía y empezar a construir una vida con mis propias decisiones.

Antes de volver a la universidad guardé una de las fotos en mi bolso. No para «quedarme en el pasado», como me dijo mi hermana, sino para recordar que todavía podía encontrar a esa versión de mí que sonreía sin preocupaciones y vivía su vida al máximo. Mientras me subía al bus y me iba alejando de mi ciudad, comprendí que regresar no había sido un retroceso. Había sido el primer paso para decidir, por fin, en quién quería convertirme.







NOMBRE

Michelle Estupiñán Patiño

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Rural Seráfico San Antonio de Padua

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Manizales, Caldas

Michelle Estupiñán Patiño, de quince años, oriunda de Manizales e integrante de la Institución Educativa Rural Seráfico San Antonio de Padua, presenta una profunda propuesta narrativa centrada en la identidad, el desarraigo y la memoria histórica. A través de un cuento de notables aciertos técnicos, la autora logra construir un ritmo fluido y una atmósfera envolvente. Sobresale la sutil tensión entre la ilusión de una pertenencia extranjera ficticia y el doloroso trasfondo del desplazamiento forzado en Colombia. El uso de la ironía y el viaje como catalizador del autoreconocimiento enriquecen la psicología del personaje principal, permitiendo un manejo orgánico del lenguaje y del diálogo reflexivo. Es un relato conmovedor que destaca por su claridad crítica, logrando transformar las cicatrices del conflicto en una valiosa búsqueda de reconciliación con las propias raíces.

La lengua de los ausentes

Caí en la mentira más convincente en la que puede caer un hombre: la que se cuenta a sí mismo. La mía reclamaba un lugar que ni siquiera recordaba haber llamado hogar; ni siquiera recordaba haber caminado por aquellas calles durante mi infancia.

Mis mañanas empezaban igual. Frente al espejo, con una sonrisa más que cálida, decía en voz alta, casi recitando como un pajarito: «*Buongiorno*». Después, elegía con cuidado la ropa que vestiría ese día, como si cada una de esas prendas elegantes pudiera convencer al mundo de que pertenecía a un lugar cuyo idioma apenas sabía pronunciar. Mi habitación tampoco se salvaba fácilmente de aquella propaganda: tenía en cada una de las cuatro paredes pósteres con imágenes de ese lugar tan anhelado y pensaba: «Qué injusto es despertar tan lejos de aquella ilusión».

Mis abuelos me llamaban cada domingo. No hablaba mucho con ellos, tal vez porque nunca fuimos muy cercanos. Él me preguntaba:

—¿Cuándo vas a volver, hijo?

Y yo le decía:

—Pronto, abuelo—como si eso pudiera, de alguna manera irónica, parar el tiempo o cambiar el pasado.

No recordaba muy bien de dónde eran ellos; supongo que de lejos. Mis padres tampoco hablaban mucho de su origen; solo tenían una herida abierta, pues casi nadie habla del pasado trágico y de la sangre que derrama este país. A cada rato era lo mismo: de lugar en lugar, de vereda en vereda, y así pasaban los años hasta llegar a lo que me convertí.

Con el tiempo entendí que algunas personas no olvidan porque quieren; olvidan porque recordar duele demasiado. La violencia no solo se llevó casas y caminos; también dejó familias enteras sin palabras para nombrar lo que habían vivido.

Cuando salía a la calle y cruzaba las aceras, las personas me miraban con atención y en sus cabezas pasaban múltiples versiones de lo que pude o no haber sido si realmente dejaba todas esas tonterías atrás y me enfocaba en un verdadero sueño: «Es un abogado, un hombre de negocios, un doctor». Y yo solo pensaba: «Soy un italiano». Un italiano que come arepa y toma jugo de guayaba, que se levanta temprano con el himno nacional de un país que creía que no le pertenecía y una bandera de tres colores brillantes.

Así es la vida. Cuando manejaba mi coche, me ponía a pensar en lo que pasaba en este país y hacía comparaciones absurdas con Italia: «Y pensar que en Italia no hay guerra, que en Italia no hay guerrilla ni paramilitarismo, que los gobiernos no roban, son sinceros y transparentes..., y pensar que, si hubiera nacido allí, realmente no tendría que haberme ido de lugar en lugar, escapando de una guerra que ni yo entendía».

Nunca imaginé que tendría que cruzar un océano para descubrir el camino de regreso. Después de años luchando por alcanzar el dinero suficiente para un viaje corto a la nación de los autos de lujo, en el primer instante que toqué el suelo italiano me sentí como en un sueño. Las calles eran como las imaginaba, todo igual a lo que había visto en aquellas imágenes de mi habitación. Pero todo esto se cayó cuando me senté al lado de un anciano en un parque, el cual, de alguna manera, me recordaba a mi propio abuelo. Él me miró de reojo y dijo algo en italiano que, por un momento, no pude descifrar:

—*Allora, cosa hai da dire, giovanotto?*

Me quedé inmóvil. Había practicado italiano durante años, pero en ese instante las palabras se escondieron. El anciano soltó una pequeña carcajada amigable y dijo:

—Tranquilo, muchacho. ¿Vienes de viaje?

Asentí.

—¿De dónde vienes?

—De Colombia.

—¿Sí? ¿Y de qué parte de Colombia son tú y tu familia?

Empecé a pensar rápidamente, pero nada se me venía a la cabeza. El anciano simplemente me dijo:

—Qué curioso... Pensé que todos podían hacerlo.

Me levanté del asiento y, lleno de vergüenza, me fui. Cuando regresé finalmente a Colombia, llamé yo mismo a mi abuelo:

—El fin de semana voy para allá, abuelo.

Sentí cómo sonreía de oreja a oreja; es comprensible, llevaba años intentando que yo fuera.

—Aquí te espero, hijo.

—¿Me puedes contar alguna historia familiar?...

Escuché cómo soltaba una pequeña risita y dijo:

—¿Te aburriste de ser italiano?

—Abuelo..., nunca fui italiano, solo estaba perdido... Soy colombiano.

Desde entonces, cada día contesto a las llamadas de mi abuelo. Recordé alguna vez una frase que alguien me dijo: «¿Cómo vas a conocer tu tierra si nunca has caminado sobre ella?». Empecé a comprender que no es que yo no tuviera raíces; simplemente estaban esperando, en un profundo silencio, a que yo caminara sobre ellas. El problema nunca fue Colombia. El problema fui yo, que confundí las heridas de mi tierra con la ausencia de un hogar.





NOMBRE

Fernanda Castro Carrillo

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Cardenal Sancha

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

San José de Cúcuta, Norte de Santander

Fernanda Castro Carrillo, de catorce años, residente de San José de Cúcuta y estudiante del Colegio Cardenal Sancha, entrega en «Cuando el cielo dejó de ser azul» un relato sobrecogedor sobre la pérdida de la inocencia tras la irrupción de la guerra. Con una conmovedora voz narrativa, la autora construye un sensible contraste entre la paz del pasado y la desolación del presente, donde la atmósfera celeste se transforma en ceniza y miedo. El ritmo narrativo avanza con precisión emocional, apoyado en símbolos eficaces como las formas en las nubes y el abrazo materno como refugio. Esta valiosa propuesta cuentística destaca por su sutileza poética y una honda reflexión sobre la urgencia de la paz, consolidándose como un testimonio juvenil de impactante sensibilidad.

Cuando el cielo dejó de ser azul

Nunca imaginé que le tendría miedo al cielo. Antes salía al parque con mi mamá y buscábamos formas en las nubes, mientras reíamos y disfrutábamos la tarde. Ahora con cada explosión siento cómo mi corazón late cada vez más rápido y el miedo se apodera de mí. El día que la guerra llegó a mí entendí que el miedo también puede hacer ruido.

Una mañana, me despertó un fuerte estruendo. No entendía qué pasaba y tenía mucho miedo. Busqué a mi mamá y, cuando me abrazó, sentí tranquilidad, sentí por un momento que todo estaba bien, aunque afuera había gritos, humo y destrucción.

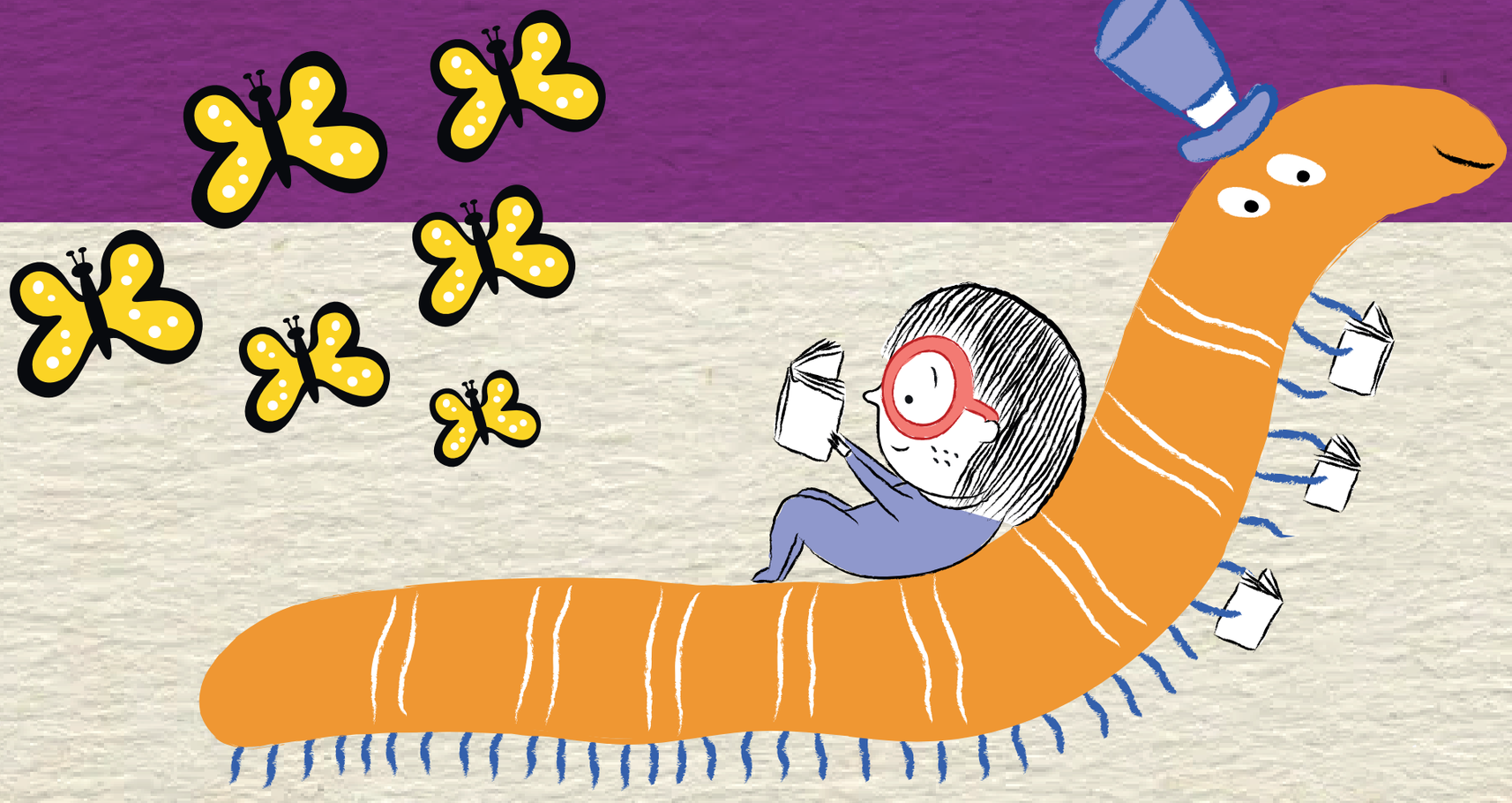
Desde ese momento cada día se volvió una rutina, despertaba por las explosiones y de noche no podía dormir. Ahora ya no podía salir a jugar con mis amigos ni buscar formas en las nubes con mi mamá, ya que el cielo no era azul, ahora parecía un manto inmenso de oscuridad y desolación con las nubes pintadas de cenizas que dejaban la guerra.

Desde entonces comprendí que la paz vale más de lo que alguna vez imaginé. La paz es poder abrir los ojos sin temor a respirar por sentir el humo. Aún espero que llegue el día en que esto termine, porque sé que con la paz llegarán de nuevo las sonrisas cuando encontremos nuevas formas en las nubes con mi mamá.

CUENTO

Categoría Adultos

Concurso Nacional
Historias de Paz
2026
de Escritura





NOMBRE

Hansel de Jesús Contreras Padilla

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Colón

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Barranquilla, Atlántico

Hansel de Jesús Contreras Padilla, de quince años, residente en Barranquilla y estudiante del Colegio Colón, nos despliega en su cuento «La voz interior» una conmovedora exploración sobre la vocación y la identidad quebrantada. La narrativa aborda con notable sensibilidad el dilema moral de un joven que sacrifica su pasión literaria bajo el peso del dogma, sumergiéndose en un vacío que solo la recuperación de la palabra escrita puede sanar. Con una prosa ágil, un ritmo pulcro y un certero manejo de la tensión emocional, el autor teje una atmósfera de introspección profunda donde la literatura emerge como el verdadero refugio e instrumento de emancipación. Es una propuesta narrativa potente que destaca por su madurez expresiva y su viva resonancia humana.

La voz interior

Con doce años de edad, Carlos Andrés amaba leer y escribir. Era un niño disciplinado y obediente, vivía en el seno de una familia bastante devota del sagrado corazón. Los domingos por la mañana asistía a misa de la mano de sus padres, los cuales eran muy dados a la confesión. Y como el ejemplo arrastra, un domingo cualquiera el niño entró al confesionario:

—Padre, me gusta mentir, soy bueno en eso y además no me arrepiento.

—Pero, hijo, ¿no te gustaría entrar al reino de Dios?

—Claro, padre, es lo que más deseo. ¿Qué debo hacer?

—Bueno, ve a tu casa. Reza tres padrenuestros y un avemaría, y no vuelvas a mentir.

Carlos Andrés, contrariado pero decidido, volvió a casa. Rezó los tres padrenuestros y un avemaría, y ya nunca más volvió a escribir cuentos. Pero desde entonces ha vivido con la extraña sensación de estar incompleto. Le prometieron un cielo, pero habita un infierno.Durante muchos años la iglesia fue para él un faro, y a veces albergue, cuando todos en el pueblo corrían amedrentados por los tentáculos de la violencia.

Hoy cumple veinticuatro años y acaba de tomar una decisión importante en su vida. Tomó papel y lápiz. Oyó como una voz interior:

—La paz se vistió de azul, tomó forma de pan, vino y trigo y se derramó en la puerta de las casas más humildes.

Y comenzó a escribir.



NOMBRE

Luis Daniel Cabrera Martínez

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Escuela Cristo Rey

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Guacarí, Valle del Cauca

Luis Daniel Martínez Cabrera, desde Guacarí, Valle del Cauca, vinculado a la ESC Cristo Rey, presenta su cuento «Pájaros exiliados». La narración destaca por una atmósfera opresiva y un sólido manejo de la tensión al abordar el asedio a un pueblo y la supresión de la belleza. Con un ritmo envolvente y un lenguaje literario evocador, el autor construye personajes entrañables y una resistencia poética cifrada en los detalles cotidianos. Es una obra contundente que consolida una voz narrativa profunda y conmovedora dentro de esta edición.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

Pájaros exiliados

Su llegada fue anunciada por un papel que dejaron bajo la puerta de la iglesia. Al principio nadie lo creyó, porque teníamos entendido que Mala Sangre llevaba muerto varios meses. Recuerdo que solo una persona tomó las palabras de dicha nota con seriedad, empacó sus cosas y se montó en la primera flota con la idea de que su existencia había sido más corta de lo que parecía, pues le cupo en tres maletas y un costal. Ojalá hubiéramos sido tan precavidos. Lo primero fue el rumor, y después vino su hermana, la certeza. Entraron por la calle principal un mediodía de junio, de esos cuyo sol mordisquea la piel. Como era hora de almuerzo, no encontraron testigos que los recibieran. Mala Sangre vio las calles vacías, oyó el tintineo de los platos, las conversaciones y los ventiladores, escrutó las puertas entreabiertas y, en ese instante, tramó su venganza.

Ninguno pudo moverse de donde estaba. Se prohibió asomarse a la ventana y, como los valientes llevaban mucho tiempo muertos, los que nos quedamos no tuvimos más opción que encerrarnos. Nadie protestó cuando al día siguiente él mandó a confiscar los pájaros. Sus hombres entraron a cada casa del pueblo, se llevaron las jaulas con canarios, los loros ciegos, las gallinas y cuanta criatura emplumada hubiera. También treparon a los árboles y, a

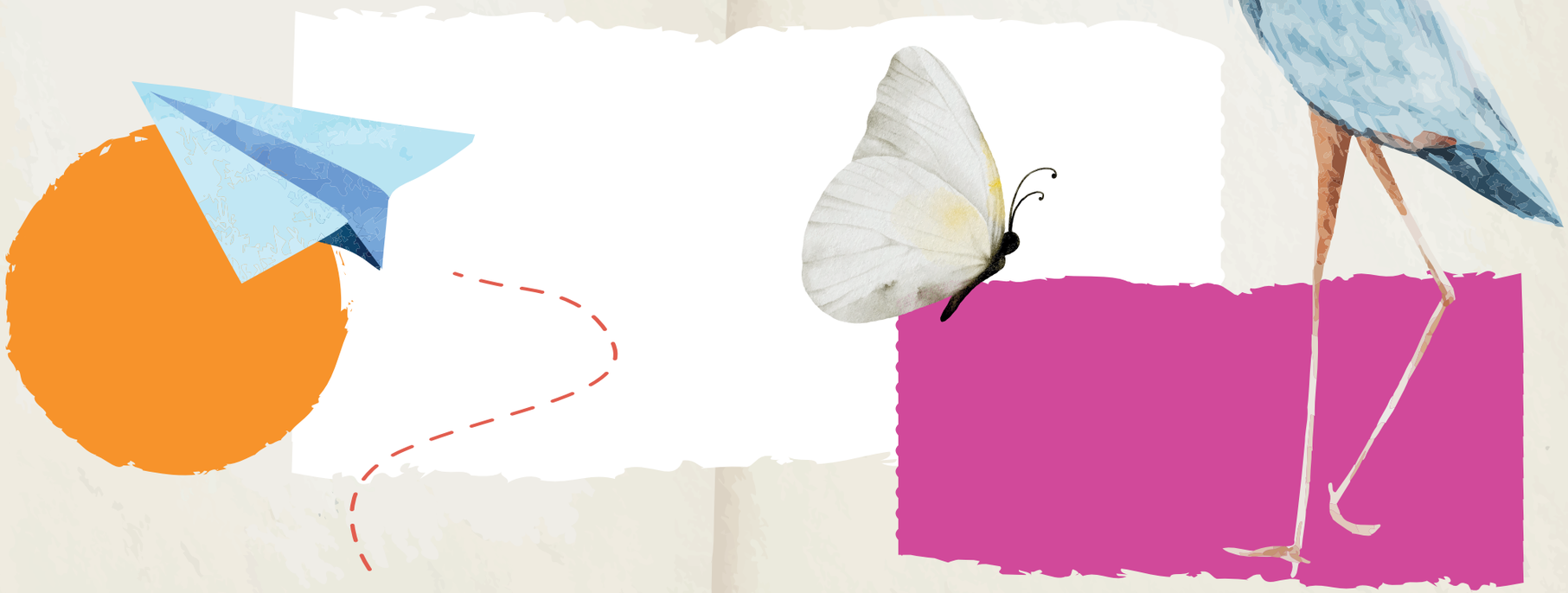
la voz de tres, derribaron nidos. Una hoguera de torcazas que vivía en el campanario fue la última en irse y, desde entonces, vino el silencio con su ropa de luto. El tiempo se echó a perder. El sol salía tarde, sin ganas de cumplir su labor, con rayos mal hechos, y se dejaba caer con pereza de paquidermo en los tejados. Luego se demoraba en irse, pues se dormía y la noche debía despertarlo. En los relojes las horas eran diferentes y los calendarios fueron incinerados por el mismísimo Mala Sangre. Yo solo pensaba en los niños que se quedaron aprisionados con su maestra en la escuela, me aterraba la angustia de sus padres al estar tan lejos y deseaba que alguien viniera a ayudarnos. Y vinieron, de todas partes, a grabar lo que pasaba, a entrevistarnos con la oreja pegada a la pared y a fotografiar la quietud de nuestras horas repetidas. Luego se marcharon sin mirar atrás, más asombrados que conmovidos.

Dentro de las casas tratábamos de hacer música para ahuyentar al mal. Poco a poco, cuando el asedio era la vida, creamos una red de correspondencia cifrada en los alambres para tender ropa, en las tejas y en los objetos y comida que lanzábamos a través de las tapias. Muchos fueron descubiertos, muchos padecieron suplicios, muchas bóvedas se abrieron en el abarrotado cementerio, y hubo un día en que los gallinazos le hicieron sombra al sol. Él no se detuvo. Decomisar a los pájaros fue su primer intento para desterrar la belleza. Prohibió el uso de la palabra dentro de las casas, amordazó los murmullos del río, se apoderó del ritmo de las canciones creadas en el cautiverio. En octubre nos quiso robar la lluvia y envió a su escuadrón a colocar plásticos sobre nuestros patios con el fin de matar las huertas. Su nuevo decreto era la sed. Todo lo verde debía marchitarse y esa agonía sería su victoria. Los plásticos quedaron mal puestos, el peso del agua los pandeó y la mitad de sus hombres, cansados de tanto absurdo, desertaron. Mala Sangre se sintió humillado, y quien se siente así busca herir a los otros. Por eso, comenzó a ingresar a las casas en mitad de la noche para hacerle creer a la familia de ese hogar que serían liberados al día siguiente; los felicitaba por su obediencia, les traía alimentos robados de otros pueblos y él mismo los atendía. Después, con su seriedad habitual, procedía a despedirse de este modo: «No olviden el sabor de la comida, necesito que sepan apreciar lo que perdieron. Esta familia será la última en salir».

La oscuridad se llenó de llantos y ahogos. Una voz entretejida con muchas desesperanzas empezó a filtrarse por entre el ladrido de los perros sin dueño. Muchos vecinos salieron de sus casas, exhaustos, hambrientos de vida y luz, sin más energía que la de los sueños al quebrarse. La noche los engulló.

El primero de diciembre se oyó un villancico, minúsculo y envejecido, que provenía de la escuela. Algunos se asomaron a la ventana para ver si eran capaces de reconocer la voz de sus hijos y, en efecto, lo hicieron. El regreso de las ilusiones hizo que los padres también cantaran. La voz de la maestra se escuchó con la fermentada potencia de quien ha esperado mucho para hablar, y sus estudiantes usaron toda la capacidad de sus pechos para hacer que el villancico invadiera la región. No hubo hogar en el pueblo, ni siquiera en casa del más cobarde, que no entonara la canción en compañía de los niños. La escuela vibraba y Mala Sangre se presentó ahí de inmediato para extinguir el foco de desobediencia. Por primera vez desde que había nacido con un nuevo nombre, nadie enmudeció al verlo entrar. Profirió amenazas que harían temblar al cielo, arrojó

pupitres y gritó como pocas veces lo hizo en su larga carrera de asedios. Nadie lo oyó, porque el villancico era más fuerte. Justo cuando iba a ordenar el decomiso del villancico, se vio solo, abandonado por los hombres que debían ejecutar sus órdenes, desamparado por completo, con un poder tan inmenso que lo empequeñecía. Así que se rindió, porque si con meses de asedio ese puñado de gente seguía con fuerzas para cantar, entonces era imposible vencerlos. Al marcharse, aturdido por las voces que se elevaban más y más y por el eco de los centenares de puertas que se abrieron a su paso, comprendió que la escuela tenía mil vidas y que en ella se alojaban pájaros sin plumas.





NOMBRE

Mileidys Judith de la Rosa Herrera

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD)

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Ponedera, Atlántico

Mileidys Judith de la Rosa Herrera, de Bogotá D. C. y vinculada a la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), presenta en «No todo es dulce, no todo es amargo» una conmovedora pieza narrativa impregnada del dolor y la memoria colectiva del territorio fluvial. Con una atmósfera envolvente marcada por el aroma a guayaba y el discurrir del río Magdalena, el cuento destaca por un uso idílico y sensorial del lenguaje. La autora logra un ritmo pausado pero tenso al retratar la irrupción de la violencia y el duelo compartido de las madres, articulado hábilmente mediante el coro constante de doña Gladis. Su acertada construcción simbólica trasciende la tragedia hacia una sutil esperanza. Es una propuesta profunda y sensible que aporta una resonante voz lírica a esta edición.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

NO TODO ES DULCE, NO TODO ES AMARGO

Ponedera parece un nombre extraño, ¿verdad? Pero sí. Con calles de barro y casas de bahareque, a las orillas del río Magdalena nació, impregnada con el aroma a guayaba que cada mañana la envolvió.

—Pero no todo es dulce, no todo es amargo —dijo doña Gladis, meciéndose en la hamaca de colores colgada en el árbol de mango de la terraza de su casa cerca de la plaza.

Aquí todos se conocen. Es como si el viento te susurrara al oído los nombres de los desconocidos. Pero esta vez el viento no habló, y el tal fulano llegó. Quizás llamado por el sonido del tambor o el silbido de la flauta, llegó a la plaza. Entró a Los Tres Milagros con una vela en su mano que, por cosas del destino, luego se apagó. Solo se escucharon tres estruendos y el eco de una turba que salió corriendo, como ganado desbocado. Allí quedó fulano tendido, con la vela en su mano. Las casas cerraron sus ojos antes de que el sol declinara y la hamaca de colores volvió a ser guardada. Solo se escuchó el murmullo de las mujeres elevando un padrenuestro, esperando que las cosas cambiaran.

—Pero no todo es dulce, no todo es amargo — pronunció nuevamente doña Gladis.

El tiempo, terco, no quiso borrar lo sucedido. Empujando las manecillas hacia atrás, trajo hasta el lugar a aquella que tenía el derecho de llorar. Comenzó a gritar:

—¡Yo te parí y tenía el derecho de que tú me vieras morir!

Desde el corazón, desde la matriz herida, desde las entrañas de la tierra, ese mismo dolor buscó a quién tocar, buscó a quién nombrar. Salieron como hormigas vestidas del mismo color. Eran tantas que no había distinción. Caminaron la una al lado de la otra. Quizás existían otros fulanos de los que nadie, nadie más habló.

Del grito al canto... ¿Qué podría pasar? Que el viento pronuncie tu nombre, que despierte al que dormido está; que las casas de bahareque se estremezcan y que sus ojos se abran a la realidad; que la vela ya no se apague para quien quiera soñar. En esta misma plaza, escribo tu nombre para que este pueblo pueda sanar.



Aún queda el aroma a guayaba en el aire, como un recuerdo que no quiere callarse ni irse a ninguna parte.

Y el río Magdalena sigue su andar, como si supiera que el dolor también aprende a pasar.

La hamaca sigue meciéndose entre el silencio y la espera, colgada de la vida, sosteniendo lo que aún queda.

—No todo es dulce, no todo es amargo —dijo doña Gladis, aferrada a la vida, a la calma y a la esperanza de que algún día la herida logre cerrar.





NOMBRE

Antonio José Hernández Montoya

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Monseñor José Manuel Salcedo

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Palmira, Valle del Cauca

Antonio José Hernández Montoya, de Palmira y vinculado a la I. E. Monseñor José Manuel Salcedo, nos presenta «Eloísa sueña bolas de fuego», un cuento que aborda la desesperación económica a través de un realismo desgarrador. La narrativa destaca por su preciso manejo del ritmo y la tensión, construyendo una atmósfera donde la superstición alimentada por la necesidad choca de frente con la cruda realidad de las fosas comunes. Con personajes sólidamente caracterizados y un lenguaje cotidiano cargado de matices locales, el autor logra un marcado dinamismo en los diálogos y una constante sensación de desasosiego. Es una obra de impecable factura técnica y contundencia temática que enriquece significativamente esta edición, demostrando una notable madurez en la construcción de voces narrativas.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

Eloísa sueña bolas de fuego

Eloísa dijo que había descubierto un tesoro. Estábamos en medio del silencio oscuro de mi pieza a la madrugada. Me dio un golpe en la frente que acabó de despertarme y se levantó de la cama. Estiré los brazos en busca de su cuerpo, pero solo di con un vacío. Eloísa encendió la luz de la pieza. Me tapé los ojos. Entonces ella se me acercó con rapidez y me golpeó de nuevo. Protesté mientras me contaba que había descubierto el lugar donde alguien hace años enterró un tesoro. Bostecé. Me quité las babas de la boca. Eloísa llevaba puesta una chaqueta negra, unos *jeans* desteñidos y unas botas de plástico.

—Caminá, pues, que vamos a ser millonarios —dijo y abrió la puerta de la pieza.

La corriente de aire me puso la piel de gallina, tanto que tuve que cubrirme con la cobija. Eloísa frunció el ceño y pisó con fuerza el suelo. Entendí el gesto. Me puse de pie. No quería otro golpe. Traté de aplanar el desorden de mi pelo con el que siempre me despertaba. Luego quise saber cómo había descubierto el lugar del tesoro. Eloísa dijo que fue en un sueño. No debí reírme. Me arrojó la linterna a la cabeza. Una bola de fuego la llamó por su nombre y le pidió que la siguiera. Bajaron el callejón, cruzaron la carretera y se

adentraron en el cañaduzal hasta que llegaron al cequión donde el abuelo nos llevaba a pescar.

—La bola de fuego se quedó quieta junto a un árbol y me dijo que ahí estaba.

—¿Ahí estaba qué? —dije mientras me ponía mi ***jean*** más viejo.

—El tesoro, pendejo. Las joyas que nos harán millonarios.

No quería seguirla, pero nuestro largo desempleo no permitía desaprovechar oportunidades por más absurdas que parecieran. Llevamos dos palas y dos barretones. Avanzamos en silencio, entre los primeros rayos de sol, moviendo las manos con frecuencia para espantar los mosquitos. Tuve el recuerdo de cuando perseguíamos al abuelo, todavía dormidos y llenos de lagañas, con el desayuno en el maletín. El viejo nos contaba historias del duende que asustaba en el cañaduzal y Eloísa y yo nos mirábamos con los pelos de punta. Ya en el cequión, Eloísa atrapaba los peces diminutos que parecían mugres y le preguntaba al abuelo por cuánto podría venderlos. El viejo decía que no valían nada. Entonces ella los dejaba de nuevo en el agua.

—¡Mirá, Juanjo, ahí es! ¡Igualito que en el sueño!

Boquiabierto, miré el pedazo de tierra junto al árbol. Eloísa me dio una palmada en la frente. Entendí de inmediato. Tomé el barretón y me puse a golpear. Ella sacaba la tierra con la pala cada que se acumulaba. Escarbamos hasta hacer un roto hondo que parecía una tumba. Ya no daba más. El sol del mediodía nos respiraba en la espalda, nos derretía. Me quedé quieto, con un pie sobre la pala. Eloísa siguió golpeando el barretón contra las rocas, sacándole chispas a su esperanza del tesoro. Gruñía a medida que se movía, luego empezó a soltar madrazos. Cuando se inclinó para sacar las rocas, se quedó en silencio.

—Mirá, Juanjo —dijo con un cráneo entre las manos.

Eloísa lo dejó caer y soltó un grito. Pateó varias veces la tierra y salió del hueco. Respiraba entrecortado. Tenía el pelo pegado a la frente por el sudor. Yo también salí. Desde arriba miramos el cráneo que se había quedado en el centro, junto a dos rocas. Eloísa me dio dos golpes en el brazo. Dijo que era un muerto, que se había soñado con un muerto. Comenzó a sacudirse entre sollozos, como si al quitarse la tierra de encima pudiera olvidarse del asunto. No supe cómo tranquilizarla. Al cabo de un rato se sentó frente al hueco con la mirada fija en el cráneo, como si esperara instrucciones.

—Hay que volver a taparlo, no vale nada —dijo Eloísa.

Agarró la pala y le echó tierra al cráneo. Yo me puse de pie, me acerqué a ella y sostuve con fuerza la herramienta para detenerla. Eloísa forcejó conmigo, pero por primera vez en la vida no me dejé ganar. Le arrebaté la pala.

—Tenemos que desenterrarlo. Tenemos que avisar que está ahí.

—¡No, pendejo, para nada! ¡Tenemos que hacer lo contrario! ¡No vale nada!

Eloísa se agachó para recoger la herramienta. Yo puse mi pie sobre el palo y no me moví. Ella frunció el ceño y apretó los puños. Le leí la mente. Pensaba abalanzarse sobre mí. Tenía que pensar rápido para evitar una pelea con esa Eloísa desquiciada por las frustraciones.

—¡Puede que haya recompensa! ¡Puede que den recompensa por avisar! Eloísa se detuvo y me miró con una sonrisa.

—¡Es verdad, Juanjo!

Hicimos las llamadas correspondientes. Esperamos lo que tocaba esperar. Cuando llegaron, Eloísa les preguntó a los policías por la recompensa, luego a las muchachas con gafas y con guantes blancos que sacaron el resto del esqueleto y, por último, a los dos periodistas locales que aparecieron atraídos por la historia. Nadie le dio respuestas. Estuvimos ahí hasta que nos pidieron que nos fuéramos. A la semana siguiente nos llegó una citación. A los dos. En una oficina de la capital. Eloísa se maquilló por si tomaban fotos. Nos recibieron cuatro hombres vestidos con trajes y una mujer canosa que tenía los ojos rojos. La madre del cráneo.

La mujer nos abrazó con los ojos llenos de lágrimas y la cara llena de mocos. Antes de salir vi que Eloísa también lloraba. Creí leerle la mente. Pensaba en la recompensa que nunca nos darían, en el tesoro falso con el que había soñado, en que ni siquiera habían sido capaces de reconocerle el día de trabajo a ese par de muertos de hambre que éramos.

Hoy Eloísa me despertó de un golpe en la frente.

—Me volví a soñar con una bola de fuego, Juanjo. Hay otro. Vamos, caminá que tenemos que encontrarlo y está lejos.





NOMBRE

Carlos Giovanny Campiño Rojas

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Nuestra Señora del Carmen

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

El Rosario, Nariño

Carlos Giovanny Campiño Rojas, de El Rosario, Nariño, e integrante de la I. E. Nuestra Señora del Carmen, nos presenta «Cuando la montaña reveló sus muertos», una obra de gran calado simbólico y poético. El relato destaca por su lograda atmósfera andina, donde la tensión narrativa transita hábilmente entre el mito y la memoria histórica. A través de la figura del sabio Juan Chiles, el texto aborda el duelo colectivo, la reparación y el valor semántico de nombrar a los ausentes para sanar el territorio. Su mayor acierto técnico reside en el manejo del ritmo, el uso preciso del lenguaje cotidiano y la creación de imágenes líricas de profunda belleza. Una contribución conmovedora que reflexiona sobre la reconstrucción del tejido social a través de la palabra.

Cuando la montaña reveló sus muertos

En el Edén, una vereda encaramada entre el páramo y los cultivos de papa, la tarde no caía, bajaba como un juicio espeso. A las cinco se aseguraban con picaporte las puertas, se trasladaban las vacas al corral, recogían cuyes y gallinas y los niños aprendían a jugar sin hacer ruido. Nadie decía miedo. Murmuraban «mejor entremos», «mañana seguimos», «no se sabe». En algunas casas había un mantel tendido, una taza intacta, una ruana doblada para alguien que no volvía.

La gente culpaba a la cueva del cerro. Allí vivía una criatura sin edad, hecha de humo frío y uñas de piedra. Cuando respiraba, los perros gemían bajo la cama. Cuando caminaba, el maíz se agachaba. No mataba solamente cuerpos, se tragaba los nombres. Por eso, con los años, muchos dejaron de nombrar a sus ausentes y empezaron a decir «lo que pasó», como si el dolor fuera una cosa sin dueño.

En la última casa antes del camino al páramo vivía Juan Chiles. Se llamaba así como el taita antiguo del que hablaban los mayores, y quizá por eso algunos le pedían consejo, aunque él nunca mandaba. Tenía un chumbe desteñido en la cintura, una huerta pequeña y una biblioteca donde los libros olían a

humo, lana y leños. Decía que la palabra también era semilla: si se la enterraba bien, un día rompía la tierra.

Una tarde, Alegría llegó con una pelota desinflada abrigada contra el pecho.

—Mi hermano Antonio decía que cuando volviera íbamos a arreglar la cancha.

Juan estaba limpiando fríjol. Separó las piedras de los granos sin levantar la voz.

—¿Y qué dijo la cancha?

La niña miró hacia el potrero donde antes estaban los arcos.

—Nada. La cancha también se quedó esperándolo.

Esa noche Juan no durmió. Oyó en el techo la lluvia menuda del páramo, escuchó una yegua que llamaba a su potro y, más adentro, oyó la cueva masticando nombres. Antes del amanecer guardó en una mochila tejida en rueca tres cosas: un cuaderno en blanco, un espejo manchado y un puñado de semillas de maíz.

Luego subió.

La criatura lo recibió con la boca abierta. Adentro no había dientes, sino voces apagadas que exhalaban su último aliento.

—Viejo —dijo—, ¿vienes a entregarme tu nombre?

—Vengo a cobrarte los que te comiste.

La criatura se rio y la montaña soltó piedras pequeñas.

—Los nombres no se devuelven.

—Entonces vamos a enseñarte.

Juan abrió el cuaderno y escribió: Antonio. La letra quedó temblando sobre la página, como un pájaro mojado que se balancea en las cuerdas eléctricas. La criatura chilló.

—Ese me pesa.

—Porque tenía madre, hermana y una camiseta amarilla para jugar los domingos.

Escribió otro: Rosa. Después Hilario. Después Benilda, Maritza, Zoila. No los inventaba. Los había escuchado durante años en conversas alrededor del calor de una tulpa, en velorios sin cuerpo, en pasillos y ranuras de ventana. Cada nombre era una piedra que salía de la garganta de la cueva.

La criatura quiso rugir, pero apenas le brotó un hipo.

—Si sigo devolviéndolos —dijo—, ¿me van a perdonar?

Juan cerró el cuaderno.

—No confundas la paz con un premio. Primero se responde por el daño. El perdón, si llega, pero a su tiempo.

Sacó el espejo. La criatura miró. No vio un monstruo grande, sino un niño viejo, asustado, cubierto con la ropa de todos sus muertos. Detrás de su espalda aparecieron las casas cerradas, la escuela sin risas, Alegría soplando una pelota que no inflaba.

—No sé hacer otra cosa —murmuró.

Juan le puso las semillas en la mano.

—Aprende con las manos. La cabeza a veces se pierde.

Bajaron al pueblo cuando el sol apenas acariciaba las tejas. Nadie abrió la puerta. Una mujer rezó sin santiguarse. Un hombre apretó el cabo del azadón. Alegría se escondió detrás del arco vencido y miró los dedos enormes de la criatura, llenos de tierra.

Juan habló para todos, pero sin exigirles nada:

—No vine a pedir olvido. Vine a comenzar una minga.

El primer día arrancaron la maleza de la cancha. La criatura trabajó sola mientras el pueblo miraba desde las rendijas. Al segundo día una anciana señaló el techo roto de la escuela. Al tercero, dos muchachos trajeron tablas. Al cuarto, alguien dejó una olla de café en una piedra. Nadie dijo gracias. Nadie dijo perdón. Pero el silencio empezó a cambiar de oficio, ya no servía para esconderse, sino para escuchar el ruido de martillos.

Cada tarde, Juan escribía en el muro de la biblioteca un nombre devuelto. Debajo sembraban maíz. Alegría pidió escribir el de Antonio. Lo hizo despacio, con una letra chueca.

Pasaron semanas. La paz no llegó vestida de blanco ni bajó cual mesías del cielo. Llegó cansada, con barro y maleza en las botas. Llegó en forma de puerta entreabierta, de olla compartida, de niños que volvían a discutir por un gol. Llegó también con rabia y con llanto, porque recordar dolía; pero de frente, no en secreto.

Un domingo, Alegría llevó la pelota inflada. Los niños entraron a la cancha como quien inaugura una placa huella en el pueblo.

La criatura se apartó bajo un arrayán.

—Tú no juegas —le dijo Alegría.

—Lo sé —respondió.

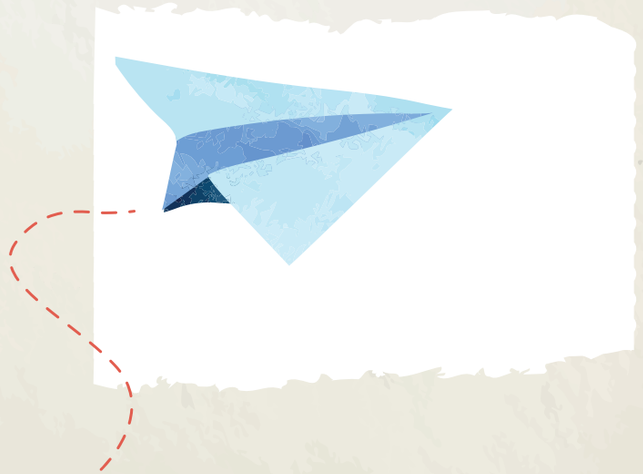
La niña le entregó un pito de plástico.

—Entonces cuida que nadie haga trampa.

La criatura lo tomó con torpeza. Por primera vez entendió que cuidar era más difícil que mandar.

Desde entonces, en el Edén las puertas todavía se cierran cuando la noche arrecia, pero ya no todas al mismo tiempo. En la biblioteca hay un muro de nombres y una chagra pequeña donde el maíz crece torcido, terco, verde. Dicen que algunas madrugadas la cueva aborta una voz más, y Juan Chiles, con su cuaderno abierto, la recibe sin alboroto.

Porque la paz, aprendieron allí, no consiste en dejar muda la herida, sino en hacerle un lugar entre los vivos para que ningún monstruo vuelva a alimentarse de la pulpa del miedo.





NOMBRE

Marta Lucía Puente Rodríguez

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Virtual Siglo XXI

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bogotá D.C., Bogotá D.C.

Marta Lucía Puente Rodríguez, de Bogotá D. C., vinculada al Colegio Virtual Siglo XXI, presenta el cuento «La casa de la puerta roja», una pieza narrativa que destaca por su riqueza simbólica y atmósfera mística. Con una prosa fluida y envolvente, la autora logra construir un ritmo ascendente que sostiene la tensión dramática desde la visión en el fuego hasta la culminación del ritual de protección. Sobresale el manejo del lenguaje literario y la integración de elementos ancestrales, los cuales transforman el refugio físico en un espacio de sanación y trascendencia espiritual ante la persecución. La voz narrativa mantiene una solidez notable, dotando a la obra de una identidad lírica profunda. Esta propuesta aporta un valioso matiz de misticismo y reconciliación a la presente edición.

La casa de la puerta roja

Como cada noche encendí la fogata en el patio. Fue cuando la vi a través del fuego. Ella empezó a subir por el estrecho callejón hacia la cima, en donde estaba mi casa, la de la puerta roja.

Todavía no habían cantado los gallos y advertí cómo se estremecía, a pesar del suéter tejido que llevaba puesto. Con el viento en contra, la escuché decir que el resguardo indígena no merecía ese nombre.

El fuego se retorció entre la madera y se avivó aún más su imagen. Pude distinguir en medio de las llamas cómo ella se giró agitada para descubrir que las siluetas oscuras estaban cada vez más cerca. Continuó ascendiendo de prisa y su rostro ensombrecido parecía perder toda esperanza.

Por fin divisó mi puerta roja. Avanzó un paso y tocó varias veces.

Escuché los golpes y apacigüé la fogata con el agua que había en el balde. Corrí la cortina del patio. Entré a la casa y caminé por el corredor. Encendí los tres velones de la mesita del lado de la puerta y con la llave abrí el cerrojo. Afuera estaba ella, tal y como la había percibido en medio del dios fuego.

—Soy Gina —me dijo con su voz queda—. ¿Sumercé es el jeque?

—Soy yo, pase.

—Ayúdeme, por favor, me persiguen.

—Lo sé. Vaya al cuarto del fondo y envuélvase en la hamaca.

Antes de cerrar la puerta oí a los perros que anunciaban el avance de las presencias.

—En la hamaca me encontrarán, me respondió.

—Haga lo que le estoy diciendo, niña, ¡rápido!

Pasó con cuidado al lado de los tres velones y entró en la pieza. Allí solo había una ventana tapada con cartones. Estiró sus manos, captó la tela hilada, la desdobló titubeando y se acostó sobre ella envolviéndose por completo.

—¿Está bien ahí? —le pregunté para asegurarme.

—Sí, señor. Esta hamaca está caliente. Perdón si me quejé de que el resguardo no merecía este nombre, ahora veo que me equivoqué.

—Quédese tranquila. Ya han llegado.

Las sombras estaban cruzando la puerta sin mi permiso y me dirigí hacia ellas.

—¿Qué quieren?

—¿Dónde está ella?

—Si llegaron hasta aquí tendrán que saber que este es el fin.

Irrumpieron sin vergüenza y con el retumbar de sus botas apagaron los velones. La primera habitación. Revuelcos y suspiros. Nada. La segunda. Alaridos y golpes. Nada. Llegaron a la habitación del fondo.

—Hay una hamaca.

Volaron a su alrededor. Trataron de sentirla.

—Hay algo. Son como huesos. Es un muerto. Insistieron y no lograron desenvolverla.

—¡Suéltela, indio! Es nuestra.

Empecé a entonar la canción que me enseñaron los abuelos y una bocanada de humo salió de mí. Mis pulseras resonaron y mis pies siguieron la danza. Las paredes se unieron unas con otras y el piso y el techo fueron uno. Descorrí la cortina del patio. La fogata había sido encendida de nuevo, por el gran espíritu. Cada rincón fue alcanzado por el incienso y el aroma de plantas silvestres.

Las sombras aullaban como lobos y fueron atraídas por el resplandor del fuego. Fue allí cuando la tela se desdobló y posó a la niña con suavidad en el suelo tibio, en frente de sus verdugos. El viento, el humo, el calor, el incienso, los aromas y los cantos penetraron en las profundidades de esas almas.

Llegaron a mis oídos entonces los sonidos característicos de la madera al quemarse. Siseos, crujidos, chasquidos y, después, silencio.

El ritual terminó cuando Gina caminó hacia ellas, que ya no eran sombras, sino destellos, y las abrazó hasta que cayeron arrodilladas.

Los tres velones se encendieron, los gallos cantaron, las primeras luces del sol se asomaron y absorbieron a las almas permitiendo su tránsito hacia la otra dimensión.

Mi casa quedó tranquila y tarareé por varios minutos la vieja melodía de agradecimiento y trascendencia. Estaba cansado y, cuando iba a apaciguar el fuego para irme a dormir a la hamaca, vi entre las llamas a un joven nervioso y descalzo, que venía atravesando la montaña en dirección hacia mi casa, la de la puerta roja.



NOMBRE

Catalina Ortega Zambrano

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad Industrial de Santander

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bucaramanga, Santander

Catalina Zambrano Zambrano, de Bucaramanga, vinculada a la Universidad Industrial de Santander, nos presenta una deslumbrante pieza narrativa sobre la resiliencia y el amor filial. En «Guayos amarillos», la autora despliega una notable construcción narrativa que contrasta el pasado doloroso marcado por el conflicto armado con un presente de triunfo deportivo. Mediante un ritmo envolvente y una atmósfera cargada de nostalgia y dignidad, la obra maneja con maestría la tensión emocional sin caer en el sentimentalismo fácil. Destaca un uso conmovedor del lenguaje y una voz sensible que otorga una profunda dimensión humana al relato. Su lectura conmueve y constituye un aporte excepcional de altísima calidad a la presente edición.

Guayos amarillos

A mi padre

El pasto de Polonia no huele a nada; lo pensé el sábado, cuando salimos a reconocer la cancha. Tanto verde y ningún olor, un pasto tan parejo que parecía dibujado. El de mi infancia, en cambio, olía a lluvia vieja y a estiércol, y había que leerlo con los pies porque escondía piedras y culebras dormidas. Ahora camino hacia el círculo central con las muletas marcando ese compás de tres tiempos que ya es mío, y, aunque faltan minutos para la final, yo no estoy aquí, estoy cruzando otra vez el potrero de la vereda. Tengo trece años, llevo puestos unos guayos amarillos.

Habría que explicar lo de los guayos. Cada diciembre mi papá bajaba al pueblo y volvía con una caja envuelta en periódico. Siempre amarillos, siempre medio número más grandes, para que duren, decía. Yo le repetía que mi color era el azul, y él respondía que el azul se confunde con el cielo y con las camisetas de medio mundo, que en cambio el amarillo se ve desde lejos y que cuando alguien le preguntara cuál era su hija él quería poder contestar sin equivocarse que la de los guayos amarillos.

Mi papá quiso ser futbolista, lo contaba sin amargura, jugaba de ocho. Dice mamá que pisaba la pelota como los de la televisión, y a los quince ya lo estaban mirando los de un club de Pasto. Entonces apareció la mina y se acabó todo. Eso decía él, la mina, así, sin adornos, y no volvía a tocar el tema. Yo crecí completando esa frase por mi cuenta. En mi cabeza de niña, mi papá corría detrás de un balón por un potrero igual al nuestro y el suelo se abría bajo su pierna derecha, y por eso yo miraba sus dos piernas enteras con una gratitud confusa, como si alguien se las hubiera devuelto en secreto.

En la vereda las minas no eran cuento, estaban sembradas desde antes de que yo naciera, por unos y por otros, nadie firmaba su cosecha. Don Aurelio perdió el pie yendo a buscar una vaca; al hijo de la señora Rosa lo trajeron entre dos, callado para siempre. El ejército pintaba letreros, otros los arrancaban, y nosotros seguíamos viviendo ahí, porque los pobres no se van, apenas aprenden a caminar distinto.

Aquel jueves de mis trece años había partido en la escuela y yo iba tarde. El camino largo bordeaba la quebrada; el corto atravesaba el potrero de los Ruiz, prohibido desde hacía meses. Todavía puedo recorrerlo paso por paso, el alambre flojo donde uno se agacha, el barro que chupa los guayos como si quisiera quedárselos. Hay una versión de mí que todavía va por ahí, con la maleta terciada, apurada y contenta. A esa niña quisiera gritarle algo desde este lado, pero en los recuerdos una llega siempre tarde, y además ella no me oiría porque va pensando en que su papá prometió ir a verla jugar, en que con esos guayos él la encuentra desde cualquier parte.

El ruido no fue un ruido, fue un silencio blanco, larguísimo, y después el cielo boca arriba y las hojas del guayabo moviéndose como si nada. Me acuerdo del guayo amarillo tirado a unos metros, tan limpio, tan absurdo, y de pensar, antes que en el dolor, que mi papá se iba a poner triste porque eran nuevos. Lo demás lo han contado otros: que él me cargó tres kilómetros hasta la carretera, que en el hospital de Pasto la palabra amputación se dijo en voz baja, como si bajando la voz doliera menos, que del Estado llegó un formulario, y después otro formulario, y después nada. La rehabilitación la hizo mi casa. Mamá aprendió a curar el muñón mejor que las enfermeras y papá me armó unas barras paralelas con tubos de andamio, en el patio, mirando a las gallinas.

Años después, una fisioterapeuta nos habló de un equipo de fútbol de amputados. Fuimos a ver un entrenamiento y yo pregunté lo que llevaba meses tragándome, si también había mujeres. Había, ahora somos una selección. La guerra pisa parejo, pero a las que quedamos vivas nos toca, además, demostrar que existimos.

El árbitro llama al centro, es 21 de junio, es Polonia, es la final de la Amp Futbol Cup, y en mi pie derecho, el único, brilla un guayo amarillo. Anoche hablé con mi papá, y me contó que en la tienda del corregimiento pusieron el partido en un televisor prestado, que llegó gente hasta de la escuela y que, cuando alguien preguntó cuál era su hija, él no dijo mi nombre ni mi número. Dijo: «La de los guayos amarillos».

Fue en esa llamada, no sé por qué, después de tantos años, que me atreví a preguntarle por su mina, en cuál potrero fue, si le dolía todavía. Se quedó callado un momento y luego sonrió despacito, con esa risa suya de pedir disculpas.

—Mami —dijo—, la mía no estaba enterrada, la mía quedaba a dos horas de la casa y había que bajarle con una lámpara en la frente.

A los quince el abuelo lo metió al socavón porque el hambre no espera, y ahí se le fueron los entrenamientos, el club de Pasto, la vida a punta de turnos. Su mina no explotó nunca, se lo fue tragando despacio, que es la otra manera que tiene este país de comerse a sus muchachos pobres.

Hoy somos campeonas. Cuando levanto la copa, busco una cámara y muestro el guayo para que él me encuentre. A mi papá la mina le dejó las dos piernas y le mochó el sueño; a mí me mochó la pierna y me dejó el sueño entero. Por eso juego de amarillo, aunque mi color favorito siga siendo el azul; el amarillo es la forma que tiene mi papá de reconocerme, y ahora también la mía de devolverle, desde el otro lado del mar, el partido que le quedó debiendo la tierra.







NOMBRE

Alfonso Valdivieso de Filippis

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Fundación Universitaria FCV

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Floridablanca, Santander

Alfonso Valdivieso de Filippis, Floridablanca, Fundación Universitaria FCVS, presenta «Sabores, olores y sonidos», un relato que rescata la identidad colectiva a orillas del río Magdalena. La narración logra tejer con sutileza la cotidianidad ribereña, combinando la riqueza sensorial de la gastronomía ancestral con la resistencia cultural frente al dolor social y la pérdida. Con un ritmo pausado y una atmósfera envuelta en aromas de maíz, sonido de tamboras y la dignidad del oficio pesquero, el autor contrapone hábilmente la fragilidad ecológica y la memoria histórica con la esperanza comunitaria. El manejo del diálogo orgánico y la construcción de personajes emblemáticos fortalecen una estructura narrativa sólida. En suma, la obra destaca por su valioso testimonio literario sobre la tradición, el tejido social y la resiliencia territorial.

SABORES, OLORES Y SONIDOS

Cuando el sol comenzaba a calentar las aguas del río Magdalena, la Bollirris recorría el Paseo del Río con una bandeja de bollos sobre la cabeza. Caminaba despacio, como quien conoce cada piedra del malecón, mientras su voz se mezclaba con el viento y el rumor del agua.

—¡Sí hay bollirris de huevirris con yuquirris para mijirris! —cantaba con una sonrisa capaz de despertar el apetito y la nostalgia al mismo tiempo.

A pocos metros, Francisca removía una enorme olla de sancocho. El vapor llevaba el aroma del cilantro, el plátano y el pescado fresco hasta los visitantes que llegaban desde distintos lugares.

—Hay mute santandereano, masato, chicha, guarapo y bocachico recién preparado —ofrecía con orgullo.

Los vendedores acomodaban bagres, blanquillos y coroncoro sobre las mesas mientras las canoas llegaban lentamente al puerto. Una de ellas apareció cargada de pescado. Al frente iba un hombre conocido como Silbo Melódico, quien saludaba con un silbido alegre que terminaba siempre en un suspiro.

—Cada día el río trae menos peces —dijo al desembarcar—. La contaminación nos está quitando la vida.

María Eugenia observó el cargamento y comenzó a negociar. Entre cuentas, bromas y discusiones sobre el precio del pescado, todos comprendían que la pesca ya no era tan generosa como antes. Sin embargo, ninguno estaba dispuesto a abandonar el oficio heredado de sus abuelos.

Cuando el mercado terminó, el atardecer cubrió el río con tonos dorados. La Bollirris regresó a casa con la bandeja vacía, satisfecha por haber vendido todos los bollos.

Al día siguiente, las calles se llenaron de personas sosteniendo velas encendidas y fotografías de familiares desaparecidos. El silencio era profundo, apenas interrumpido por el murmullo de las oraciones.

Frente a la multitud, Nacho tomó la palabra.

—La memoria nos enseña el camino para que esta historia no vuelva a repetirse. La paz no llegará sola; debemos construirla entre todos.

Cada nombre pronunciado por Paola era recibido con respeto. Algunos lloraban; otros levantaban la mirada hacia el cielo buscando respuestas.

Al caer la noche comenzaron a sonar las tamboras. Los jóvenes bailaban mientras las mujeres preparaban bollos de distintos sabores para el Festival del Bollo que se acercaba.

—Tenemos que organizarnos —dijo la Bollirris—. El festival no puede perderse.

—¿Y con qué recursos? —preguntó Francisca—. Este año todo está más difícil. La Bollirris respiró hondo antes de responder.

—Lo importante nunca ha sido el dinero. Siempre hemos salido adelante trabajando juntos.

Entre el sonido de las tamboras y el aroma del maíz cocido, el barrio parecía recordar que la esperanza también podía cocinarse a fuego lento.

A la mañana siguiente, la cocina de la Bollirris volvió a llenarse de vapor. Las ollas hervían mientras Francisca acomodaba cuidadosamente cada bollo.

—Estos olores enamoran —comentó sonriendo.

En ese momento llegó María Eugenia.

—Vengo a confirmar que estaré en el festival con mis pescados —anunció.

La Bollirris le entregó varios bollos aún calientes.

— La cultura también se alimenta.

Aquella tarde el Paseo del Río volvió a llenarse de vida. Bajo un sol brillante, hombres y mujeres se reunieron para celebrar el tradicional concurso de bocachico.

El Tortugo, con la voz fuerte de quien ha animado fiestas durante años, invitaba a todos a acercarse.

—¡Aquí está el mejor bocachico del Magdalena! ¡Vengan a celebrar lo que somos!

Francisca y La Bollirris repartían bollos entre los asistentes. No importaba si eran vecinos o visitantes; todos recibían

el mismo saludo, la misma sonrisa y el mismo deseo de compartir.

Cuando el concurso terminó, el sonido de las tamboras anunció el inicio de una presentación especial. Sobre una pequeña tarima, un grupo de jóvenes representó una obra de teatro inspirada en la memoria de su comunidad.

El público entendió el mensaje sin necesidad de explicaciones: nadie debía permanecer atrapado por el miedo ni por el olvido.

La Bollirris observaba la representación desde un costado mientras la grababa con su teléfono celular. Al finalizar, respiró profundamente y caminó hasta el frente de la tarima. Miró a los niños, a los pescadores, a las cocineras y a los ancianos que la acompañaban desde hacía tantos años.

—Esto que acabamos de ver —dijo con serenidad— no es solo una obra de teatro. Es la memoria de nuestro pueblo. Es el recuerdo de quienes ya no están y la esperanza de quienes siguen creyendo que la cultura puede sanar las heridas.

Hizo una pausa mientras el viento agitaba las hojas de los árboles cercanos.

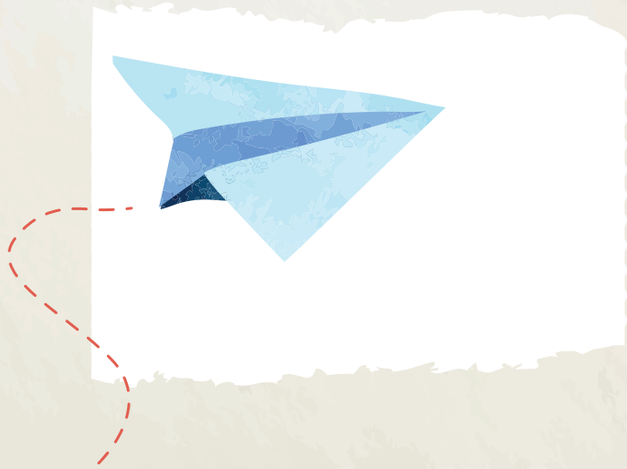
—Cada bollo que cocinamos, cada pescado que vendemos, cada canción de tambora y cada historia que contamos mantienen vivo nuestro legado. Si olvidamos nuestras costumbres, perderemos una parte de nosotros. Pero mientras las enseñemos a nuestros hijos y las compartamos con quienes nos visitan, siempre habrá futuro para esta tierra.

Un largo aplauso llenó el malecón. Algunas personas sonrieron; otras dejaron escapar lágrimas silenciosas. No eran lágrimas de tristeza, sino de gratitud por seguir reunidos alrededor del río que les había dado alimento, trabajo, música y esperanza.

Al caer la tarde, el cielo comenzó a teñirse de naranja y el Magdalena reflejó los últimos destellos del sol. Los niños continuaban ensayando sus bailes, los pescadores preparaban las redes para la jornada siguiente y las cocineras apagaban lentamente los fogones.

La Bollirris contempló el paisaje con la certeza de que la verdadera riqueza de su pueblo no estaba únicamente en el río ni en sus sabores, sino en la capacidad de su gente para conservar la memoria, transformar el dolor en arte y convertir cada encuentro en una celebración de la vida.

Porque comprendió que los sabores alimentan el cuerpo, los olores despiertan los recuerdos y los sonidos mantienen viva el alma de una comunidad. Mientras existieran personas dispuestas a compartirlos, Barrancabermeja seguiría escribiendo una historia distinta: una historia donde la tradición, la solidaridad y la cultura serían siempre el camino para resistir y renacer.





NOMBRE

Bayron Danilo López Ruano

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Monserrate

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

La Plata, Huila

Bayron Danilo López Ruano, de La Plata, vinculado a la I. E. Monserrate, presenta «Los ojos que se prestan en Sanquianga», un cuento de profunda emotividad y delicadeza narrativa. La obra aborda el dolor del conflicto armado en el Pacífico nariñense a través de la mirada inocente de un niño, destacando la solidaridad comunitaria de las madres que comparten el llanto como acto de resistencia frente a la ausencia y la violencia. El autor construye una atmósfera evocadora mediante imágenes sensoriales del manglar y un ritmo pausado que intensifica la carga dramática. Con un lenguaje poético y sincero, el relato logra transformar la tragedia en un conmovedor tributo a la memoria colectiva, la dignidad y la resiliencia materna, consolidando una propuesta narrativa contundente y profundamente humana.

Los ojos que se prestan en Sanquianga

A veces no entiendo por qué los grandes lloran con los ojos cerrados. Mi mamá dice que es porque el dolor no siempre quiere ser visto; pero en mi vereda, allá en la zona de manglares del río Sanquianga, en la costa de Nariño, he visto algo más raro: hay mamás que lloran por hijos que no son los suyos. Mamás que prestan sus ojos para llorar.

Tenía nueve años cuando los hombres armados se llevaron a Samuel, mi mejor amigo. Todavía recuerdo sus ojos grandes, su cabello rizado, su voz de gorrión. Aquel día me escondí entre los matorrales y vi cómo lo subían a una lancha; Samuel gritaba, pero nadie lo oía, porque aquí, en este paraíso del Pacífico sur, se aprende a guardar silencio.

Esa noche, su mamá se quedó sentada en el malecón, con la mirada perdida. No lloró; solo apretaba entre los dedos una camiseta azul desteñida, la que Samuel usaba para ir a la escuela. La abuela decía que, a veces, el dolor era tan fuerte que ni las lágrimas podían salir. De repente, sin que nadie pronunciara palabra alguna, una a una, las otras madres llegaron hasta la casa de Samuel y, como si supieran que el llanto también es una forma de resistencia, lloraron por ella;

con sus ojos, con sus voces quebradas, como si llorar fuera la lengua secreta que solo entienden las que han parido hijos.

Desde entonces, he visto muchos ojos prestados; por ejemplo, cuando desaparecieron a Luz Dary, la niña que dibujaba palafitos con techos rojos, en esa ocasión, la señora Isidora lloró por su madre. O cuando mataron a don Pedro, el maestro que enseñaba desde una lancha, fue mi mamá la que lloró por su hija, que ya no tenía lágrimas. También lloraron por Julián, que recogía cangrejos y soñaba con ser médico; por la tía Emérita, que se quedó en la puerta esperando noticias de su hijo, con una vela encendida.

A veces pienso que las madres de mi pueblo son como los ríos del Pacífico: aun cuando uno de sus brazos se seca, encuentran otros caminos bajo el manglar para seguir su rumbo; con los ojos de otras, con el dolor compartido, con el amor multiplicado.

Yo ya no tengo a Samuel, pero cada vez que cierro los ojos lo veo corriendo entre los esteros, con la camiseta azul ondeando como una bandera de libertad; y aunque no entiendo del todo qué es la guerra, sé que duele, que arranca cosas, que deja vacíos, pero también sé que hay algo más fuerte: las madres de Sanquianga y su forma de vencer el olvido.





ENSAYO

Categoría Juvenil



Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura



NOMBRE

Evelyn Tatiana Fernández Morales

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bogotá D.C., Bogotá D.C.

Evelyn Tatiana Fernández Morales, de diecisiete años, residente en Bogotá D. C. y estudiante de la Universidad Distrital - Francisco José de Caldas, propone en su ensayo «Antes de tener razón» una lúcida reflexión sobre la convivencia y la empatía en la Colombia contemporánea. A través de una voz reflexiva y genuina, la autora desmonta la tentación de juzgar apresuradamente, argumentando que la curiosidad y la capacidad de cuestionar las certezas individuales son herramientas clave para superar la polarización sociopolítica. Su discurso equilibra la experiencia académica inicial con una honda madurez ética, defendiendo la complejidad frente a la simplificación y el valor del periodismo como puente para recuperar la humanidad del otro. Es una pieza ensayística de notable solidez argumentativa, sensibilidad analítica y vigencia crítica.

Antes de tener razón

Hay algo que me pasa mucho cuando voy en TransMilenio rumbo a la universidad: me quedo mirando a la gente mientras el bus avanza entre estaciones. No por chismosa, sino porque me da curiosidad imaginar sus historias. A veces veo a alguien sonriendo y pienso que quizá tuvo un buen día. Otras veces observo un rostro cansado o una mirada preocupada y, casi sin darme cuenta, mi cabeza empieza a completar una historia que no conozco. Lo curioso es que, en cuestión de segundos, siento que ya entendí a alguien de quien no sé absolutamente nada. Entonces me pregunté cuántas veces hacemos lo mismo fuera de un bus: creemos conocer a las personas cuando, en realidad, solo conocemos la versión que construimos de ellas.

Desde entonces, he llegado a pensar que una parte de la paz depende de nuestra capacidad para resistir la tentación de simplificar a los demás. No porque escuchar resuelva, por sí solo, los problemas de un país, sino porque es difícil convivir con alguien cuando creemos que ya sabemos quién es. La paz, quizá, también necesita algo de lo que hablamos muy poco: curiosidad. Esa disposición de acercarnos al otro sin asumir que ya conocemos su historia.

Vivimos en una época que premia las respuestas rápidas. Un video de pocos segundos parece suficiente para explicar una realidad; un titular reemplaza una conversación; una publicación basta para decidir quién tiene la razón. Esa rapidez produce una extraña sensación de seguridad, como si entender el mundo consistiera en ordenar a las personas dentro de categorías simples. Sin embargo, la realidad rara vez funciona así. Todos somos más contradictorios que las palabras con las que intentamos definirnos.

Yo también he caído en esa trampa. He creído conocer a alguien demasiado pronto, he reducido a las personas a una primera impresión o he respondido antes de comprender. Por eso, esta reflexión no nace del deseo de señalar a otros, sino de reconocer lo fácil que es dejar de preguntar cuando creemos tener razón. Comprender exige aceptar que nuestras certezas pueden estar incompletas, y esa es una lección mucho menos cómoda de lo que parece.

Mi primer semestre en la universidad no me ha enseñado qué pensar sobre el país; me ha enseñado algo más valioso: que las mejores preguntas suelen incomodarnos antes de transformarnos. En apenas unos meses descubrí que comprender suele ser mucho más difícil que opinar y que escuchar exige una humildad que pocas veces se nota, precisamente porque no hace ruido. Desde entonces, he empezado a creer que educarse también consiste en aprender a desconfiar de las certezas demasiado cómodas. Quizá por eso la curiosidad ya no me parece solo una herramienta para aprender, sino también una forma de cuidar la convivencia.

Hay una violencia que casi nunca ocupa los titulares, no destruye edificios ni deja fotografías impactantes, pero también rompe relaciones. Es la violencia de convertir a una persona en una etiqueta, de asumir que una publicación resume toda una vida o de pensar que una diferencia basta para convertir al otro en un enemigo. Cuando dejamos de interesarnos por la historia que hay detrás de alguien, el desacuerdo deja de ser una oportunidad para comprender y empieza a convertirse en una barrera.

En un país como Colombia, que ha vivido tantas formas de violencia, quizá la primera víctima haya sido la complejidad: dejamos de ver personas y empezamos a ver bandos. Por eso, no solo necesitamos recordar lo ocurrido, sino también aprender a mirarnos de nuevo. Recordar sigue siendo indispensable, porque olvidar sería permitir que el dolor se repita. Sin embargo, también hacen falta conversaciones donde sea posible diferir sin convertir al otro en una amenaza. Hoy la polarización, la desinformación y la rapidez con la que emitimos juicios parecen enseñarnos que entender al otro es perder el tiempo. A mí, en cambio, cada vez me convence más la idea contraria: comprender nunca nos debilita; lo que realmente nos debilita es renunciar a intentarlo.

Alguien podría decir que escuchar no basta para construir paz, y tendría razón. Se necesitan instituciones fuertes, justicia para las víctimas, oportunidades reales y decisiones públicas capaces de enfrentar las desigualdades. Ninguna conversación reemplaza esas responsabilidades. No obstante, también es cierto que ninguna transformación será suficiente si seguimos perdiendo la capacidad de comprender a quienes piensan distinto. Las leyes pueden cambiar estructuras, pero la convivencia depende, en buena parte, de la forma en que decidimos mirar a quienes tenemos enfrente.

Quizá ahí encuentro el sentido de haber elegido estudiar periodismo. No porque crea que una profesión pueda resolver problemas tan complejos, sino porque una buena pregunta tiene la capacidad de abrir conversaciones que una respuesta apresurada suele cerrar. En este primer semestre entendí que hacer una buena pregunta exige algo difícil: estar dispuesto a escuchar antes de tener razón. Una cifra informa; una historia obliga a mirar dos veces. Detrás de cada dato hay un rostro; detrás de cada titular, una vida, y detrás de muchos prejuicios, historias que casi nunca nos detenemos a escuchar. Eso es lo que más me atrae del periodismo: no la idea de hablar por otros, sino la posibilidad de escuchar lo suficiente para devolver humanidad donde otros solo ven categorías.

Tal vez nunca logremos comprender por completo la vida de quienes nos rodean. Siempre habrá algo que ignoremos, pero quizá ese no sea el verdadero problema. El problema empieza cuando dejamos de sentir curiosidad por aquello que todavía no conocemos y actuamos como si una primera impresión bastara para explicar una vida entera. La paz, quizá, no llegue el día en que desaparezcan todos los desacuerdos. Empieza mucho antes; cuando recuperamos la curiosidad de escuchar antes de tener razón. Porque es imposible cuidar aquello que nunca intentamos comprender. Después de todo, la paz también es una manera de mirar al otro.









NOMBRE

Valentina Barrera Marín

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Nueva Roma (IED)

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bogotá D.C., Bogotá D.C.

Valentina Barrera Marín, de quince años, de Bogotá D. C., estudiante del Colegio Nueva Roma (IED), presenta en «La verdad: el primer paso para reconstruir la esperanza» un ensayo de notable solidez argumentativa. Con una voz crítica madura, la autora analiza la verdad, la memoria histórica y el papel de la JEP como pilares indispensables para la justicia, la sanación colectiva y la reconciliación. Su planteamiento destaca la educación y la empatía cotidiana como motores de transformación social, superando la noción del fin del conflicto como el mero silencio de las armas. La estructura del escrito es fluida y coherente, evidenciando claridad conceptual y rigor en la exposición de las ideas. Es una reflexión perspicaz que aporta una valiosa perspectiva juvenil sobre la dignidad humana en esta edición.

La verdad: el primer paso para reconstruir la esperanza

Hablar de paz en un país marcado por la violencia no significa únicamente pensar en el silencio de las armas. La verdadera paz comienza cuando una sociedad es capaz de mirar su pasado con honestidad, reconocer el sufrimiento de quienes fueron víctimas y asumir la responsabilidad de construir un futuro diferente. En este proceso, la verdad deja de ser un simple relato de los hechos para convertirse en un camino hacia la justicia, la reparación y la reconciliación.

Durante muchos años, miles de familias colombianas vivieron el dolor de perder a sus seres queridos, abandonar sus hogares o convivir con el miedo. Detrás de cada cifra existe una historia, un rostro y un proyecto de vida interrumpido por la violencia. Comprender esta realidad implica reconocer que las heridas de un conflicto no desaparecen con el paso del tiempo; por el contrario, permanecen abiertas mientras las víctimas no encuentren respuestas sobre lo ocurrido.

En este contexto, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) representa mucho más que una institución judicial. Su labor demuestra que la justicia también puede construirse a partir del diálogo, la escucha y el reconocimiento de la verdad. Cuando las víctimas tienen la oportunidad de contar sus experiencias y quienes ocasionaron el daño aceptan su responsabilidad, se abre un espacio para dignificar a

quienes durante años permanecieron en silencio. La verdad no devuelve la vida ni elimina el sufrimiento, pero permite comprender los hechos y comenzar un proceso de sanación individual y colectiva.

No obstante, alcanzar la reconciliación exige un compromiso que va más allá de las instituciones. La paz se construye diariamente mediante acciones de respeto, empatía y solidaridad. Escuchar al otro, reconocer sus diferencias y comprender su historia son prácticas que fortalecen la convivencia y previenen que los errores del pasado vuelvan a repetirse. La educación desempeña un papel fundamental en este propósito, pues forma ciudadanos capaces de resolver los conflictos mediante el diálogo, y no mediante la violencia.

Asimismo, preservar la memoria histórica constituye un acto de responsabilidad con las nuevas generaciones. Olvidar el pasado podría conducir a repetirlo; recordarlo, en cambio, permite aprender de él. Conocer las historias de quienes sufrieron el conflicto no busca alimentar el resentimiento, sino fortalecer una conciencia colectiva basada en el respeto por los derechos humanos y la dignidad de todas las personas.

La construcción de una sociedad más justa no depende únicamente de las decisiones del Estado. Cada ciudadano tiene la posibilidad de contribuir al cambio mediante pequeñas acciones cotidianas que promuevan el respeto, la tolerancia y la resolución pacífica de los conflictos. La paz comienza en los hogares, en las escuelas y en cada espacio donde las personas deciden escuchar antes que juzgar y dialogar antes que imponer.

En definitiva, la verdad constituye el cimiento sobre el cual puede edificarse una paz auténtica y duradera. No basta con que un conflicto llegue a su fin si el dolor de las víctimas permanece oculto, si las heridas continúan abiertas o si las nuevas generaciones desconocen las lecciones que dejó el pasado. La justicia no se limita a sancionar a quienes causaron daño; también implica reconocer la dignidad de quienes sufrieron, escuchar sus voces y garantizar que sus historias no sean condenadas al olvido.

La reconciliación no surge de un decreto ni de un acuerdo firmado, sino de un proceso humano en el que la verdad, el reconocimiento y la responsabilidad permiten reconstruir la confianza perdida.

Aunque ninguna decisión podrá devolver las vidas arrebatadas ni borrar el sufrimiento de miles de familias, cada testimonio escuchado, cada verdad revelada y cada acto de reparación representan un paso hacia una sociedad más consciente y comprometida con la dignidad humana.

Sin embargo, construir la paz no es una tarea exclusiva de las instituciones. Es una responsabilidad que también recae en cada ciudadano. La forma en que resolvemos nuestras diferencias, la manera en que escuchamos al otro y la disposición para comprender realidades distintas son acciones cotidianas que fortalecen una cultura de paz. La reconciliación comienza cuando dejamos de ser espectadores del pasado y asumimos el compromiso de transformar el presente con empatía, respeto y solidaridad.

Recordar no significa permanecer anclados al dolor; significa reconocer la historia para impedir que vuelva a repetirse. Solo una sociedad que valora la memoria puede construir un futuro más justo, donde las diferencias no se conviertan en violencia y donde el diálogo prevalezca sobre el odio. La paz, entonces, deja de ser un ideal lejano para convertirse en una decisión que se construye cada día, en cada palabra, en cada acto de justicia y en cada oportunidad que damos a la verdad para abrir camino a la esperanza.



NOMBRE

Melanie Valentina Miranda Cristancho

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Colegio Oficial Nuestra Señora del Rosario

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Málaga , Santander

Melanie Valentina Miranda Cristancho, de catorce años, residente de Málaga, Santander, y estudiante del Colegio Oficial Nuestra Señora del Rosario, presenta el ensayo «Otras memorias: las víctimas del conflicto armado son más que números». En esta obra, la autora demuestra una notable solidez argumentativa y una madura voz crítica al abordar el proceso de construcción de memoria histórica en Colombia. Su escrito trasciende las cifras oficiales para destacar el valor inestimable de los relatos orales y la sabiduría de las personas mayores como pilares de justicia, reconciliación y sanación comunitaria. Con una estructura clara y un conmovedor enfoque humano, la participante ofrece un aporte valioso que promueve la empatía intergeneracional y enriquece las reflexiones sobre la paz en la presente edición.

Otras memorias: las víctimas del conflicto armado son más que números

¿Cómo no olvidar el pasado? En Colombia el conflicto armado ha transcurrido durante más de cinco décadas, donde grupos al margen de la ley, paramilitares y narcotraficantes no solo afectaron el estado y a las instituciones del gobierno, sino que, también, durante la confrontación armada fueron muchos los ciudadanos que vivieron los efectos de este, por lo que se puede decir que no se ha llegado a todas las historias y relatos de cada una de las víctimas, lo que deduce que el proceso de memoria histórica y reparación del conflicto no está completo, ya que las causas por las que inició este conflicto sirven a una doble moral: las confrontaciones de las Fuerzas Armadas de Colombia (Farc) surgieron con el propósito de enfrentarse al estado, argumentado la búsqueda de justicia y la defensa de los sectores más vulnerables. Aunque con el paso del tiempo sus acciones se alejaron de esos ideales iniciales, realizando delitos como secuestro, homicidios y reclutamiento forzado. Por esto es necesario incluir la experiencia y sabiduría de nuestros abuelos en los asuntos de paz, ya que, para el mantenimiento de la memoria, sus recuerdos sirven de contexto e ilustración de muchos detalles que no conocíamos, lo que permite una mayor comprensión del conflicto.

La memoria histórica no debe limitarse a solo entender la guerra, sino que también es un proceso para devolver la

dignidad a quienes la violencia intentó silenciar y borrar; es decir, además de cuestionarnos por qué nació o por qué sigue la violencia, debemos enfocarnos en las acciones que ayudan a reparar lo que esta rompió. Para esto se necesita la recuperación histórica, pero esta no solo son cifras e información oficial, sino que se construye de los relatos, emociones y vivencias de cada víctima, quienes mediante el ejercicio de hacer memoria se convierten en una forma de justicia y sanación para ellos, ya que los crímenes sufridos tuvieron un alto nivel de impunidad.

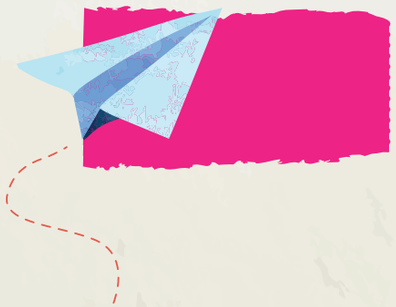
Un conflicto tan largo como el de Colombia ha tenido varias iniciativas de memoria colectiva que se centran en los abuelos y abuelas, porque ellos son los principales testigos del enfrentamiento al haber experimentado la violencia en carne propia, y a pesar de la letalidad de la confrontación armada están aquí. Haber sobrevivido les permite transmitir ese conocimiento acumulado a las nuevas generaciones, pero sus historias no solo están pintadas de rojo, sino de valentía. Todos sus testimonios nos ayudan a sanar, a facilitar el perdón y a mejorar las relaciones a nivel personal y colectivo.

En Colombia han ocurrido muchos crímenes, como la masacre de Trujillo, Valle del Cauca, entre 1986 y 1994. Después de este enfrentamiento, los habitantes crearon sus propias iniciativas de recolección de memoria histórica; una de ellas, llamada «Las voces de los mayores de Trujillo». Esta iniciativa busca que las nuevas generaciones conozcan la realidad de su historia, que ha querido ser silenciada por muchos y escuchada por pocos. Durante estos espacios se ha logrado sensibilizar y sanar.

Los niños saben los sufrimientos de uno, a veces hasta los comparten, pues muchos también han visto morir a sus familiares. Hablar con ellos nos ayuda a la reconciliación, a somatizar el dolor cuando podemos contarlo. Además, también podemos transmitir nuestra experiencia y sabiduría a los niños, niñas y jóvenes de Trujillo (Trinidad Páez, miembro de AFAVIT).

La violencia deja más que víctimas y hechos horribles, también rompe vínculos y comunidades llevándonos a una historia que se reconoce desde las propias heridas. Es decir, aunque el conflicto dejó muchas cicatrices en la vida de las personas, lo más importante es cómo se reacciona, se resiste y se reconstruye frente a este daño; pero también el dolor guardado y el trauma, que aún no han sanado, salen a la luz para ser compartidos en comunidad.

En conclusión, buscar nuevas formas de ver el conflicto permite encontrar nuevos caminos, darle un nuevo sentido al dolor, expresar el trauma a través de actos en comunidad y aceptar socialmente cada sufrimiento. Las historias de los abuelos son importantes porque nos conectan con nuestras raíces y muestran una parte de la historia no vista en los libros, sus relatos nos dan lecciones de vida donde sobresalen valores como la resiliencia; además, nos dan enseñanzas que fortalecen la identidad y generan una sociedad más empática. Escuchar a nuestros mayores crea un puente entre el pasado y el futuro.





NOMBRE

Jenny Katerine Leal Pardo

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad Sergio Arboleda

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bogotá D.C., Bogotá D.C.

Jenny Katerine Leal Pardo, de Bogotá D. C., estudiante de la Universidad Sergio Arboleda, presenta en su ensayo «Un camino tejido con esperanza y memoria» una lúcida reflexión sobre la transformación social del país tras la firma del Acuerdo de Paz de 2016. Desde una perspectiva analítica y empática, la autora examina los avances, las deudas pendientes y la complejidad de una paz en permanente construcción en este 2026. Con una estructura argumentativa sólida, claridad conceptual y una voz crítica madura, la obra equilibra el contexto histórico con una visión de futuro basada en la justicia social. Su punto de vista destaca por la sensibilidad con que aborda el valor del diálogo y la reconstrucción del tejido comunitario, constituyendo un aporte profundamente esperanzador a la presente edición.

Un camino tejido con esperanza y memoria

Durante más de medio siglo, Colombia cargó sobre sus hombros una historia marcada por el conflicto armado, un ciclo de violencia que dejó huellas profundas en cada rincón de su geografía y en el corazón de su gente. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), nacidas en medio de la desigualdad y la falta de oportunidades en el campo, se convirtieron en el protagonista principal de una guerra que separó familias, desplazó comunidades enteras y convirtió el miedo en un compañero cotidiano para millones de colombianos. En ese entonces, las montañas, los ríos y los caminos no eran espacios de vida, sino territorios de disputa, donde el silencio no era paz, sino la señal de que la violencia podía estallar en cualquier momento. Sin embargo, esa historia cambió, no de golpe ni de forma perfecta, pero sí de manera irreversible, cuando en 2016 se firmó el Acuerdo de Paz: el momento en que el país decidió cambiar los fusiles por la palabra, y la guerra, por la construcción de un futuro común.

Las Farc, como grupo armado, pusieron fin a su lucha bélica y comenzaron una nueva etapa: la de la participación política, la reintegración a la sociedad y la reparación de los daños causados. Este paso no fue fácil ni exento de dificultades. Muchos de sus integrantes, hombres y mujeres que habían

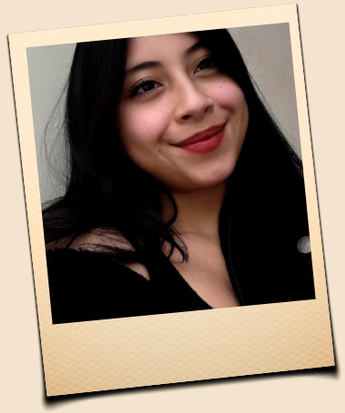
crecido sin conocer otra realidad que la guerra, tuvieron que aprender a vivir en libertad, a estudiar, a trabajar la tierra, a formar familias y a expresar sus ideas sin recurrir a la fuerza. Para las comunidades que vivieron bajo su influencia o que sufrieron sus acciones, el cambio también fue inmenso: dejó de haber controles ilegales en las carreteras, desaparecieron las órdenes que obligaban a abandonar los hogares y poco a poco empezaron a llegar servicios que antes eran impensables: escuelas, centros de salud, carreteras y presencia del Estado en zonas donde durante décadas solo hubo abandono y conflicto.

Hoy, en este año 2026, lo que vive Colombia es una realidad compleja, llena de luces y sombras, pero profundamente transformadora. No es una paz terminada ni perfecta, como muchos esperaban al principio, sino una paz en construcción, hecha de pasos pequeños, pero firmes, y de retos que siguen presentes. Por un lado, se respira una libertad que antes no existía: los niños crecen sin saber lo que es escuchar disparos cerca de sus casas; los campesinos siembran y comercializan sus productos sin miedo a ser extorsionados o desplazados; las víctimas tienen espacios para contar sus historias, buscar verdad y exigir justicia, y los antiguos enemigos comparten ahora las mismas plazas, las mismas aulas y los mismos proyectos comunitarios. La tierra, que durante tanto tiempo fue escenario de dolor, hoy vuelve a ser fuente de vida y progreso. Pero, por otro lado, la paz todavía tiene deudas pendientes. Aunque las Farc ya no son una amenaza armada, persisten otros grupos ilegales que ocupan espacios que antes controlaban, aprovechando economías ilícitas que siguen siendo un reto para la seguridad y el desarrollo.

Hay regiones donde las promesas del acuerdo aún no se han cumplido por completo, donde la pobreza sigue siendo una realidad y donde las comunidades esperan todavía que lleguen las oportunidades prometidas. También queda la gran tarea de sanar las heridas de la memoria: millones de personas que perdieron a seres queridos, que fueron desplazadas o que vivieron años de miedo necesitan que su dolor sea reconocido y que la justicia sea una realidad tangible, no solo una palabra en los documentos.

Lo más hermoso de este proceso es entender que la paz no es simplemente la ausencia de guerra. La paz que se construye hoy en Colombia es mucho más grande: es la presencia de justicia social, de igualdad, de oportunidades para todos, de respeto por la vida y por las diferencias. Es aprender a resolver los conflictos hablando, escuchando al otro, reconociendo los errores del pasado para no repetirlos y construyendo juntos un país donde todos quepan. Es ver que los caminos que antes estaban prohibidos ahora son rutas de progreso; que las montañas que antes guardaban secretos de guerra hoy guardan sueños de futuro, y que el río que antes corría en silencio por miedo hoy corre libre, cantando la historia de un pueblo valiente que decidió dejar de matarse para empezar a entenderse.

Colombia hoy es un país que camina, que avanza, que aprende cada día a ser mejor. La paz no se regala: se construye, se cuida y se defiende con cada acción, con cada palabra, con cada paso que damos. Y aunque todavía falta mucho por recorrer, lo más importante ya está ganado: la decisión colectiva de que la guerra quedó atrás y que el futuro que queremos es un futuro de paz, dignidad y esperanza para todos.



NOMBRE

Karen Sofía Piscal Viteri

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad de Nariño

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Pasto, Nariño

Karen Sofía Piscal Viteri, de Pasto, estudiante de la Universidad de Nariño, presenta un ensayo de marcada profundidad reflexiva sobre el papel transformador de la memoria histórica en la construcción de la paz en Colombia. La autora demuestra una sobresaliente solidez argumentativa al diferenciar con lucidez conceptual la acumulación de datos frente a la verdadera apropiación ética y colectiva de la verdad. Con una voz crítica madura, persuasiva y contundente, articula referencias institucionales y conceptuales para abordar la desensibilización social ante la violencia y apelar al compromiso generacional de los jóvenes. Su estructura es limpia y su lenguaje evidencia rigor analítico y sensibilidad. Esta obra destaca como una valiosa aportación al debate democrático y la reconciliación del país.

Sin memoria no hay paz. Sin paz no hay futuro

Colombia conoce su historia de violencia. La tiene documentada en informes, archivos, en miles de testimonios recogidos durante años por instituciones creadas precisamente para eso. El conflicto armado no es un secreto: sus cifras, sus responsables y sus víctimas han sido estudiados, debatidos y reconocidos oficialmente. Sin embargo, algo falla. Porque un país que conoce su historia pero sigue repitiendo sus patrones no tiene memoria: tiene información. Y la diferencia entre las dos es, exactamente, la distancia que nos separa de la paz. Comprender esa diferencia resulta indispensable para entender por qué la memoria histórica constituye un requisito para la reconciliación y la no repetición. La memoria no es simplemente saber que algo ocurrió. Es comprender qué lo produjo, qué dejó y dejar que ese entendimiento cambie la forma en que tomamos decisiones colectivas. Sin ese paso, el reconocimiento del conflicto se queda en el papel. Colombia lleva décadas acumulando verdad sin traducirla en aprendizaje, y eso tiene consecuencias concretas en cómo nos relacionamos, en quiénes elegimos y en qué tipo de discursos estamos dispuestos a tolerar.

La Comisión de la Verdad entregó en 2022 uno de los documentos más exhaustivos que país alguno haya producido sobre el conflicto. El Informe Final recoge décadas de violencia, nombra a las víctimas, identifica patrones y hace recomendaciones precisas para evitar la repetición. Es, en todos los sentidos, un ejercicio de memoria institucional sin precedentes. Y aun así, su impacto en la conciencia colectiva ha sido limitado.

Eso no es una coincidencia, la investigación sobre la reconciliación en Colombia muestra que el acceso a la verdad no produce automáticamente un cambio en la percepción ciudadana. El Barómetro Colombiano de Reconciliación de 2019 encontró que la disposición a percibir la memoria como herramienta de reconciliación depende no solo de conocer los hechos, sino de desarrollar empatía hacia quienes los vivieron y de confiar en que los mecanismos de justicia funcionan (...). Sin esos elementos, la verdad documentada coexiste con la indiferencia. Se sabe lo que pasó, pero no se siente como propio.

Esa es la brecha que define a Colombia como el país sin memoria: no la ausencia de información, sino la incapacidad colectiva de conectar esa información con las decisiones del presente.

Una sociedad con memoria real no es aquella que conmemora sus tragedias en fechas específicas. Es aquella que reconoce, en las dinámicas del presente, los mismos patrones que produjeron esas tragedias. Es aquella que identifica cuándo un discurso normaliza la violencia, cuándo una decisión política reproduce la exclusión, cuándo el miedo está siendo usado como argumento en lugar de la razón.

Colombia ha demostrado en repetidas ocasiones que esa capacidad de reconocimiento falla. Los discursos que históricamente han antecedido o justificado la violencia, la estigmatización del que piensa distinto, la criminalización de la protesta y la idea de que ciertos colombianos valen menos que otros siguen circulando con relativa normalidad en el debate público. Y siguen teniendo eco. No porque la gente desconozca lo que esos discursos han producido en el pasado, sino porque la conexión entre ese pasado y el presente no se ha construido con suficiente solidez.

La Comisión de la Verdad lo señaló con precisión: Colombia está atrapada en un «modo guerra» en el que le cuesta concebir que quienes piensan distinto no son enemigos (CEV, 2022). Esa lógica no es solo un rezago del conflicto armado. Es una forma de relacionarse que se reproduce en la política, en las redes sociales, en la vida cotidiana, cada vez que elegimos el enfrentamiento sobre el entendimiento.

La evidencia sobre el impacto de la memoria en comunidades que han vivido el conflicto directamente ofrece una perspectiva diferente. Las investigaciones con víctimas colombianas muestran que quienes procesan su experiencia en espacios colectivos, donde el dolor propio se pone en diálogo con el de otros, desarrollan una comprensión más amplia del conflicto y una mayor disposición a reconocer el sufrimiento ajeno (Rico Revelo **et al.**, 2023). No porque olviden lo que vivieron, sino porque aprenden a leerlo dentro de un contexto más grande que el propio.

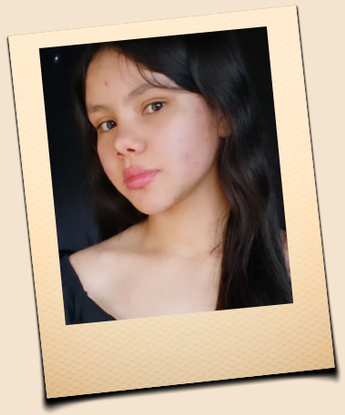
Ese proceso es exactamente lo que falta a nivel colectivo. Una sociedad que aprende a leer su historia de violencia no como una serie de eventos aislados, sino como un patrón con causas y consecuencias identificables, adquiere una

herramienta real para no repetirlo. Como afirmó la Comisión de la Verdad: «el reconocimiento de la verdad permite sanar las heridas de las víctimas, transformar a los responsables y abrir el camino para construir unidos el futuro» (CEV, 2022, p. ¿?). La memoria no garantiza la paz, pero sin ella la paz no tiene fundamento.

Quienes tenemos hoy entre catorce y veintitrés años no decidimos el conflicto, pero vivimos en el país que este produjo. Heredamos la desconfianza, la polarización y cierta resignación ante la idea de que Colombia siempre ha sido así y siempre lo será. Pero también heredamos algo que generaciones anteriores no tuvieron en la misma medida: la verdad documentada, los testimonios preservados, el Informe Final de una Comisión que trabajó años para que no hubiera excusa para el olvido.

Usar esa herencia no es un privilegio académico. Es una responsabilidad generacional. La memoria no se construye sola ni se mantiene sin esfuerzo: requiere que cada generación decida activamente conectar el pasado con el presente, reconocer los patrones cuando reaparecen y negarse a normalizarlos. Eso es lo que significa tener memoria. Sin memoria no hay paz. Sin paz no hay futuro. Y construir ese futuro depende, más que de cualquier acuerdo o institución, de que cada colombiano decida recordar.





NOMBRE

Karol Daniela Pichica Motta

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Santa Marta

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Garzón, Huila

Karol Daniela Pichica Motta, de quince años, residente en Garzón, Huila, y estudiante de la I. E. Santa Marta, nos presenta un ensayo caracterizado por una notable sensibilidad reflexiva e impecable solidez conceptual. La autora parte de un testimonio familiar para trascender la memoria íntima hacia una dimensión ética colectiva. Con una voz crítica madura, analiza cómo la violencia arrebató la posibilidad de construir recuerdos, entrelazando su relato con referentes literarios e instituciones como la JEP. La claridad de su argumento propone que la paz inicia en el hogar mediante el respeto al dolor ajeno, alejando a las víctimas de frías cifras estadísticas. Esta valiosa obra destaca en la presente edición por transformar el dolor en compromiso ético mediante una narrativa genuina y transformadora.

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

Vestigios de una ausencia

—Abuela, ¿alguna vez tuviste miedo?

—No —me respondió enseguida.Se quedó mirando el patio de la casa con una mirada medioperdida, pero ella parecía estar viendo otro lugar, uno al que yo no podía llegar. Después de unos segundos, levantó la mirada y me dijo:

—Sí, mija, y ojalá nunca te toque sentir un miedo como ese.

Hasta ese momento, yo solo conocía la parte tranquila de la vida de mi abuela. La veía preparar café, cuidar de su jardín y ponerse muy feliz cuando la íbamos a visitar. Nunca imagine que detrás de esa calma que transmitía existía una historia marcada por la violencia, una que durante muchos años había permanecido en silencio. Ese día me contó que tuvo que abandonar su hogar con lo poco que alcanzo a cargar; dejó atrás la casa donde había construido tantos recuerdos, las personas que había conocido desde siempre y la tranquilidad con la que pudo vivir. También me habló de mi abuelo, a quien nunca tuve la oportunidad de conocer porque el conflicto armado le arrebató la vida antes de que yo naciera. Mientras ella hablaba no lloraba; creo que las lágrimas las había dejado muchos años atrás. Lo único que quedaba era una tristeza que el tiempo nunca le ayudó a olvidar. Hasta ese momento, yo pensaba que el conflicto

armado era algo que solo existía en los noticieros, pero ese día entendí que también hacía parte de la historia de mi familia.

A veces me pregunto cómo habría sido conocer a mi abuelo. Me imagino cómo sería su voz y qué consejos me hubiera dado. Me va a doler siempre no poder escuchar su historia desde su propia voz. Tuve que conocerlo a través de los recuerdos de mi abuela, de las pocas fotografías que quedan de él y de todo lo que la violencia no pudo borrar. Entonces comprendí que el conflicto armado no solo le arrebató la vida a miles de colombianos, también le arrebató a muchas familias la posibilidad de construir recuerdos con los que ya no están.

Días después, mientras leía *Cien años de soledad*, encontré una frase de Gabriel García Márquez que me hizo pensar en mi abuelo: «las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra» (2017, p. 433). Cuando leí esa frase no solo pensé en Macondo; pienso en mi familia y en todas las personas que nunca tuvieron la oportunidad para volver a abrazar a quienes querían tanto o para cumplir los sueños que aún les quedaban. Mi abuela nunca me enseñó a odiar; siempre me enseñó a recordar y a entender que el rencor no devuelve a los que ya no están, y que la memoria es una forma de hacerles un lugar en el presente.

Muchas veces creemos que la paz depende de quienes gobiernan un país. Yo pienso que también empieza en nuestras casas, cuando escuchamos las historias de nuestros viejos y respetamos el dolor de los demás. Hoy en día entidades como la JEP (Jurisdicción Especial para la Paz) son muy importantes porque apoyan a las víctimas y acompañan a las personas que lo han perdido todo a causa del conflicto armado. Su labor nos demuestra que el camino hacia la reconciliación no se logra olvidando, sino cuando dejamos de ver a las víctimas como simples cifras para verlas, más bien, como personas que tenían una vida, una familia y un futuro que les fueron arrebatados. Ese día mi abuela terminó de hablar; yo no supe qué decir, solo pensé que nunca podré escuchar la historia de mi abuelito Jaime desde su propia voz. Y entendí que precisamente por eso nos corresponde cuidar la historia de quienes ya no pueden contar la suya.

Referencias bibliográficas

García Márquez, G. (2017). *Cien años de soledad*. Penguin Random House Grupo Editorial. Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). *Información institucional sobre el apoyo a las víctimas y la justicia restaurativa en Colombia*.



ENSAYO

Categoría Adultos



Concurso Nacional
Historias de Paz
2026
de Escritura



NOMBRE

William Fernando González Sánchez

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Chiloé

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Soacha, Cundinamarca

William Fernando González Sánchez, de Soacha, Cundinamarca, vinculado a la I. E. Chiloé, propone en su ensayo «Pensando en paz» una honda reflexión sobre la convivencia humana tras el cese del conflicto armado. El autor despliega una solidez argumentativa notable al cuestionar la paz concebida solo como ausencia de violencia. Con una voz crítica y madura, apoyada acertadamente en referentes filosóficos como Benjamin, Sartre y Arendt, trasciende el enfoque jurídico para ubicar el problema en el ámbito moral, la libertad y la formación del juicio individual mediante la educación. Su arquitectura conceptual es impecable, logrando una prosa fluida que articula la responsabilidad ética con el espacio escolar. Es una pieza ensayística rigurosa y lúcida que enriquece el debate contemporáneo sobre la paz cotidiana.

Ensayo

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

Pensando en paz

Tal vez nos hemos acostumbrado a pensar que la paz comienza allí donde termina la violencia. Cuando los fusiles callan y las firmas sellan los tratados, creemos haber alcanzado aquello que durante siglos hemos anhelado: vivir en paz. Sin embargo, esa convicción resulta insuficiente. La experiencia histórica muestra que, incluso en contextos donde la guerra ha cesado, los individuos continúan ejerciendo formas de violencia que atraviesan el lenguaje, las instituciones y las relaciones cotidianas, desde las cuales se excluye la diferencia, se humilla la vulnerabilidad, se invisibiliza a quienes no tienen voz y se instrumentaliza al otro en función de los intereses de quienes detentan el poder. En este sentido, la violencia no desaparece con el fin del conflicto; se transforma, se desplaza y encuentra nuevas formas de manifestación. Precisamente porque la violencia no se reduce a la confrontación armada, puede sobrevivir al conflicto e instalarse silenciosamente en las estructuras que organizan la vida social. De ahí que Walter Benjamin advirtiera que la violencia no constituye un accidente excepcional de la historia, sino una realidad que permanece inscrita en las instituciones y en las relaciones más ordinarias de la existencia humana. Si esto es así, quizá el verdadero problema no consista únicamente en explicar cómo termina la violencia, sino en comprender qué condiciones hacen

Categoría Adultos

posible una forma distinta de convivencia. Solo desde esa pregunta la paz deja de ser el nombre con el que designamos el fin de la guerra y comienza a revelarse como un problema filosófico cuya respuesta exige repensar la formación del ser humano.

Aceptar esta premisa implica reformular la pregunta que durante décadas ha orientado la comprensión del conflicto. La cuestión ya no consiste en indagar por las formas que permitirían erradicar la violencia, sino en comprender qué tipo de ser humano hace posible la paz. Frente a este desafío, las sociedades han respondido mediante leyes, mecanismos de control e instituciones destinadas a regular la convivencia. Sería un error desconocer su importancia, pues han permitido contener diversas manifestaciones de la violencia y establecer condiciones mínimas para la vida en común. Sin embargo, todas estas respuestas encuentran un límite fundamental: las instituciones pueden regular la conducta, pero no sustituir el juicio desde el cual cada individuo decide cómo actuar frente al otro. Ninguna ley puede producir, por sí sola, el reconocimiento de la dignidad del otro, del mismo modo que ningún tratado puede garantizar una convivencia auténticamente pacífica. Es precisamente en ese límite donde la paz deja de ser un problema exclusivamente jurídico o político para convertirse, ante todo, en un problema moral que remite inevitablemente a la formación del ser humano.

Ahora bien, que la paz se revele como un problema moral significa que su posibilidad no depende únicamente de las condiciones externas que regulan la convivencia, sino, ante todo, de la capacidad del ser humano para decidir cómo actuar frente al otro. Ninguna institución puede asumir esa decisión en su lugar. Las normas orientan, prohíben y sancionan; sin embargo, no pueden reemplazar el juicio desde el cual cada individuo responde por sus actos. Precisamente porque esa decisión no puede ser delegada, y tampoco puede transferirse la responsabilidad que de ella se deriva. Es en este punto donde la libertad adquiere un sentido distinto: deja de comprenderse como la simple facultad de elegir entre diversas alternativas para revelarse como la condición que hace ineludible la responsabilidad por cada elección. Esta imposibilidad de renunciar a la propia decisión es la que Jean-Paul Sartre expresa al afirmar que el ser humano está condenado a ser libre. Incluso la obediencia, el silencio o la indiferencia constituyen elecciones que comprometen moralmente a quien las realiza, pues nadie puede sustraerse a la responsabilidad de decidir. La paz, por tanto, no depende únicamente del orden que las instituciones consiguen preservar, sino de la manera en que cada sujeto asume la responsabilidad inherente al ejercicio de su libertad.

Pero si nadie puede decidir en lugar del sujeto, tampoco puede suponerse que la capacidad de juzgar responsablemente sea una disposición espontánea. Precisamente porque la paz depende de decisiones que ninguna institución puede asumir en nombre de los individuos, la formación de ese juicio se convierte en una tarea ineludible. Es en este horizonte donde Hannah Arendt permite comprender el sentido profundo de la educación. Educar significa introducir a quienes llegan al mundo en una realidad que los precede y respecto de la cual también deberán asumir responsabilidades. No es, únicamente, transmitir conocimientos o preservar una tradición cultural, sino formar la capacidad de comprender que toda decisión afecta el mundo compartido. Desde esta perspectiva, la escuela deja de ser el lugar donde simplemente se aprenden normas de convivencia para

convertirse en el espacio donde el juicio encuentra la posibilidad de formarse mediante el encuentro con el otro, la deliberación y el reconocimiento de la diferencia. Solo así la educación deja de responder a una finalidad instrumental y se convierte en la condición que hace posible la construcción de una paz sustentada en la responsabilidad de quienes la hacen cotidiana.

Llegados a este punto, la paz deja de aparecer como un estado que sobreviene cuando cesa la violencia para revelarse como una posibilidad que depende de la manera en que los seres humanos asumen la responsabilidad de vivir con otros. Los tratados pueden detener la guerra, las leyes pueden contener la violencia y las instituciones pueden hacer posible la vida en común. Todas estas son condiciones necesarias, pero ninguna resulta suficiente si quienes las sostienen carecen de la capacidad de juzgar responsablemente sus propias acciones. El verdadero desafío consiste en preguntarnos no solamente cómo construir sociedades más seguras, sino cómo formar seres humanos capaces de reconocer en el otro el límite de su propia libertad. Solo entonces la paz deja de ser el silencio de las armas para convertirse en una decisión que se renueva cada día en la conciencia de quienes habitan el mundo.





NOMBRE

María Alejandra Camelo Betancourt

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad Industrial de Santander

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bucaramanga, Santander

María Alejandra Camelo Betancourt, de Bucaramanga y vinculada a la Universidad Industrial de Santander, presenta en su ensayo una profunda reflexión sobre la reconciliación y la paz desde la vivencia personal. A través de un tono íntimo y analítico, la autora explora la construcción identitaria dentro del contexto del conflicto armado colombiano. Su texto destaca por una solidez argumentativa que entrelaza la memoria individual con el deber ciudadano y ético. Con claridad conceptual y una voz crítica madura, trasciende el dolor histórico para proponer una paz interior activa, capaz de transformar la realidad comunitaria. Esta obra constituye un aporte sumamente valioso y estimulante que enriquece la mirada reflexiva de la presente edición.

La paz inicia en un corazón

La mayoría de los ciudadanos colombianos conocemos desde nuestros primeros años de entendimiento el relato de un conflicto interno. Quienes tuvimos la oportunidad de llegar a la educación media aprendimos que la denominada guerra estuvo precedida por un conflicto bipartidista y constantes tensiones políticas, como si nuestra historia solo pudiera contarse a través de la violencia.

Quienes crecimos en los hogares donde se acostumbra a tener de fondo los medios de comunicación mientras se comparten los alimentos aprendimos a normalizar las noticias del devastador fuego cruzado, del desplazamiento forzado y de toda la barbarie, acompañadas de los comentarios de los adultos a nuestro alrededor vociferando el odio hacia una de las partes, y de a poco el relato de los primeros años se convirtió en lo identitario de un país. En mi caso, no sabía exactamente el porqué de la guerra, pero sostuve el mismo discurso que compartían algunos familiares y mis compañeros de colegio: solo sabía que debía acabarse un grupo que levantó las armas en contra de su pueblo.

Crecimos entre el amor infinito por un país resiliente, de personas alegres, de nuestra riqueza cultural y la limitación diaria que nos deja el conflicto, territorios a los que no

podíamos acceder, nuestras familias temerosas de los combates cercanos o lejanos; la disonancia hecha patria.

Mientras fui creciendo se fueron acumulando en mí las historias de dolor contadas por los adultos, relatos que mi mente difícilmente comprendía. De manera casi que transversal, la educación empezó a ofrecerme herramientas para reconocer cuál era nuestra historia y el porqué del llamado conflicto armado interno. Sin embargo, mi conclusión de lo aprendido fue que nada justificaba el sufrimiento de millones de personas.

Viví parte de mi niñez en Norte de Santander, un departamento donde la violencia no era un capítulo de los libros de historia, sino la realidad latente del departamento. Aun cuando mi núcleo familiar no fue víctima directa de la guerra, bastaba escuchar las conversaciones de quienes sí lo habían sido para comprender que el conflicto era parte de la vida de todos. Más adelante, después de cambiar nuevamente de ciudad por los constantes combates cercanos a Ocaña, llegué a un territorio donde, aun existiendo las cicatrices de la violencia, era posible percibir un ambiente de mayor tranquilidad; fue San Alberto, municipio del Cesar. Hoy en día creo que, aunque uno se aleje geográficamente de los escenarios del conflicto, nunca deja de pertenecer al mismo país. El conflicto no es solo de quien lo vive en su territorio.

De cuando cumplí quince años recuerdo la esperanza que despertó la firma del Acuerdo de Paz. Parecía abrirse una oportunidad para reemplazar décadas de violencia por instituciones, diálogo y reconciliación. Nuevamente no entendía muy bien cómo se lograría todo, pero no podía hacer otra cosa más que creer.

Así pasaron los años, hasta que tuve la dicha de ingresar a la universidad pública. Fue precisamente mi formación profesional la que me permitió comprender que la paz nunca iba a ser perfecta ni inmediata, pero que estaba reconstruyendo tejido social que yo no podía observar porque no estaba en los territorios especialmente afectados, pero sí podía respetar y comprender, porque quienes le apostaban a la paz eran quienes sabían del dolor del conflicto. Aunque un acuerdo de paz no eliminaría el dolor acumulado durante décadas ni satisfaría plenamente el deseo de justicia de todas las víctimas, era más esperanzador que cualquier otro escenario. Los mecanismos que nos deja el proceso de paz no devuelven las vidas que se fueron por la guerra, pero sí evitaran que no se pierdan más sueños en nombre de lo bélico. Los mecanismos para garantizar la verdad, la reparación y la no repetición representan algo más que lo firmado el 26 de noviembre de 2016, estos constituyen la posibilidad de construir una sociedad distinta.

Hoy, sé que esa esperanza no ha sido únicamente mía. Somos muchos quienes, pese a las turbulencias de este proceso, seguimos creyendo que Colombia merece una oportunidad diferente. Como profesional del derecho debo advertir que, en el conocimiento adquirido por la historia propia de las civilizaciones que han creado todo un ordenamiento para traer la paz a sus tierras, muchas veces la justicia más valiosa es aquella que impide que la tragedia vuelva a repetirse.

Con todo lo anterior, la conclusión necesaria de esta vida tratando de aprender y reaprender sobre el conflicto es que el no haber tenido que despedir a un familiar por el conflicto no me hace lejana a este. Por haber nacido en este país de personas resilientes generosas e inquebrantables debo promover la paz, aunque sea solo desde mi propio actuar,

porque también es la otra perspectiva de esta gran nación de inmensa riqueza cultural, natural y humana. El amor por Colombia exige trabajar por la paz, respetar las instituciones creadas para protegerla y comprender que la reconciliación no significa olvidar, sino impedir que el ciclo de la violencia continúe.

La paz comienza mucho antes que cualquier acuerdo o decisión política. Empieza en la forma en que tratamos a quienes piensan diferente, en la disposición para servir a nuestra comunidad, en el respeto por las instituciones, en la solidaridad con quien sufre y en la decisión consciente de no responder al odio con más odio. No podemos seguir entregando a las futuras generaciones la idea de que Colombia está condenada a vivir eternamente en guerra.

La paz inició en mi corazón cuando entendí que reconciliarse con el otro también era una forma de reconciliarme con mi país. Desde entonces procuro que mis palabras construyan puentes, y no barreras. Porque si algún día Colombia alcanza la paz que tanto hemos esperado, estoy convencida de que habrá comenzado, silenciosamente, en el corazón de muchos de nosotros.





NOMBRE

Juan Diego López Fernández

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad del Cauca

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Popayán, Cauca

Juan Diego López Fernández, de Popayán y vinculado a la Universidad del Cauca, presenta «Aprender a reconocer la paz», un ensayo que reflexiona sobre la paz cotidiana y la pedagogía de la memoria en contextos marcados por el conflicto armado. La obra destaca por su solidez argumentativa y la claridad de su voz crítica, construyendo un discurso empático que trasciende las nociones institucionales para enfocar la paz en las decisiones de persistencia de estudiantes y docentes rurales. Con una estructura limpia y un lenguaje sobrio pero conmovedor, el autor cuestiona la concepción tradicional del mérito educativo. Su análisis sobre la resistencia silenciosa constituye un valioso aporte conceptual e ideológico, posicionando a la educación como una apuesta firme de esperanza frente a la violencia territorial.

Aprender a reconocer la paz

Los sábados doy clase a jóvenes que conocen mejor el precio de un jornal raspando coca que el de un libro. Algunos trabajaron la noche anterior, otros recorren durante más de una hora las carreteras que conectan las veredas de Cajibío, Piendamó y Morales con el colegio. Cuando entran al salón descubro que todos comparten una decisión que resulta esperanzadora: volver a estudiar en un territorio donde la guerra sigue disputándose la vida cotidiana.

Durante mucho tiempo creí que la paz era un tema que debía enseñarse. Hoy pienso algo distinto, pues antes de enseñarla hay que aprender a reconocerla. Y esa convicción no nació de un libro ni de un documento oficial. Nació escuchando a mis estudiantes.

En Colombia solemos hablar de la paz como un acuerdo, una negociación o una política pública. Todo ello es indispensable. Sin embargo, existe otra paz, menos visible, que rara vez ocupa los titulares; me refiero a la que se construye cuando una persona decide no permitir que el conflicto determine por completo su futuro. Esa paz no suele aparecer en los discursos; aparece en las decisiones cotidianas.

Muchos de mis estudiantes abandonaron el colegio porque necesitaban trabajar para mantenerse. Algunos encontraron en los cultivos y laboratorios de coca la única forma de obtener ingresos; otros regresaron años después porque comprendieron que la educación podía ofrecerles un futuro distinto. Nunca hablan de esas experiencias con orgullo ni con vergüenza. Las cuentan con la naturalidad de quien describe el territorio donde ha crecido. Tal vez esa sea una de las consecuencias más profundas que deja la violencia, la de convertir lo excepcional en cotidiano.

Con frecuencia alguno me dice que volvió a estudiar para «ser alguien en la vida». Entonces intento responderle con una idea que también ha transformado mi manera de entender la educación: «ya son alguien». Ningún diploma concede dignidad. Cada vez estoy más convencido de que la escuela no existe para fabricar personas valiosas, sino para ampliar las oportunidades de quienes ya las tienen. Desde que entendí esa diferencia, también cambió mi manera de enseñar.

Por eso me pregunto si los mejores estudiantes del sistema educativo colombiano son realmente quienes obtienen los puntajes más altos o, más bien, quienes persisten en aprender a pesar de circunstancias que harían desistir a cualquiera. Jóvenes que trabajan durante la semana y estudian los sábados; madres y padres que regresan a terminar el bachillerato; estudiantes que recorren largas distancias para llegar a clase porque todavía creen que el conocimiento puede abrirles otro camino. Su mayor logro quizá no aparezca en un boletín. Sencillamente, consiste en no renunciar. Una mañana, mientras conversábamos sobre derechos humanos, una estudiante recordó el atentado ocurrido el 25 de abril de este año en la vía Panamericana, cerca de Cajibío. Entonces comprendí que, para ella, los derechos humanos no eran una definición jurídica, sino la posibilidad de regresar a casa sin miedo. Ese día confirmé que la paz no puede enseñarse como un contenido aislado del currículo, porque para muchos estudiantes es una pregunta que atraviesa su propia existencia.

La misma lección apareció en las voces de otros maestros del Cauca. Una profesora tuvo que abandonar Argelia después de recibir amenazas. Otro docente continúa enseñando a estudiantes de El Plateado y, algunas veces, debe interrumpir la clase porque el ruido de los helicópteros impide escuchar las voces. Ninguno habla de heroísmo. Simplemente hablan de su trabajo. Sin proponérselo, me enseñaron que persistir también es una forma de resistir.

Fue entonces cuando entendí que la memoria no consiste únicamente en conservar el recuerdo del dolor. Sin esa memoria no habría verdad, justicia ni reparación. Pero también necesitamos una memoria capaz de reconocer a quienes, en medio del conflicto, siguen apostando por la vida desde los gestos más sencillos: abrir un salón de clases, volver a un colegio o confiar en la palabra cuando el miedo parece imponerse.

El Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad propuso fortalecer una pedagogía de la memoria para contribuir a la no repetición. Comparto esa convicción, aunque hoy la entiendo desde otro lugar. Pues recordar no significa permanecer atrapados en el pasado. Significa reconocer aquello que merece ser protegido en el presente. Un país que solo recuerda sus tragedias corre el riesgo de olvidar las resistencias cotidianas que ya están sembrando otro futuro.

Quizá por eso hoy creo que las historias de paz no comienzan únicamente cuando termina la guerra. También empiezan cuando alguien decide regresar a la escuela después de una noche de trabajo; cuando una maestra desplazada vuelve a entrar a un aula; cuando un profesor prepara su clase convencido de que la educación sigue siendo una manera de disputar el porvenir.

He dejado de pensar que la memoria sirve únicamente para recordar lo que perdimos. Hoy entiendo que también nos permite reconocer aquello que todavía estamos construyendo. Recordar a las víctimas es un deber ético; recordar a quienes, pese a todo, siguen creyendo en la educación como una forma de afirmar que la guerra no ha logrado vencerlo todo.

Sembrar memoria es negarse a aceptar que la violencia tenga la última palabra. Porque solo un país capaz de reconocer esas siembras silenciosas podrá cosechar la paz algún día.







NOMBRE

Braulio Estiven Oñate Yanascual

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa La Calera

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Cumbal, Nariño

Braulio Estiven Oñate Yanascual, residente de Cumbal, Nariño, y vinculado a la I. E. La Calera, presenta una brillante reflexión en su ensayo «La paz que heredamos». A partir de una evocadora memoria personal sobre una casa mítica y su posterior revelación ligada al conflicto, el autor despliega una solidez argumentativa ejemplar. Con una voz crítica madura, profunda y de notable claridad conceptual, cuestiona la transmisión intergeneracional de la violencia y la normalización del dolor en la narrativa infantil rural. Su perspectiva otorga a la escritura escolar un papel transformador y reparador, donde nombrar la historia permite reinterpretarla. Esta obra destaca por su sensibilidad humana, agudeza analítica y conmovedor aporte al entendimiento del territorio en esta edición.

La paz que heredamos

Han pasado más de veinte años desde aquella noche en la que, sentado junto a la tulpa de la cocina, escuché una de las tantas historias que mi padre repetía con la naturalidad de quien conserva viva una parte de sí mismo. Era la historia de una casa extraordinaria. La describía como un lugar de madera barnizada, atravesado por un árbol que parecía sostenerla desde el centro; una casa de grandes ventanales y balcones desde donde, imaginaba yo, solo podía contemplarse un paisaje perfecto. También hablaba de una enorme biblioteca llena de libros escritos en idiomas desconocidos para unos niños que aún no sabían leer, pero que estaban convencidos de que aquellos símbolos pertenecían a otro mundo. Durante años esa casa fue, para mí, la imagen más cercana al paraíso.

Cuando tenía catorce años, mi padre y mi hermano decidieron llevarme hasta ese lugar. Caminamos durante horas atravesando el páramo, hasta llegar al sitio donde el frío termina y comienza la montaña cálida. No encontré la casa de mi infancia. Solo quedaban algunos cimientos cubiertos por la vegetación. Las paredes, los balcones y los libros habían desaparecido. Con el tiempo comprendí que aquella casa no era únicamente una obra admirable de arquitectura campesina. Había sido construida por un hombre enriquecido gracias a los cultivos de amapola y marihuana. La belleza que durante años, imaginé, estaba sostenida sobre una historia de violencia que yo desconocía.

Entonces entendí que los relatos también esconden silencios y que la memoria nunca llega completa a quien la hereda.

Hoy, siendo docente de secundaria en una zona rural, vuelvo constantemente a esa imagen. Mientras leo los cuentos escritos por mis estudiantes descubro que ellos también habitan las historias que escucharon antes de aprender a escribir. Muchos creen estar inventando personajes, pero terminan narrando la vida de sus abuelos, de sus padres o incluso la suya propia sin advertirlo. La memoria de la violencia parece transmitirse de generación en generación hasta confundirse con la imaginación. Los niños escriben sobre desplazamientos, cultivos ilícitos, grupos armados, pobreza y muertes lejanas con la misma naturalidad con la que otros escribirían sobre castillos o dragones. No porque hayan vivido todos esos hechos, sino porque crecieron escuchándolos.

Quizá esa sea una de las consecuencias más profundas del conflicto colombiano: la guerra no solo deja víctimas o transforma los territorios; también moldea la manera en que los niños imaginan el mundo. Heredan relatos antes que recuerdos. Aprenden a nombrar el miedo incluso antes de comprenderlo.

Sin embargo, hay algo que siempre me llama la atención. Cuando les propongo escribir sobre los conflictos de su comunidad, casi nunca consideran importantes las discusiones entre vecinos, las peleas familiares o los desacuerdos cotidianos. Para ellos esos problemas son normales, casi insignificantes. Han crecido comparándolos con una violencia mucho mayor: la del narcotráfico, la guerrilla, el abandono estatal o los asesinatos que escucharon contar desde pequeños. En un contexto donde la tragedia parece formar parte del paisaje, los conflictos que podrían resolverse mediante el diálogo dejan de percibirse como verdaderos conflictos.

Esa normalización también se aprende. Si la infancia está llena de historias donde la fuerza siempre termina imponiéndose, resulta difícil imaginar soluciones diferentes. No porque los niños sean incapaces de hacerlo, sino porque nadie les ha enseñado que la paz también puede narrarse. Por eso, cada vez que leo sus cuentos, confirmo que escribir es mucho más que un ejercicio escolar. Mientras buscan las palabras adecuadas, organizan experiencias heredadas, transforman recuerdos ajenos en relatos propios y descubren relaciones que antes permanecían ocultas. Al verbalizar un problema, este deja de ser un miedo difuso y adquiere una forma comprensible. Solo aquello que puede nombrarse puede empezar a entenderse, y quizá solo aquello que se comprende pueda transformarse.

No creo que la literatura tenga el poder de acabar con la violencia de un país. Sería ingenuo afirmarlo. Pero sí creo que posee una capacidad mucho más silenciosa y duradera: permitir que los niños comprendan la historia que recibieron y, desde allí, imaginen otra distinta. La paz no comienza cuando dejamos de hablar de la guerra; comienza cuando encontramos nuevas maneras de contarla.

A veces pienso que la casa de mi infancia nunca desapareció del todo. Sigue existiendo en la voz de mi padre, en mis recuerdos y ahora también en estas palabras. Ya no representa un paraíso perdido ni el esplendor construido por el dinero del narcotráfico. Representa una lección mucho más sencilla: los lugares desaparecen, pero los relatos permanecen. Y son esos relatos los que terminan educándonos.

Si la violencia logró permanecer durante décadas porque fue transmitida de boca en boca, de padres a hijos y de abuelos a nietos, tal vez la paz pueda recorrer el mismo camino. No como un discurso impuesto ni como una consigna, sino como una historia distinta que los niños puedan contar algún día. Quizá la verdadera reconstrucción de la paz en Colombia empiece allí: cuando un niño descubra que también tiene derecho a imaginar un final diferente para la historia que heredó.



NOMBRE

Tiberio de Jesús Acevedo

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Institución Educativa Francisco Miranda

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Inírida, Guainía

Tiberio de Jesús Acevedo, de Inírida, vinculado a la I. E. Francisco Miranda, nos presenta «La sociedad connatural», una propuesta que cuestiona los cimientos del pensamiento antropocéntrico. Desde la modalidad de ensayo, el autor despliega una solidez argumentativa notable al contrastar la razón unidimensional de la civilización occidental con la cosmovisión indígena pajmúrica. Con una voz crítica clara y profunda, la obra argumenta cómo la integración sujeto-sujeto entre lo humano, la naturaleza y lo espiritual permite alcanzar el buen vivir y la verdadera armonía comunitaria. El texto destaca por su claridad conceptual y por rescatar la filosofía ancestral como un remedio urgente frente a las crisis de la sociedad contemporánea. Es una contribución reflexiva y contundente que enriquece el debate ético y filosófico de esta edición.

Ensayo

Concurso Nacional Historias de Paz 2026 de Escritura

La sociedad connatural

Existe otra sociedad llamada connatural, a la cual pertenecen los humanos y no humanos, y su relación y trato en la convivencia es el de sujeto-sujeto, y no el de sujeto-objeto. Ese tipo de sociedad es en la que viven los indígenas, y esta los guía en su organización, modos y fines y produce el buen vivir.

Pajmúri, así nombran los indígenas desanos, del Papurí, frontera Colombia-Brasil, a cuando algo nuevo se produce, fruto de la acción humana y la acción divina o espiritual. Pajmúri Majsá, es el hombre del Dios creador, y significa «el que fermenta».

Las filosofías predominantes de la sociedad occidental han construido su idea del progreso, basados solo en la razón humana, sin reconocer ninguna otra razón; así han formado su idea de ciencia. Pero no ha sido la solución. Con todos los razonamientos, estas sociedades han enfermado más. Las guerras se suceden, los conflictos permanecen y se renuevan. Tanto que las nuevas propuestas de la teoría crítica se anuncian como remedios para las patologías de la sociedad. No se ha visto que la llamada civilización occidental haya mejorado la vida del hombre, que le haya garantizado la vida, la libertad; sino que, por el contrario, lo ha matado, lo ha esclavizado más. El humano vive en permanente

conflicto destructivo consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. La causa es que él se ha puesto en la posición hegemónica de única autoridad pensante y máximo motivo de la existencia; juez de la pertenencia y de la sensibilidad. Ha elevado el pensamiento racional a categoría suprema, hegemónica, por encima de las categorías de la pertenencia y de la sensibilidad y la razón, de los otros seres existentes, de los no humanos.

Los indígenas conciben la sociedad de otra manera; como humanos, se incluyen con los seres existentes no humanos, los bosques, la naturaleza y los espíritus que la gobiernan. Así se acogen reglas pajmúricas que producen hechos y acciones de esa índole, que en la comunidad reflejan los mandatos de la naturaleza, y conocen el lugar y tiempo donde ellos se localizan. Esa forma de organización social se denomina connatural o pajmúrica.

El concepto de sociedad elaborado por el occidental es limitado. Es como el hombre que camina en una sola pierna. Es injusto, inequitativo, desequilibrado. La cultura indígena ha solucionado ese problema. Y allí, en ese bosque territorio, el humano camina a la par de la naturaleza material y espiritual. Ambos son complemento necesario para la existencia. El indígena ha escuchado, leído y comprendido la pertenencia, la sensibilidad y la razón de la naturaleza, del río, del jaguar, del bosque. Ha comprendido su lugar en ella y la ha identificado como su madre, su familia, como un todo, donde cada quien ocupa su lugar y cumple su función. Así han dicho lo que son: ***chase itakenai*** («nietos del tucán»), o ***chavi itakenai*** («nietos del jaguar»), o ***neeri itakenai*** («nietos del venado»).

Esta integración de la sociedad humana y las no humanas es lo que se denomina la sociedad connatural. Ya no es la organización y distribución del poder y la autoridad solo en los humanos. Allí, el poder y la autoridad se manifiestan si todos los seres existentes de la naturaleza, incluido el humano, concurren a él; porque si el poder humano decide solo sobre la naturaleza, sin consultarla, se hará daño, bien porque ha creado su propio mal, bien porque la naturaleza, donde reside el poder mayor, responderá para autocurarse. En la sociedad de la razón unidimensional humana, el hombre seguirá perdido, como el hijo que se ha alejado de su madre, negándola, sometiéndola, pensando ponerla a su servicio, tercamente, y es lo que se ha llamado libre albedrío.

El pensamiento indígena concibe la naturaleza integrando al humano; el humano también es naturaleza; y considera no solamente lo físico, sino también lo no físico, lo espiritual (lo que, desde el punto de vista humano, no se ve, no se siente o no se comprende).

El indígena se siente partícipe de la sociedad connatural: así ha curado su hambre y su angustia y ha garantizado su vida personal y en comunidad. Cuando Occidente le hace la guerra y lo aleja de su sociedad y le trasplanta otra, a través de la educación y su progreso, no lo está reconociendo ni ayudando, sino matando.

La filosofía occidental debe dejar de ser solo de los humanos, para identificar la filosofía existente en los no humanos. Esta integración producirá la sociedad connatural que es real y visible en la comunidad indígena. Allí hay paz, equilibrio, abundancia de agua, de alimento, de vida, de alegrías. La escuela indígena rural se ha desarrollado en este marco de lo pajmúrico. Es un modelo que sana, que produce el buen vivir y, por lo tanto, mejor convivencia, mejor aprendizaje, mejor paz.



NOMBRE

Sheryl Daian Guevara Rey

INSTITUCIÓN EDUCATIVA

Universidad El Bosque

MUNICIPIO Y DEPARTAMENTO

Bogotá D.C., Bogotá D.C.

Sheryl Daian Guevara Rey, residente de Bogotá D.C. y estudiante de la Universidad El Bosque, presenta el ensayo titulado La memoria como fundamento jurídico de la paz: entre el deber de recordar y la tentación del olvido. La autora despliega una articulación rigurosa sobre cómo el recuerdo no es un mero acto simbólico, sino una pregunta política imprescindible para la reconstrucción social. Con sólida fundamentación conceptual, examina la tensión entre memoria repetitiva y elaborada, así como los límites de la verdad judicial frente a la histórica en el marco de la justicia transicional colombiana. El escrito destaca por su aguda capacidad crítica, la madurez en el uso de referencias teóricas y una estructura argumentativa impecable que profundiza en el valor pedagógico del pasado. Una contribución reflexiva memorable.

La memoria como fundamento jurídico de la paz: entre el deber de recordar y la tentación del olvido

Toda sociedad que sufre la violencia enfrenta el deber de construir un futuro común después de una experiencia que fracturó las condiciones propias de la comunidad. La violencia no solo produce víctimas, sino que transforma las maneras en que una sociedad comprende su pasado y reconoce a sus miembros. Por ello, la memoria no es únicamente una exigencia moral, sino una pregunta política: ¿cómo reconstruir un mundo común después de la exclusión y el silenciamiento?

En Colombia, donde la violencia no fue un episodio excepcional sino una experiencia estructurante, esta pregunta resulta urgente. Una sociedad que silencia las condiciones que hicieron posible la violencia no las supera: las reproduce. Por ello, la memoria no puede reducirse a una obligación simbólica frente a las víctimas, pues constituye la condición desde la cual una comunidad puede comprender aquello que destruyó sus vínculos, disputar el significado de ese pasado y transformar esa comprensión en instituciones capaces de sostener una paz legítima.

I. Colombia y la disputa por el significado del pasado

Ninguna sociedad recuerda de manera neutral: toda memoria implica una selección sobre quiénes fueron víctimas, protagonistas y responsables. Recordar es establecer las condiciones desde las cuales una sociedad interpreta su presente y proyecta su futuro.

En Colombia, más de medio siglo de conflicto produjo narrativas incompatibles sobre sus causas y significados. Esto se evidenció en el plebiscito de 2016: la dificultad de la paz no residía únicamente en sus aspectos jurídicos, sino en disputas profundas sobre qué debía recordarse, quiénes eran las víctimas y qué responsabilidades debían asumirse.

Reconocer el carácter conflictivo de la memoria no implica, sin embargo, que todas las interpretaciones posean el mismo valor ético. La pluralidad de memorias no equivale a relativizar el sufrimiento: una sociedad democrática necesita espacios institucionales donde esas memorias puedan confrontarse bajo criterios de verdad, justicia y reconocimiento. Sus mecanismos —como la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad— no son meramente administrativos; antes de reparar instituciones, es necesario reparar el vínculo entre quienes comparten un mismo espacio político.

II. La memoria entre la repetición del daño y la elaboración del pasado

No toda forma de recordar conduce a la reconciliación. El problema consiste en qué tipo de relación con el pasado hace posible la reconstrucción de una comunidad: el pasado puede conservarse como herida abierta que reproduce la confrontación o como experiencia elaborada que permita comprender las condiciones del daño.

En *La memoria, la historia, el olvido*, la memoria reclama fidelidad hacia algo que efectivamente ocurrió, distinguiéndose así de la imaginación:

La idea guía es la diferencia, que podemos llamar eidética, entre dos objetivos, dos intencionalidades: uno, el de la imaginación, dirigida hacia lo fantástico, la ficción, lo irreal, lo posible, lo utópico; otro, el de la memoria, hacia la realidad anterior, ya que la anterioridad constituye la manera temporal por excelencia de la «cosa recordada» (Ricoeur, 2003, p. 22).

Pero recordar fielmente implica organizar y otorgar significado desde un presente determinado. De ahí la distinción entre memoria repetitiva —que mantiene la violencia como estructura que da forma al presente— y memoria elaborada —que la convierte en objeto de comprensión histórica—. Se trata de recordar para que aquello que ocurrió deje de determinar inevitablemente aquello que será. En Colombia, esto significó crear espacios donde las experiencias de las víctimas pudieran interrogar públicamente las estructuras que permitieron el sufrimiento, para tramitar las diferencias mediante la palabra y no mediante la violencia.

III. La justicia transicional como institucionalización de la memoria

Si la memoria es condición de posibilidad para reconstruir una comunidad política, el derecho debe transformar esa necesidad de reconocimiento en instituciones capaces de responder al daño. Este no puede modificar el pasado, pero sí puede establecer las condiciones mediante las cuales se reconoce lo que ocurrió y las responsabilidades que surgen

de ello. Por eso los procesos transicionales incorporan elementos que exceden la sanción penal tradicional: la búsqueda de verdad, la reparación y las garantías de no repetición responden a la idea de que la violencia no solo produce daños individuales, sino también fracturas colectivas que afectan las condiciones mismas de convivencia.

De ahí la distinción entre verdad judicial y verdad histórica. La primera establece responsabilidades individuales, mientras que la segunda busca comprender las condiciones que hicieron posible la violencia (cfr. Orozco Abad **et al.**, 2012). En Colombia, donde la violencia estuvo inscrita en estructuras organizadas de poder y exclusiones históricas, las categorías penales resultan insuficientes para representar una violencia masiva y sostenida en el tiempo. La justicia transicional «normalmente tiene que vérselas con crímenes de sistema que desafían los marcos interpretativos con los que suele funcionar la justicia» (Orozco Abad **et al.**, 2012, p. 23).

La memoria, entonces, cumple una función pedagógica: una sociedad que comprende las dimensiones de la violencia y los factores que la hicieron posible desarrolla mayores capacidades para reconocer a las víctimas y evitar su repetición.

En definitiva, la reconstrucción de una comunidad después de la violencia tiene una condición de posibilidad: que aquello que ocurrió sea reconocido como parte de una experiencia históricamente compartida. Un Estado que silencia esas condiciones no las supera; las reproduce.

Recordar equivale a establecer una relación elaborada con el daño que transforme la destrucción en comprensión histórica y responsabilidad política. Requiere instituciones capaces de sostenerla: en Colombia, eso ha implicado disputar el significado del pasado y asumir que la verdad judicial, aunque es necesaria, no agota la complejidad de lo ocurrido.

La memoria no puede reducirse, entonces, a una función conmemorativa. Constituye un principio jurídico y político: la condición desde la cual una sociedad comprende qué destruyó sus vínculos y qué transformaciones son necesarias para que esa destrucción no se repita.

Referencias bibliográficas

Orozco, I., Uribe, M., Cabarcas, G. y Sánchez, L. (2012). *Justicia y paz: ¿verdad judicial o verdad histórica?* Centro de Memoria Histórica / Editorial Taurus.

Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Editorial Trotta.





Con
Dignidad,
¡CUMPLIMOS!

@Mineducacion
@mineducacioncol
@Mineducacion
@MinisteriodeEducaciónNacional
@MinisteriodeEducaciónNacional
@mineducacioncolombia